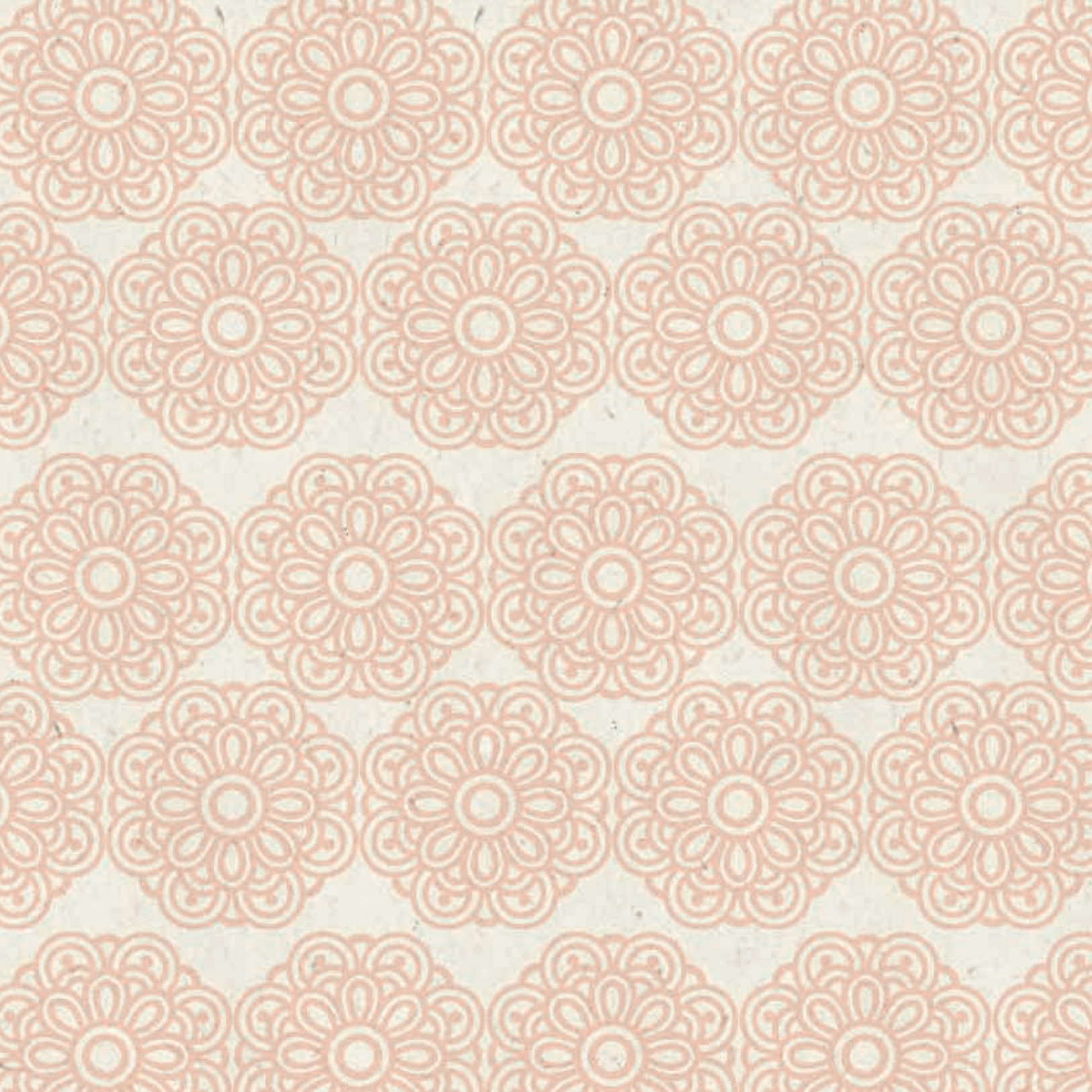


Leyendas  
Coreanas  
de Xico



Leyendas  
Coreanas  
de Xico















# Prólogo

**C**omo coreano que soy siento una gran alegría y un profundo agradecimiento ante la noticia de que Xico llevará a los lectores mexicanos nuestros cuentos populares y leyendas.

Quizá para ustedes, lectores mexicanos, Corea sea aún poco conocida.

Se trata de un país peninsular ubicado muy lejos de México, al oeste del Océano Pacífico, y entre ambas naciones no ha habido muchas relaciones de intercambio.

Sin embargo, los coreanos se han alimentado desde hace cientos de años de chiles, maíz y papas procedentes de México, gracias a los galeones que navegaban entre Acapulco y Manila. En ese sentido y a pesar de nuestra distancia geográfica, podemos considerarnos pueblos vecinos. En Corea, cuando nacía un hijo varón, la familia anunciaba su llegada con una larga cuerda de donde colgaban chiles rojos frente a la puerta de la casa.

Corea es un país de cuentos. Historias contadas por las abuelas a los nietos, los padres a los hijos, entre amigos para acompañar un largo viaje, entre las mujeres reunidas en los lavaderos públicos de los pueblos, entre los esposos tras un largo día de trabajo en el campo. Los cuentos siempre nos han acompañado.

Son historias que nacieron antes de que se inventaran las letras, historias que se han alimentado, que se han transformado y se han repetido a lo largo del tiempo, donde la vida y los sentimientos de los coreanos están muy presentes.

Estoy seguro de que así serán también las leyendas mexicanas, de manera que confío en que los lectores mexicanos sentirán la proximidad de nuestras historias, aunque procedan de una cultura lejana.

Espero que la labor de Xico consolide la solidaridad emocional entre nuestros dos países, vecinos de diferentes regiones y culturas.

Y aprovecho esta oportunidad para expresar mi más profundo respeto a la maestra Cristina Pineda, directora artística de este proyecto, y mis sinceros elogios a la gran obra de la antropóloga Verónica González-Laporte, que con este trabajo, está contribuyendo a la difusión de la cultura y literatura coreanas en el mundo hispano, así como con sus clases en la Academia de Traducción del Instituto de Traducción de Literatura Coreana, donde desempeño mi labor de presidente.

**Kim Sa-in**

Presidente de LTI Korea







# Foreword

**A**s a Korean, I am very pleased and deeply grateful to know that Xico will bring our popular stories and legends to Mexican readers, who might not know much about Korea.

It is a peninsular country that is far away from Mexico, to the west of the Pacific Ocean; so far, there have not been many exchange relations between both nations. However, for hundreds of years, Koreans have consumed Mexican chili peppers, corn, and potatoes, thanks to the galleons that used to sail between Acapulco and Manila. Therefore, despite our geographical distance, we can consider ourselves neighbors. In the past, when a boy was born in Korea, the family hanged a long rope with red chili peppers above the door of the house.

Korea stands out for its stories. Tales told by grandmothers to their grandchildren; by parents to their children; among friends while making a long journey; among women in communal washing places of villages, between couples after a long day of work in the field. Stories have always been part of us. Tales told before there was writing; tales that have been nourished, transformed, and retold over time, where Korean life and skin-deep feelings of its people are very present.

Mexican legends also have this power, so I am certain that Mexican readers will be identified with our sto-

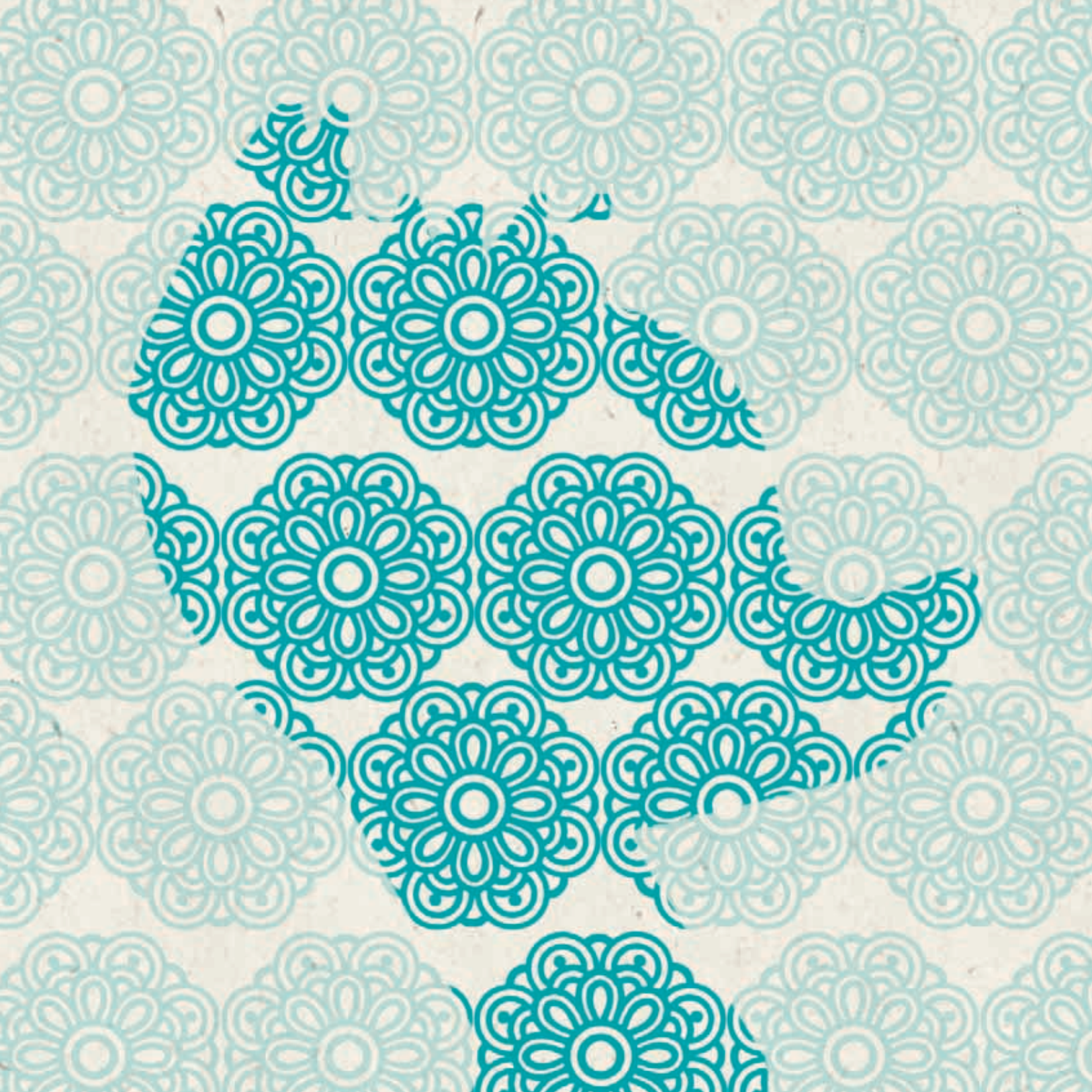
ries, even if they come from a distant culture.

I hope that Xico's work may strengthen the emotional solidarity between our two countries, and neighbors of different regions and cultures.

Likewise, I wish to take this opportunity to express my deepest respect to Cristina Pineda, artistic director of this project, and extend my sincere praise for the great work of Dr. Verónica González-Laporte, who is contributing—in addition to this work—to the dissemination of Korean culture and literature within the Hispanic world as she teaches at the Translation Academy of the Korean Literature Translation Institute, which I am president.

Sincerely,  
**Kim Sa-in**  
President of LTI Korea









Leyendas  
Coreanas  
de Xico





# La bolsa de cuentos

## A Bagful of Stories

Érase una vez un niño a quien le gustaban mucho los cuentos. Le gustaban más que cualquier otra cosa en el mundo, más que cazar lagartijas, rodar sobre el pasto o escuchar cantar a las chicharras en el verano. Le gustaban tanto que no quería compartirlos con nadie más, memorizaba las palabras y se las guardaba todas, una a una. Era el único hijo de una familia rica y no faltaban en casa narradores. Cuando sus padres murieron, An, un sirviente que se había encariñado mucho con él, siguió contándole historias cada noche.

En una esquina de su habitación, colgaba de una viga una pequeña bolsa de seda roja atada con un cordoncillo. El niño no recordaba desde cuando había estado ahí, pero también ignoraba que cuando él escuchaba una historia y se negaba a compartirla, el espíritu del cuento se metía en la bolsa y se quedaba ahí, encerrado. Se iban acumulando los cuentos no contados. De noche, se agitaba la bolsa como si estuviera llena de víboras.

El niño creció y cuando cumplió quince años, su tío le buscó una esposa de familia rica. Se hicieron los arreglos, se intercambiaron los regalos y las muestras de respeto. La víspera de la boda, el joven salió a festejar con sus amigos y el fiel sirviente acudió a su cuarto para prepararle el lecho. De pronto, escuchó murmullos, An dejó de agitarse y salió de la habitación. Puso atención, siguió escuchando las voces, entreabrió la ventana para ver por dentro, pero no había nadie. “¿Con que el envidioso se casa mañana,

eh?” dijo una voz ronca. “Eso cree él, pero yo no lo voy a dejar, me voy a vengar, nos hemos ahogado dentro de esta bolsa durante demasiado tiempo”, dijo otra voz. “¿Y entonces qué hacemos?”, preguntó una tercera. “Tengo un plan –argumentó una más– el camino a la casa de la novia es largo, ¿verdad? Eso dijeron, que va a cabalgar un largo rato, le dará sed. Yo pondré un manantial cerca del camino con una jícara dentro, el agua será cristalina, irresistible, pero si la bebe, morirá”. “Muy bien –dijo otra voz– por si acaso no se acercara al manantial, yo pondré a su disposición un campo de frambuesas envenenadas”. Una tercera amenazó a su vez “por mi parte, pondré un ciempiés ponzoñoso en el saco de arroz que él llevará a su novia de regalo, atado a su caballo”, y una cuarta se entusiasmó “ya si nada de esto funciona, yo tengo la última arma letal. Pondré una serpiente mortífera bajo el lecho nupcial, así





lo morderá mientras duerma”.

El sirviente sintió escalofrío, le temblaron las piernas. No imaginó nunca que una pequeña bolsa de seda pudiera contener tanto odio. Se preguntó qué debía hacer, si contárselo a su joven amo, fingir no haber escuchado nada, o prepararse a pelear. Optó por lo tercero.

Al alba, el cortejo nupcial se puso en marcha. Hasta adelante cabalgaba el novio, su tío lo seguía de cerca, como era la tradición, ambos en dos hermosos caballos ricamente adornados. An pidió al tío con humildad que lo dejara acompañarlos en lugar de quedarse a cuidar la casa. Luego, en el camino, pidió montar el caballo de su amo. “¡Habrás visto tremenda insolencia! ¡Un sirviente pretende llegar a la casa de una novia en el caballo del amo! Aléjate o te mando azotar”, lo amenazó. Pero el sirviente no se rindió, insistió tanto en proteger a su amo que se le permitió montar al lado de él. “Tengo sed” dijo el novio al cabo de un rato “miren ahí hay un manantial, también una jícara, el agua se ve muy limpia”. “No tenemos tiempo –respondió An pateando el flanco del caballo para acelerar el paso– debemos apurarnos”. El tío replicó “su amo tiene sed, imbécil, usted no da las órdenes, bájese del caballo y tráigale la jícara llena de agua”, pero él no respondió y galopó tan rápido como pudo, su joven amo lo siguió extrañado. El tío refunfuñaba. Tres millas más adelante hallaron un campo con arbustos cuajados de frambuesas. “Como no me dejaste beber, An, al menos tráeme algunas de esas suculentas frutas”, “de ninguna manera –respondió él– su novia debe estar impaciente por verlo, no hay tiempo, ya mañana comerá todo lo que quiera”. Rojo de ira, el tío intervino “An, te prometo la tunda de tu vida en cuanto termine la ceremonia, te vas a arrepentir de tu insolencia”. Pero el sirviente siguió cabalgando como si no hubiera escuchado nada.

Al fin llegaron a la casa de la novia. El patio había sido cubierto por una gigantesca carpa cuadrada de tela, para impedir que algún ave de mal agüero sobrevolara sobre la pareja durante la ceremonia. El novio desmontó y sonrió a su prometida. Apenas bajó del caballo, An se precipitó y con su cuchillo cortó la cuerda del saco de arroz atado a la silla, el regalo simbólico a la novia. El arroz se esparció en el suelo y el tío otorgó al sirviente una mirada lapidaria, pero no se atrevió a decir nada delante de los padres de la joven.

Bajo la marquesina, la ceremonia se llevó a cabo tal y como estaba previsto. En el centro de la mesa se habían colocado un gallo y una gallina vivos, envueltos en lienzos de seda bordados, rojo y azul, como el yin y el yang. La pata de la gallina atada a una copa con un cordón de seda azul, la pata del gallo atada a otra copa con un cordón carmesí. También había una canastilla con castañas y otra con dátiles, símbolos de los hijos que vendrían. Los novios



hicieron una reverencia uno frente a otro, luego intercambiaron sus copas, bebieron juntos y dieron por terminada la ceremonia.

Llegó la noche y con ella los temores de An. Sólo le faltaba sortear un último peligro. Se apoderó de la espada de su amo y sin pedir permiso a nadie entró al cuarto nupcial donde se acababa de desvestir la novia. Gritos de espanto y confusión. Cuando la suegra y el tío entraron a la habitación vieron a una serpiente venenosa partida en dos a los pies del novio. El sirviente se hincó e inclinó hasta el piso, pidió perdón a su amo y explicó su conducta, mostrándole la bolsa polvorienta que se agitaba entre sus manos.

El joven amo agradeció profundamente a su fiel An. Tomó la bolsa, salió al patio y la abrió en la mitad de una noche sin luna. Los malévolos espíritus de los cuentos vagaron libres. Después echó la bolsa a la hoguera.

Comprendió que las historias son de todos. Deben ser contadas, así, quedito, cuando se acuesta el sol y el cielo se pone rosa. O cuando en la oscuridad de la noche, chisporrotea el fuego en la chimenea y sólo se escucha el viento entre las ramas de los pinos.

El joven amo agradeció profundamente a su fiel An. Tomó la bolsa, salió al patio y la abrió en la mitad de una noche sin luna. Los malévolos espíritus de los cuentos vagaron libres. Después echó la bolsa a la hoguera.

Comprendió que las historias son de todos. Deben ser contadas, así, quedito, cuando se acuesta el sol y el cielo se pone rosa. O cuando en la oscuridad de la noche, chisporrotea el fuego en la chimenea y sólo se escucha el viento entre las ramas de los pinos.





Once upon a time, there lived a boy who loved stories. He loved them more than anything in the world: more than chasing salamanders, rolling around in the grass, or listening to the hum of cicadas in the summer. He liked them so much that he wanted to keep them for himself: he would memorize the words and save them all, one by one. He was the only child of a wealthy family, and his house was never short of storytellers. When his parents died, An, a servant who had become very close to him, went on telling him stories every night.

In a corner of his room, a small red bag made of silk was tied to a beam with a piece of string. The child could not remember how long it had been there, and he also did not know that whenever he heard a story and refused to share it, the story's spirit would jump in the bag and stay there, tied up forever in the bag. The untold stories started piling up. At night, the bag shook as if it were full of snakes, but he barely noticed.

The boy grew up to be a fine young man, and when he turned fifteen, his uncle found him someone he might want to marry: a beautiful girl from a nice family. They were only allowed to meet once before the wedding, but at that moment, the boy fell wholeheartedly in love. He could not wait for the traditional procession from his house to hers on the day of the wedding. He was more excited than ever. The arrangements were made: they exchanged presents and voiced their commitment. On the eve of the wedding, the young lad went out to celebrate with his friends, and his faithful servant went to his room to make the bed. Suddenly, the servant began hearing whispers. The servant An stood still for a moment and then left the room. But he glued his ear to the wall and was shocked that he kept hearing the voices. He opened a window to look inside, but no one was there. "So the greedy boy is getting married tomorrow, huh?" a hoarse voice croaked. "That's what he thinks, but I'm not going to let him. I'm taking revenge. We've been smothered in this bag for far too long," said another voice. "So what will we do?" asked a third voice. "I have a plan," another one said, "The road to his bride's house is long, isn't it? That's what I heard: he's going a long way on horseback. He'll get thirsty. I'll put a fountain on his path, with a pitcher inside it. The water will be clear and irresistible. But if he drinks it, he'll die." "Very well," said another voice, "Just in case he doesn't go to the fountain, I'll add a field of poisoned raspberries along the path." And another voice chimed in, "I'll put a venomous centipede in the sack of rice he's tying on his horse as a gift." And a fourth one became excited, "If none of those work, I've got one last, lethal weapon. I'll put a deadly snake under the wedding bed, to bite him in his sleep."

The servant felt a chill run down his spine, and his legs shook. He never thought a little bag of silk could hold so much hate. He wondered what to do: tell his young master, pretend he hadn't heard a thing, or get ready to fight the malevolent, little bag of stories. He chose to do the third.

At dawn, the wedding courting began. On two beautifully decorated horses, the groom rode first, closely followed by his uncle, as was tradition. An humbly asked his master's uncle to let him accompany them instead of staying home. Then, on the way, he asked to ride his master's



horse. "Such insolence! A servant trying to get to the bride's house on his master's horse! Leave or I'll have you punished," the uncle threatened. But the servant would not give up: he insisted on protecting his master until he was allowed to ride with him. "I'm thirsty," the groom said after a while. "Look, there's a fountain, and a pitcher. The water looks clear." "We have no time," An replied, giving the horse a kick to make him go faster. "We have to hurry." The groom's uncle yelled, "Your master is thirsty, you fool, and you're not allowed to give him orders. Get off the horse and bring him a pitcher of water." But the servant paid no heed and galloped as fast as he could. His young master looked at him, perplexed. The uncle grumbled. Three miles ahead they found a field full of raspberries. "Since you wouldn't let me drink, An, at least bring me some of that delicious fruit." "I will not," he replied, "Your bride must be dying to see you. There is no time. You may eat anything you like tomorrow." Livid with rage, his master's uncle interrupted, "An, I swear you'll get the beating of your life when this ceremony is over. You will regret your disrespect." But the servant kept riding as if he hadn't heard a thing.

They finally got to the bride's home. The patio was sheltered with a giant, square carp of fabric, to keep ominous birds from flying over the couple during the ceremony. The groom dismounted his horse and smiled at his bride. As soon as he got off the horse, An got to the rice sack tied to the horse, the bride's gift, and slashed it with a knife. The rice spilled all over the floor as the groom's uncle gave the servant a stonelike stare, but he dared not chide the servant before the new bride's parents. Under the canopy, the ceremony took place as planned. Symbols of their new marriage peppered the ceremony. In the middle of the table stood a live chicken and rooster wrapped in silk brocade, red and blue, like the yin and yang. The chicken's foot was tied to a glass with a blue, silk string, while the rooster's was tied to another glass with a red one. The baskets of dates and chestnuts symbolized the children to come. The bride and groom bowed to each other, exchanged glasses, and

drunk together, bringing the happy ceremony to an end with their toast.

But night came and with it came An's fears. He only had to get past one last, dangerous feat. He took his master's sword and, without asking permission, charged into the wedding chamber where the bride had just begun to undress. Screams of fear and confusion echoed throughout the house. The boy's mother-in-law and uncle ran into the room, where they were shocked to find a venomous snake split in two at the groom's feet, still writhing on the floor. The servant bowed all the way to the ground, asked his master for forgiveness, and explained himself, showing him the dusty bag shaking in his hands as proof.

The young master profusely thanked his faithful An. He took the bag, went to the patio, and untied it before the moonless midnight. The evil spirits of the stories scampered freely. Then he threw the bag in the fire.

That night, he understood that stories belong to everyone. They must be told like this, softly, when the sun goes down and the sky turns pink. Or in the dark of night, when the fire crackles in the chimney and you can hear nothing but the wind among the pine branches.





# Las ardillas agradecidas

## The Thankful Squirrels

Alejada del ruido y de la gente, en un bosque sombrío, vivía una pareja de ancianos. No habían tenido hijos. Eran tejedores de cestos y una vez por semana bajaban de su desvencijada cabaña al mercado para venderlos. La vida transcurría, en una monotonía sin par. Levantarse al amanecer, tejer los juncos que crecían a la orilla de un pequeño lago cercano, comer lo que se podía, acostarse... Un día, cuando la señora iba al arroyo por agua, se cruzó por su camino una nutria con una ardilla en el hocico. Conmovida, cogió un palo y asustó a la nutria que de inmediato soltó a su presa. La ardilla jadeaba, la tejedora de juncos la tomó en sus manos y sintió su corazón latir como si se le fuera a reventar dentro del pecho. Volvió con ella a casa, curó sus heridas y le instaló un nido confortable en un nicho de la pared. Los ancianos cuidaron de ella como si hubiera sido un hijo, la alimentaron con castañas y avellanas. Conforme se fue haciendo más fuerte, la ardilla iba y venía al bosque. Una tarde volvió acompañada. El par de animalitos tuvo pronto cinco hijos. Después diez, y veinte, luego no quedó un solo lugar libre en la casa: cientos de ardillas corrían, brincaban y trepaban por todos lados. Se les subían a los ancianos al regazo, a la cabeza, les hacían cariños con las narices húmedas. Ellos no se quejaban, al contrario, se dedicaban a recolectar frutos en el bosque para alimentar a tan numerosa familia. Un día, el anciano tomó en sus brazos a la ardilla más vieja. Acarició su pelaje pardo, clavó la mirada en sus ojitos redondos. “Estoy muy

viejo –le dijo– mis fuerzas declinan y mi esposa está igual. Cualquier día de estos dejaremos de caminar y no podremos cuidar de ustedes. Los queremos y han sido la alegría de nuestra pobre vida, pero deben buscarse otro lugar para vivir. Váyanse, en el bosque no les faltará comida”. La bola de sedoso pelo parecía haberlo escuchado con atención. Asintió con la cabeza y con un gritito llamó a las demás. Salieron todas las ardillas al mismo tiempo, en orden y en fila como un ejército.

En la casa reinaba un silencio como hacía años que no se escuchaba. Los tejedores de canastas tuvieron ganas de llorar, ¡se sintieron de repente tan solos! La esposa estaba furiosa, “¡debiste haberles pedido que nos dejaran algunos bebés, los extraño tanto!”. Él se arrepentía de haberlos alejado. Unos días después, el hijo ardilla asomó su carita traviesa por el quicio de la puerta. Los rayos del atardecer





volvían más rojos los pelajes de las docenas de animalitos que regresaban al hogar de los ancianos. Entraban todos al mismo tiempo, presurosos. Traían las manitas llenas de tiernas espigas de arroz que habían hallado en los campos después de las cosechas, lo suficiente para pasar el crudo invierno. La ardilla mayor arrastraba consigo una raíz rosada, pesada, con pinta de bebé humano. Tenía brazos y piernas regordetes, la piel suave. El tejedor de cestos la miró extrañado y sin saber bien a bien qué hacer con ella la puso a hervir. Su esposa y él bebieron la infusión obtenida de la raíz y notaron que, poco a poco, recuperaban fuerzas. Pronto volvieron a trabajar tanto como antes y a vender sus canastas en el mercado. Los ancianos fueron dichosos de nuevo, en compañía de sus hijos ardillas que les habían llevado un obsequio maravilloso: el ginseng.

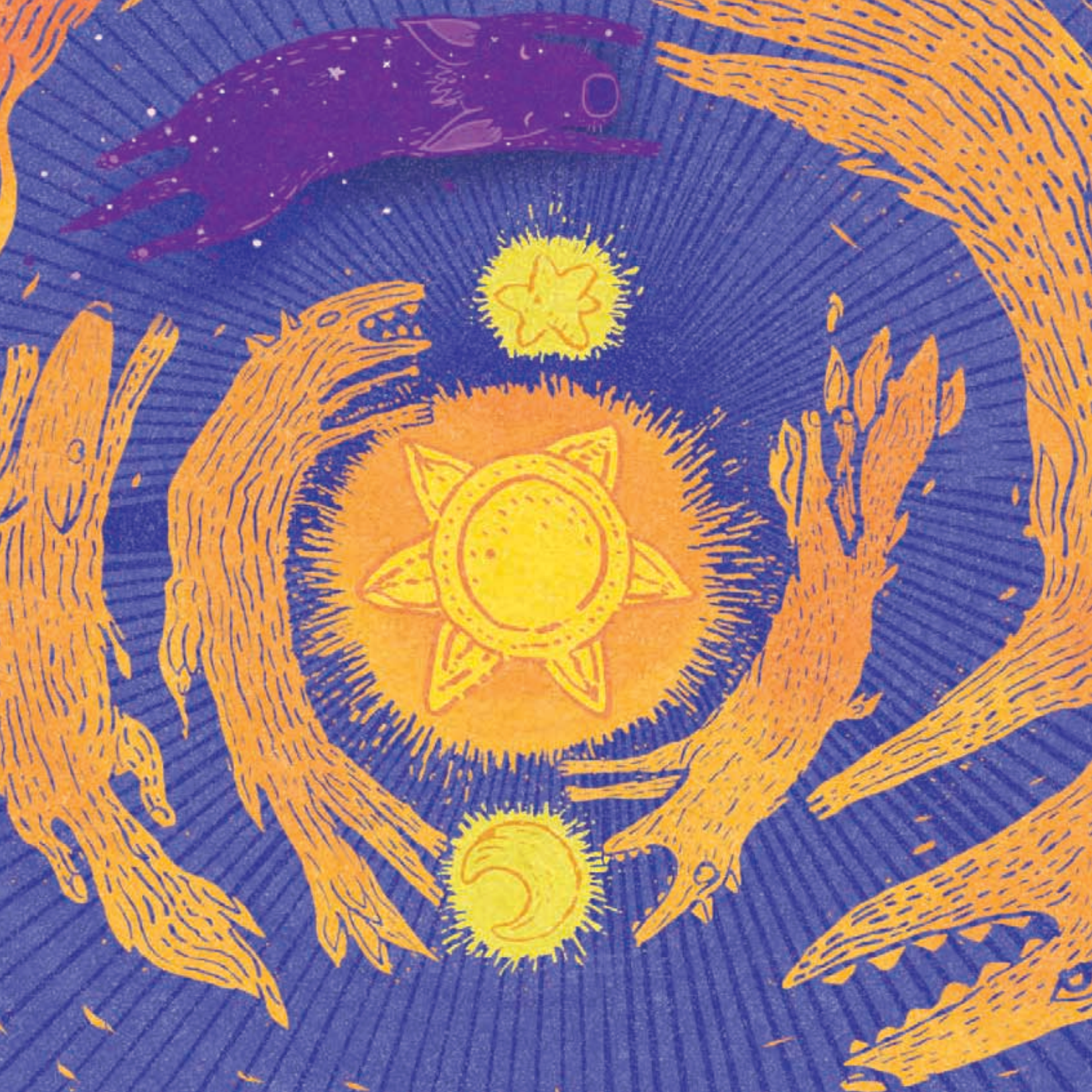


Far away from the noise and people, in a gloomy forest, lived an elderly couple. They had never had children. They wove baskets and, once a week, they would leave their rickety cabin and go to the market to sell them. Life went on, flatly as ever. They would wake up at dawn, weave the wood-rush growing along the shore of a nearby lake, eat what they could, and go to bed... One day, when the woman walked out to the creek for water, she crossed paths with a river rat clutching a squirrel in its mouth. Shaken, she took a stick and smacked the river rat, which dropped its prey right away. The wood-rush weaver took the panting squirrel in her arms and felt its heart beating as if it were about to explode in its chest. She took the squirrel home, tended its wounds, and put together a little nest in a nook in the wall. The old couple cared for the squirrel as if it were their daughter, feeding it chestnuts and hazelnuts. As the squirrel got stronger, it started running to the forest and back. One afternoon, the squirrel came back with a partner. The little squirrel couple soon had five children. Then ten, then twenty, and then there was no more room in the house: hundreds of squirrels sprinted, hopped, and climbed all over the place. They would climb the old couple's laps and heads and muzzle them with their moist, little noses. But the old couple never complained: quite the contrary, they spent their time collecting nuts and fruit from the forest so they could feed their plentiful family. One day, the old man took the oldest squirrel in his hand. He caressed its dusty, brown fur, peered into its little round eyes and said, "I'm very old. My strength is leaving me, and my wife is on the same boat. Any day now we might stop being able to walk and won't be able to take care of you. We love you and you've been the joy of our poor lives, but you should find another place to live. Go. There's plenty of food in the forest." The silky ball of fur seemed to have paid close attention. She nodded her head, and called the others with a shrill cry. They all left at once, in an orderly line, like an army.

Silence ruled the house like it hadn't in years. The basket weavers wanted to cry. They felt so alone! The wife was furious: "You should have asked them to at least leave us a few babies. I miss them so!" He regretted having let them go. But a few days later, a young squirrel poked his head in the door. The afternoon sun made the red fur on those dozens of little animals who came back to the old folks' home even brighter. They all poured in at the same time, in a rush. Their little hands were laden with the tender rice shoots they had found in the fields after the harvest, enough to get by that cold winter. The eldest squirrel dragged in a pink, heavy root that looked like a human baby. It had fat arms and legs and silky skin. The basket weaver stared at it, perplexed, and without really knowing what to do with it, he put it in a pot and boiled it. He and his wife drank the tea they made from the root and soon noticed that, little by little, they had begun to recover. Before they knew it, they were working as hard as before and selling their baskets in the market.

The old folks were blessed once again, now in the company of their squirrel children, who had brought them a wonderful gift: ginseng.







# Los perros de fuego

## The Fire Dogs

Como todo el mundo sabe, en el cielo hay muchos países, tan numerosos como los que hay en la Tierra. Uno de estos países es la Tierra de la Oscuridad, Kkamang-nara. Sus habitantes tienen unos perros horriblos, feroces, a los que llaman “perros de fuego”. El rey de la Tierra de la Oscuridad siempre está buscando la forma de traer algo de luz a su reino negro, y por eso, de vez en cuando, manda a sus perros a robar la Luna o el Sol. Lo que sea, mientras brille.

Así, en uno de sus tantos intentos, el rey envió a sus perros en busca del Sol. Casi lo consiguen... ¡estaban tan cerca! Sin embargo, volvieron a su amo sin la presa: el Sol estaba ardiente, era una bola de fuego y se quemaron el hocico y las patas antes de poder acercarse siquiera. El rey de la Tierra de la Oscuridad estaba furioso, castigó severamente a sus animales y esperó a que se repusieran un poco de la tunda para mandarlos en busca de la Luna. Ella no brillaba mucho, pero al menos algo haría por ese reino frío y denso. Los perros fueron tras ella, más de nuevo volvieron con la cola entre las patas, porque la Luna era gélida, gélida y se les congelaron el hocico y las patas antes de poderla tocar siquiera.

El rey lo sigue intentando. Siempre falla y nunca se da por vencido. A veces uno de los perros consigue morder al Sol o a la Luna, los astrónomos le llaman eclipse, mientras todos los demás sabemos que los perros de fuego, fieles a su amo, no se han rendido.





As everyone already knows, there are many countries in heaven—just as many as there are on Earth, and one of these countries is the Land of Darkness, Kkamang-nara. Its people have horrible, fierce dogs called the “fire dogs.” The king of the Land of Darkness is always looking for a way to bring light into his black kingdom. Thus, once in a while, he sends his dogs to steal the Sun or Moon. It doesn’t matter which one, as long as it shines.

On one of these many attempts, the king sent his dogs to look for the Sun. They almost got it.... It was so close! But they went back to their master without their prey: the Sun was too hot; the ball of fire had burnt their muzzles and feet before they could even get close. The king of the Land of Darkness was furious and punished his animals harshly. He waited for them to recover a bit before he sent them to find the Moon. She did not shine much, but at least she would do something for that cold and dense kingdom. The dogs barked after her, but again they came back with their tails between their legs: the Moon was hawkishly cold and froze their muzzles and feet before they could even touch her.

But the king keeps trying. He always fails but never gives up. Sometimes, one of the dogs manages to bite the Sun or the Moon. Astrologers call this an eclipse, but everyone else knows it’s the faithful fire dogs that have not given up.









# La mujer tigre

## The Tiger Woman

**E**n una tarde de otoño, una hermosa mujer entró en un templo a rezar. Tomó una vela con sus largas manos y, encendida, la llevó al altar. En sus ojos dorados se reflejaban las ofrendas de las canastas, las jugosas frutas, las sedosas semillas, las espirales de incienso. El viento fresco levantaba hojas rojas y pardas en remolinos, amarillas como los ojos de ella. Olía a tierra mojada y a castañas tostadas. Los monjes hacían sonar las campanas encumbradas de dragones de hierro y oraban por la felicidad y la prosperidad. La gente celebraba la ceremonia del tapdori: tomada de las manos, rodeaba el templo para elevar sus plegarias. Fue ahí, en el templo budista, ricamente pintado de volutas de colores y de flores de loto entreabiertas, donde lo conoció. Kim-Hyeon era un joven de risa contagiosa, charlaron durante horas y se dieron cuenta de que no terminarían nunca de hablar. Asustada por el descubrimiento, ella decidió volver a casa sin despedirse de él. Pero el joven no estaba dispuesto a renunciar a ella y la siguió.

La siguió hasta una choza humilde y sola, en el corazón de un bosque tenebroso. Él sintió frío y un extraño presagio lo estremeció. Sintió miedo pero entró a la casa detrás de la mujer. En cuanto cerraron la puerta, escuchó a dos tigres rugir detrás de ella. “Hermana –bramó el primero– huele a hombre, tenemos hambre. Mucha hambre”. “Hermana –maulló el segundo– entrémoslo, ahora”. La muchacha escondió al joven detrás de un biombo de papel. “Pero que falta de cortesía están ustedes demostrando que-

ridos hermanos, él es mi invitado, no se lo pueden comer, les pido por favor que se vayan y me dejen a solas con él”. Luego ella abrió una de las hojas del biombo y dijo al muchacho “no tengas miedo, no soy una mujer, soy un tigre, pero no te haré daño porque me has amado mucho, con sinceridad. Por ello te estoy agradecida. Sólo que –la mujer se mordió el labio inferior con fuerza–, sólo que... un tigre que ha amado a un hombre debe ser castigado. Voy a morir pronto, debía avisarte”. El joven la miró incrédulo. Era tan hermosa, con su cabello denso y negro cayendo sobre sus hombros, sus pómulos alzados y sus labios pequeños y rosas como una azalea. “No, nada de eso es verdad, no te dejaré morir, te voy a proteger, a defender, lucharé, haría cualquier cosa por ti”. La muchacha se volvió tigre frente a sus ojos y de nuevo mujer, él estaba paralizado. “¿Ahora me crees? Bien, escúchame con atención. Mañana irás al mer-





cado. Yo te alcanzaré y asustaré a la gente con mis rugidos y mis garras. Me voy a apoderar de la hija del rey y tú debes atacarme y matarme con tu espada. Si he de morir, quiero que sea en tus manos. El defender a la princesa te traerá fortuna, confía en mí, no volverás a tener ninguna pena”.

Al día siguiente, las cosas sucedieron tal y como la joven lo había decidido. Un feroz tigre corrió por las calles de la ciudad atemorizando a la gente y capturó a la princesa. El joven, con lágrimas en los ojos, desenfundó su espada y mató al tigre. Agradecido, el rey le dio a su hija en matrimonio.

Cerca del río Seocheon, se levantó un templo en memoria del tigre, se le llama How-on-Sa, el Templo del Deseo del Tigre. En el otoño, revolotean en pequeños torbellinos las hojas rojas y amarillas, amarillas... como los ojos de ella.



One fall afternoon, a beautiful woman went to the temple to pray. She held a candle with her long fingers, lit it, and brought it to the altar. Her golden eyes reflected the offerings in baskets, juicy pieces of fruit, silky seeds, and curls of incense. The fresh wind lifted the red and golden leaves in swirls as yellow as her eyes. The scent of wet earth and toasted chestnuts floated in the air as monks rang their bells with sculpted iron dragons and prayed for happiness and prosperity. The people celebrated their tapdori ceremony: holding hands, they crowded around the temple and sent their prayers toward the clouds. It was there, in that buddhist temple adorned with colorfully painted scrolls and budding lotuses, that she met him. Kim-Hyeon's contagious laughter peppered their chatter for hours, until they realized they would never finish talking. Frightened at this discovery, the woman decided to go home without saying goodbye. But the young man didn't want to lose her and trailed behind her.

He followed her all the way to her humble, lonely hut in the heart of the gloomy woods. A chill ran down his spine, and a strange omen worried him. Growing anxious, he followed the woman into her home. As soon as they shut the door, he heard two tigers roar behind her. "Sister," the first one bellowed, "it smells like man. And we're hungry. Very hungry." "Sister," meowed the second one, "give him to us now." The woman hid the young man behind a paper folding screen. "But how rude of you, my dear brothers. He's my guest. You can't eat him. Please go away and leave me alone with him." Then she unfolded one of the screens and said to the young man, "Don't be afraid. I'm not a woman. I'm a tiger, but I won't hurt you because you have loved me dearly, and sincerely. I am grateful to you. It's just that..." the woman bit her lip bitterly, "It's just that... a tiger who has loved a man must be punished. I'm going to die soon. I had to let you know." The young man gazed at her in disbelief. She was so beautiful, with her thick, black hair draping her shoulders, her high cheekbones, and her small, pink lips, like an azalea. "No, none of that's true. I won't

let you die. I'll protect you, defend you, fight for you. I'd do anything for you." The woman morphed into a tiger before his eyes, and then back into a woman. He stood there, paralyzed. "Do you believe me now? Very well, listen carefully. Tomorrow, you'll go to the market. I'll meet you there and scare everyone away with my roar and my sharp claws. I'm going to capture the king's son, and you'll have to attack me and kill me with your sword. If I have to die, I want to die in your arms. Defending the princess will bring you great fortune. Trust me, you'll never have another care in the world."

The next day, everything went exactly as the woman had planned. A ferocious tiger ran through the streets, terrorizing everyone, and captured the princess. With tears in his eyes, the young man unsheathed his sword and struck the tiger dead. The grateful king gave him his daughter in marriage.

Near the Seocheon river, a temple was built in the tiger's memory. It was called Howon-Sa, the Temple of the Tiger's Wish. In the fall, the leaves swirl red and yellow... yellow as her eyes.







# La piedra de los deseos

## The Wishing Stone

**H**ace mucho tiempo, vivía en lo alto de una montaña una mujer sola y pobre. Después de un invierno terrible, donde el frío se le había metido a los pulmones como vidrio molido y le había dejado en los pies cuarteaduras que le impedían caminar, finalmente había llegado la primavera. Para otros era una buena noticia, no para Yoon quien no tenía siquiera semillas de mijo para sembrar frente a su choza. Se adentró en el bosque en busca de raíces, amargas pero comestibles. Estaba escarbando la tierra cuando le llamó la atención un suave aleteo. Era un hermoso faisán dorado que intentaba volar, más tenía la pata rota y su brillante plumaje estaba todo manchado de sangre. La mujer sintió compasión, arrojó al ave en su seno y la llevó a casa. Lo intentó todo, le vendó la pata, le limpió las heridas... Como las horas pasaban y el faisán no se recuperaba, la mujer le torció el cuello para acortar su agonía, lo desplumó y se preparó un sabroso estofado.

Meses después empezó a sentir el vientre abultado, como si se tratara de una indigestión tardía. Antes de que pudiera reponerse de su sorpresa, Yoon dio a luz a un precioso bebé, regordete y blanco como el jade. Su vida cambió para siempre, porque ya no estaba sola en el mundo, y en la choza los pasitos de su hijo Chul trotando de un lado a otro llenaban su existencia de alegría.

Pasaron los años y el niño se convirtió en un apuesto joven, trabajador y robusto. Yoon acudió a la casamentera y le pidió conseguir para su hijo una esposa digna. Sema-

nas después, ella llegó con la buena noticia: había encontrado a la novia perfecta, de mejillas encendidas como una camelia y de ojitos de terciopelo negro. Las familias intercambiaron cartas en papel rojo, el color de la felicidad, consultaron al astrólogo y establecieron la fecha de la boda, en función de los mejores auspicios. Fueron y vinieron de un lado y de otro los regalos de boda. El día señalado, el novio se puso en marcha hacia la casa de su prometida. Iba a pie porque no tenía caballo, y solo, porque su única familia era su madre. En un retorcido sendero una serpiente le cerró el paso. Era enorme. “Quítate de enfrente que estoy apurado, voy a mi boda” le dijo el joven sin asustarse. “Ssss, no, no lo creo –seseó la serpiente–. Ya no piensesssss en mundanidades, muero de hambre, acabemos de una vez, sssss”. “No bromeo, quítate o te mato”, amenazó Chul. La serpiente rió con sarcasmo “¿Con qué? Si se puede





saber... Eres mío desde antes de tu nacimiento, me pertenecessss. Tu padre era un faisán dorado y me lo iba yo a comer cuando tu madre me lo arrebató. Nadie puede nada contra su desssstino. Acabemosss de una vez” insistió. Chul frunció el ceño, reflexionó un instante y respondió “Está bien, nada puedo contra mi destino, reconozco tu derecho de devorarme, pero yo quiero casarme. Me dejas asistir a mi boda y luego vuelvo para que me comas a gusto”. “¡Vaya cretino! –respondió la serpiente– si se puede saber... ¿de qué te ssssirve cassarte si de todas formas te vasss a morir?”. “Bueno a la mejor tú no sabes nada de leyes, pero cuando uno se casa deja de ser muchacho para convertirse en hombre. Y yo quiero morir como hombre –respondió sin dudar el novio–. Además, es mi deber sembrar una nueva semilla, tener al menos un hijo para que él vaya después a dejar ofrendas a mi tumba. Ese es mi derecho. Cuando yo vuelva, pues me comes y ya está”. “Te doy cinco díasss” dijo la serpiente, arrastrando su viscoso y gigantesco cuerpo hasta la ladera del bosque.

Los novios festejaron su matrimonio con alegría. Se inclinaron ante sus padres hasta posar su frente en el suelo, bebieron de la misma copa y compartieron un huevo duro, una mitad cada uno, para que les naciera un hijo varón. Cuatro familiares les llevaron una mesa larga cubierta de pequeños platos con treinta y dos delicias de todo tipo: charalitos caramelizados, flor de loto en salmuera, cerdo rostizado, pescado seco en salsa picante, espinacas en aceite de ajonjolí, galletas de arroz con miel, pudines dulces de frijol... En el centro de la mesa dos patos de madera esculpida se tocaban lo picos, como símbolo de un largo y feliz matrimonio. Al verlos, el joven tuvo ganas de llorar.

Chul halló en los brazos de su nueva esposa Hye una tranquilidad que no había conocido nunca. Le confió su secreto. “No te preocupes, lo enfrentaremos juntos” le dijo ella con aplomo. El día señalado, en la ladera del bosque, los esperaba impaciente la serpiente. “Ya te lo dijo mi esposo –habló Hye primero– reconocemos tu derecho. Pero yo, como esposa, también tengo una petición. Mi vida depende ahora de la de Chul, si te lo comes, a mí me dejas sin nada y deberás hacerte cargo de mí, alimentarme y vestirme hasta el final de mis días”. La serpiente permaneció pensativa un rato y luego respondió “sssí, tienesss razón, pero no te dejaré a tu hombre, acepto el desssafio de cuidarte hasta la muerte, mira, toma essssto”, extendió su lengua bífida y le entregó una piedra redonda y pulida. “Es bonita –la levantó Hye del suelo– pero no me servirá, si la vendo me alcanzará para comer unas semanas, y ¿luego?”. “Tonta de veras... –replicó la serpiente– no es cualquier piedra, esss una piedra mágica. Le puedesss pedir lo que deseesss, ropa, comida, casa...”. La joven apretó la piedra en su puño. “Lo yo que dese... ¿eh? ¿En serio? ¿Todo?”. “Todo –agregó impaciente la serpiente –ahora



ya estamos a mano– venga el joven”. Rápida como el rayo, Hye gritó: “entonces deseo fervientemente la muerte de mi peor enemigo”. El pesado cuerpo de la serpiente se retorció en un espasmo babeante y su lengua bífida se encogió en un rollito de nada. Desapareció.

Chul no había dicho una palabra, estaba pasmado de asombro. No sólo se había casado con la joven más linda, también con la más lista. Hye metió la piedra en la bolsa de su hanbok color cereza y, risueña, dio el brazo a su marido para emprender juntos un nuevo camino.





A long time ago, at the top of a mountain, there lived a poor, lonely woman. After a dreadful winter, when the cold pierced her lungs like crushed glass and cracked her feet so she couldn't walk, springtime had finally arrived. For everyone else, this was good news, but not for Yoon, who didn't even have millet seeds to sow outside her hut. She made her way the forest to look for roots—bitter, but edible—and was digging through the earth when a soft flutter caught her eye. A gorgeous, golden pheasant was trying to take flight, but had a broken foot, its brilliant feathers soiled with blood. The woman felt pity, clothed the bird in her bosom, and took it home. She tried it all, bandaging its leg, cleaning its wounds... but hours went by and the pheasant didn't get better, so the woman wrung its neck and put it out of its misery. She plucked its feathers and boiled herself some delicious stew.

Months later, a bulge started growing in her stomach, like the pangs of a late indigestion. Before she even recovered from the shock, Yoon gave birth to a beautiful baby, chubby and pale as jade. Her life had changed forever: no longer alone in the world, her baby Chul's soft footsteps bounced across the room and filled her days with joy.

Years went by and the boy grew up a handsome young man, brawny and hardworking. Yoon went to the matchmaker and asked her to find an honorable wife for him. Weeks later, she came back with good news: she had found the perfect bride, whose cheeks blushed like camellias and whose eyes were velvet black. Both families exchange letters on red parchment, the color of happiness, and consulted their astrologer to find an auspicious wedding date. Wedding presents were given and received, and on the appointed day, the groom set out toward his bride's home. He went on foot, as he didn't have a horse, and alone, because his mother was his only family. On a twisted pathway, a huge serpent stopped him short. "Get out of my way. I'm in a hurry. I have to get to my wedding," the young man said, unafraid. "Sss, I don't think sso," the serpent hissed. "Sss-top thinking of worldly thingsss. I'm sstarving to death. Let's get thiss over with, ssss..." "I'm not kidding. Get out of my way or I'll kill you," Chul threatened. The serpent jeered, "With what? Tell me... You've been mine sssince you were born. I own you, ssss. Your father was a golden pheasant, and I was going to eat him up when your mother took him from me. You can't fight your desstiny. Let'sss finish this at once," he insisted. Chul knit his brow, pondering his fate, and said, "Very well. I can't fight my destiny and recognize your right to eat me up, but I want to get married. Let me go to my wedding and then come back so you can eat me up in peace." "What a twit!" the serpent replied. "Tell me, what's the ussse of getting married if you're dying anyways?" "Well, maybe you know nothing of the law, but when one gets married, one stops being a child and becomes a man. I want to die a man," the groom replied, without hesitation. "Also, it's my duty to plant a new seed and have at least one child who can leave offerings at my grave. It's my right. When I come back, you can eat me and that'll be that." "I'll give you five dayssss," said the serpent, dragging his



viscous and gigantic body all the way to the forest's hillside.

The bride and groom celebrated their wedding happily and bowed before their parents until their foreheads grazed the ground. They drank from the same cup and shared a hard boiled egg, one half each, so they would have a son. Four relatives brought them a long table covered in delectable dishes, with thirty-two delicacies of every kind: caramelized fish, pickled lotus flower, roast pork, dried fish in hot sauce, spinach in sesame oil, rice cakes with honey, sweet bean puddings... In the middle of the table, two ducks sculpted in wood kissed each other's beaks, symbolizing a long and happy marriage. When he saw them, the young man almost broke down in tears.

In his wife Hye's arms, Chul found the peace he'd never felt before, and he confessed his secret. "Don't worry, we'll face him together," she said firmly. The next day, on the forest's hillside, the serpent awaited them impatiently. "Like my husband already told you," Hye spoke first, "we recognize your right. But as his wife, I also have a request. My life now depends on Chul's, so if you eat him, you'll leave me with nothing and you'll have to take care of me, feed me, and clothe me until I die." The serpent thought for a while and then replied, "Yesss, you're right, but I can't leave you your man. I accept the challenge and can care for you until your death. Here, have thissss." He stuck out his forked tongue and gave her a polished, round stone. "It's pretty," said Hye, as she picked it up off the ground, "but it won't do me any good. If I sell it, I'll only have enough to get by for a few weeks. What will I do after that?" "You're truly ssstupid..." the serpent replied. "It'sss not just any ssstone. It's magic. You can assk for whatever you want: clothesss, food, a housse..." The young woman grasped the stone in her fist. "Whatever I want, huh? Really? Anything?" "Anything," the serpent replied, losing his patience. "Now we're even. Come here, young lad." But quick as lightning, Hye announced, "Then I wish, more than anything, for the death of my worst enemy." The serpent's hefty body twisted in a slobbering spasm and its forked tongue shrunk into a puny roll of

nothingness. It disappeared.

Dumbstruck, Chul had not uttered a single word. Not only had he married the prettiest girl, but also the smartest one. Hye stuck the rock in the pocket of her cherry hanbok, laughing, and linked arms with her husband as they embarked a new journey together.







# Las tres novias

## The Three Brides

**H**abía una vez tres hermanas. La noche de su boda, la mayor se negó a quitarse la ropa frente a su nuevo esposo. Ella moría de pena de mostrarse desnuda, pero él pensó que era por fea. Tan fea como para no enseñar nada. El novio huyó despavorido y nunca volvió.

La segunda hermana escuchó con atención los lamentos de la primogénita y aprendió de su amarga experiencia. La noche de su boda, se desnudó por completo y llevando su ropa hecha bulto en sus brazos se presentó ante su marido. Él se indignó, pensó que manera de actuar era liviana y sin recato. Huyó despavorido y nunca volvió.

La menor de las hermanas aprendió de las dos primeras y juró que nada de eso le pasaría. Sin embargo, estaba indecisa. El día de su boda fue un tormento porque no sa-

bía qué hacer y temía fracasar como sus hermanas. Con las manos sudorosas y el corazón palpitante esperó a que cayera la noche. Entonces, se presentó ante su nuevo esposo y desde el quicio de la puerta del cuarto nupcial, le preguntó, pragmática: “¿Qué debo hacer? ¿Me quedo con mi ropa o me desnudo?”. El novio la miró perplejo y creyendo que estaba loca, huyó despavorido y nunca volvió.





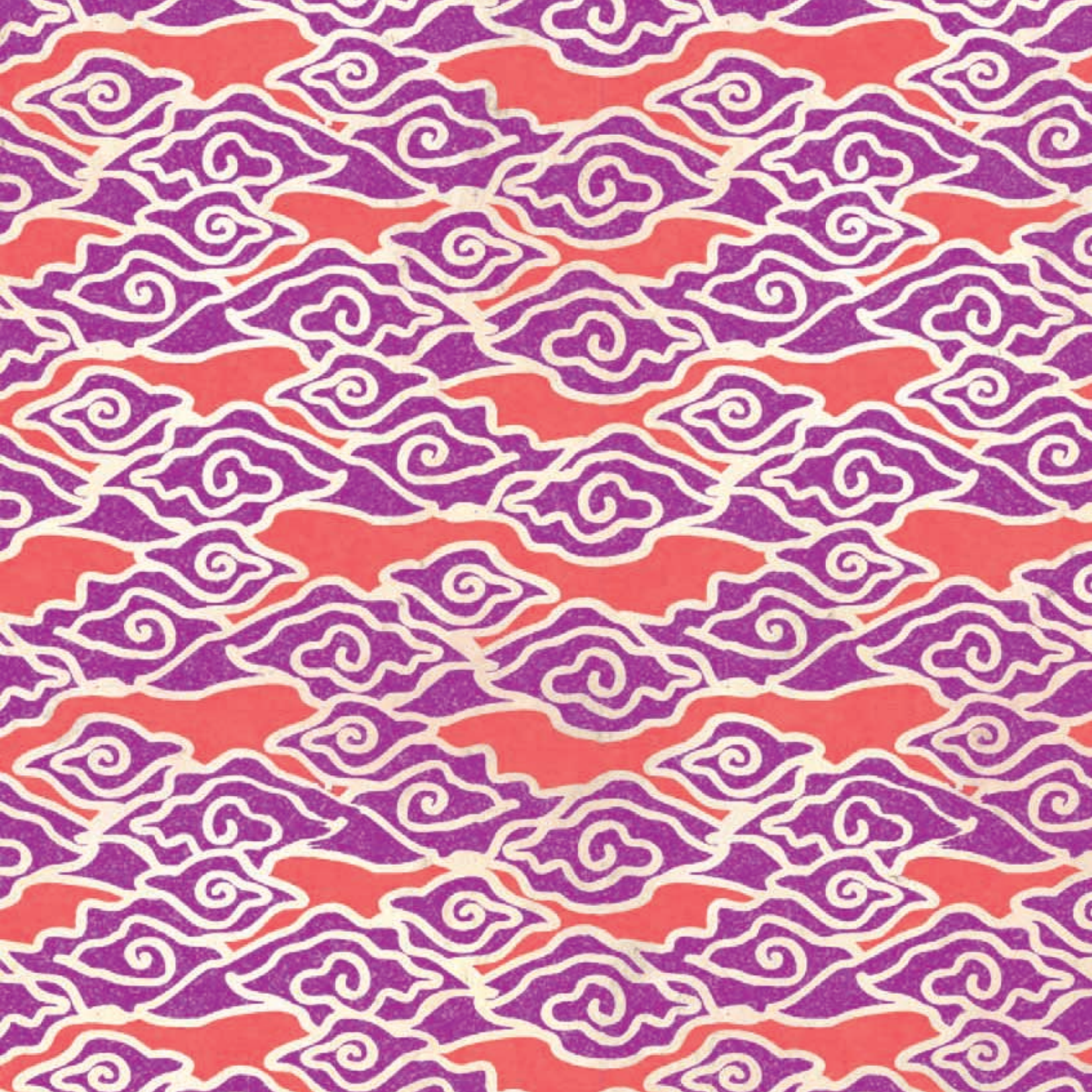
Once upon a time, there were three sisters.

On her wedding night, the eldest refused to take off her clothes in front of her new husband. She was too embarrassed to show herself stark naked, but he thought it was because she was ugly. So ugly that she couldn't show herself at all. The terrified groom fled and never came back.

The second sister heeded the first-born's laments carefully, and learned from her bitter mistakes. On her wedding night, she undressed completely and carried her bunched up clothes in her arms as she presented herself before her husband. He was outraged and thought her easy and immodest. The terrified groom fled and never came back.

The youngest sister learned from the older two and swore that none of that would happen to her. But she could not make up her mind. She felt tormented on her wedding day, because she had no idea what to do and was scared of failing like her sisters. With her palms sweaty and her heart pounding in her chest, she waited for nightfall. Then, she presented herself before her new husband, and from the doorframe of the newlywed's room, she asked, practically, "What should I do? Should I keep my clothes on or undress?" The terrified groom stared at her, thinking she was crazy, and fled and never came back.









# El hada celeste y el leñador

## The Heavenly Fairy and the Lumberjack

**A**l pie del Monte de los Diamantes vivía un leñador. Era tan pobre que no podía pretender siquiera casarse porque no le alcanzaba ni para comprar los regalos de bodas. Una tarde, cuando cortaba leña en el bosque, escuchó las recias voces de dos cazadores. Un joven ciervo brincó entre los helechos y se apostó frente a él. “Humilde leñador –le pidió–, escóndeme te lo suplico, me van a matar, no lo permitas”. El joven ocultó al ciervo detrás de su pila de leños y siguió trabajando como si nada. Se acercaron a él los cazadores con sus arcos y sus flechas, resollaban. “Dinos leñador, ¿acaso no has visto pasar por aquí a un ciervo?”, preguntó uno de ellos. “Sí, lo vi –respondió él, señalando un punto indefinido– pasó corriendo frente a mí y se fue hacia aquella colina, por allá”. Los cazadores corrieron en busca de su presa sin perder el tiempo en agradecimientos.

“Te debo la vida, leñador”, murmuró el delicado animal, saliendo de su escondite. “No me debes nada, ahora corre”. “Insisto en pagarte el favor. ¿No te gustaría casarte?”. “¿Casarme? Bueno... de gustarme, pues sí me gustaría, pero no tengo...”. “Eso me imaginé –respondió el ciervo con voz clara–. Ahora, escúchame bien, ¿conoces la cascada de los dragones?”. “Sí, claro, he estado ahí varias veces”. “Bien, pero de seguro no conoces su secreto: el quinto día del quinto mes, ocho jovencitas, hijas del Emperador de los Jades, bajan en un inmenso arcoíris a bañarse en las aguas cristalinas de los ocho pequeños lagos que hay ahí. Ve ese

día preciso. Las jóvenes van a desnudarse y dejan su ropa en la orilla, colgada a las ramas de un pino. Obsérvalas bien porque te vas a apoderar del hanbok de la más joven. Sin su vestido, ella no podrá volver al cielo y se quedará contigo. Cásate con ella y nunca le devuelvas su ropa, aunque te lo pida de rodillas. Serás feliz. Cuando tengan cuatro hijos, se la podrás devolver, pero no antes”. Dicho esto, el ciervo desapareció. Pasó el otoño, luego el invierno, pasó la primavera con su baile de flores al viento. Llegó el día señalado, y sin nada que perder, el leñador fue al lago y se escondió entre los arbustos, cerca de la cascada. Pronto vio un arcoíris de brillantes colores y a ocho hadas bajar por él. Se desnudaron y se sumergieron juguetonas en el agua. El leñador no había visto nunca tanta belleza y debió hacer acopio de su fortaleza para concentrarse y robar el vestido color magenta de la más joven. Pasaron unas horas y antes del ocaso, las hadas celestes se vistieron y subieron una por una por el puente de arcoíris. La más joven no pudo alcanzar





el cielo y se puso a llorar amargamente. El leñador salió de su escondite y le tendió su túnica.

Aunque al hada le costó acostumbrarse a la extraña vida cotidiana de la tierra, a vivir con su suegra y a hacer las tareas domésticas, vivieron felices varios años. Cada vez que nacía un hijo, ella suplicaba a su esposo que le devolviera su ropa, y él, recordando los consejos del ciervo, se negaba. Cuando nació el tercer bebé, ella derramó sentidas lágrimas, como para conmover a las piedras. “Mi adorado esposo, muéstrame mi ropa, te he dado ya tres hijos, ¿acaso no me tienes confianza?”. El leñador se compadeció y le entregó su hanbok color magenta. En cuanto se lo puso, el hada recuperó sus poderes originales y subió al cielo de inmediato, con el hijo mayor entre las piernas y los otros dos en brazos.

El leñador sintió tanta pena que tuvo ganas de morir. Así lo halló el ciervo, sentado en el bosque, con la mirada perdida en el vacío. “Te lo advertí –le dijo con tristeza– si hubieran tenido cuatro hijos ella no hubiera podido cargar con todos y llevárselos al cielo. Pero te debo la vida y te voy a ayudar. Desde que las hadas vinieron al Monte de los Diamantes y perdieron a una de sus hermanas, tienen prohibido bajar a la tierra. Ahora, avientan desde el cielo una cubeta para recoger el agua de los lagos. Mañana ve para allá, cuando veas la cuerda subir la cubeta, tira el agua y escóndete, así hallarás a tu familia”. Dicho esto, el ciervo desapareció.

Al día siguiente, el leñador fue a los ocho lagos y esperó a que bajara la cubeta del cielo. Hizo exactamente lo indicado por el ciervo. Pronto se halló frente al Señor de los Cielos. No estaba nada contento de verlo porque sabía que había hecho trampa al robar el vestido de su hija, pero al fin lo perdonó y lo dejó vivir en su reino.

Pasó el tiempo. El leñador ya no tenía nada de qué preocuparse, vestía la ropa más refinada, comía los platillos más exquisitos, veía crecer a sus hijos alegres y sanos. Sólo algo le faltaba: extrañaba a su anciana madre. Se había ido sin despedirse de ella y deseaba fervientemente volver a verla. Al principio el hada se negó, pero él suplicó tantas veces que ella cedió. “Está bien –le dijo– te voy a conseguir un caballo alado. Estarás en la tierra en un parpadeo. Pero habrás de cumplir esta única condición: bajo ningún motivo debes desmontar, si tocas el suelo no me volverás a ver nunca más, ni a tus hijos”.

El leñador prometió tener cuidado, se despidió de su esposa y montó el caballo alado. En un abrir y cerrar de ojos estaba frente a su anciana madre. Ella se alegró mucho de verlo, le abrazó las piernas con efusividad, le acarició la mejilla. Le preparó un té verde que le ofreció cariñosa. Pero la taza estaba ardiendo, el leñador se quemó las manos y la soltó. El té se derramó sobre el lomo del caballo y éste se irguió furioso. Relinchando tiró a su jinete y

emprendió el vuelo hacia su morada celeste.

Nunca más volvió el leñador al cielo. Dicen que murió de tristeza, viendo pasar las horas, sentado frente a la choza de su madre. Dicen que su alma se alojó en un gallo.

Desde entonces, los gallos se trepan a lo más alto de los techos y levantan el cuello hacia el cielo, llamándolo.





At the foot of Diamond Mountain, there once lived a lumberjack. He was so poor, he couldn't even get married, since he didn't even have enough money for wedding gifts. One afternoon, as he chopped wood in the forest, he heard the rough voices of two hunters. A young deer leaped from the bushes and planted himself before him. "Humble lumberjack," he pleaded, "hide me, I'm begging you. They'll kill me. Don't let them." The young man hid the deer behind his pile of wood and kept on working, as if nothing had happened. The hunters went up to him with their bows and arrows, puffing and panting. "Lumberjack, have you seen a deer come by here?" one of them asked. "Yes, I did," he replied, pointing any which way, "he ran right past me and went up that hill, over there." The hunters ran after their prey and didn't even take the time to thank him.

"I owe you my life, lumberjack," the delicate animal murmured, as he inched out of his hiding place. "You don't owe me a thing. Now run away." "I insist on returning you the favor. Wouldn't you like to get married?" "Married? Well, of course I'd like to, but I've got no..." "That's what I thought," the deer replied, in a clear voice. "Now listen closely. Have you been to the dragon waterfall?" "Yes, of course. Many times." "Very well, but you must not know its secret: on the fifth day of the fifth month, eight young women, daughters of the Jade Emperor, descend in an immense rainbow and bathe in the crystal clear waters of its eight lakes. Go on that precise date. The young women will take off their clothes and leave them by the shore, hanging on the branches of a pine tree. Watch them carefully, because you'll have to steal the youngest one's hanbok. Without her dress, she won't be able to go back to heaven, and she'll stay with you. Marry her and never give back her clothes, even if she begs and pleads. You'll be happy. Once you have four children, you can give back her clothes, but not before then." Having said this, the deer disappeared. Autumn came and went, and then winter, and then spring with its flowers dancing in the wind. The appointed day came, and with nothing to lose, the lumberjack hiked to the lake and hid among the bushes, near the waterfall. Soon enough, he saw a brightly colored rainbow and eight fairies soar down on it. They peeled off their clothes and splashed playfully in the water. The lumberjack had never seen that much beauty in his life, and had to muster all his strength to concentrate on stealing the magenta dress belonging to the youngest girl. A few hours went by, and before sunset, the celestial fairies got dressed and walked up the rainbow bridge, one by one. When the youngest one could not make it back home, she cried bitterly. The lumberjack left his hiding place and showed her the tunic.

Even though the fairy had trouble adjusting to her new, everyday life on Earth, to living with her mother in law, and to doing domestic chores, the couple lived happily for several years. Every time a new child was born, she begged her husband to give back her clothes, but he remembered the deer's advice and refused. When the third baby was born, she wept desperately, enough



for even a pile of rocks to feel moved. "My adored husband, show me my clothing. I've already given you three children. Don't you trust me?" The lumberjack had pity and gave her the magenta hanbok. As soon as she put it on, the fairy was filled with her original powers and shot up to the heavens, with her oldest son on her lap and the other two in her arms.

The lumberjack was so despondent, he wanted to die. That's how the deer found him, sitting in the forest, his gaze lost in the abyss. "I warned, you," he said sadly, "if you would have had four children, she never would have been able to carry them all and take them to heaven with her. But I owe you my life and am going to help you. Ever since the fairies went to Diamond Mountain and lost one of their sisters, they're no longer allowed to come back down to Earth. Now, they draw a bucket down from the sky to raise water from the lakes. Go there tomorrow, and when you see the rope pulling the bucket back up, dump the water out and hide. That way, you'll find your family." Having said this, the deer disappeared.

The next day, the lumberjack went to the eight lakes and waited for a bucket to come down from the sky. He did exactly as the deer told him. Soon enough, he found himself before the Lord of the Heavens, who was not the least bit pleased to see him, because he knew the lumberjack had cheated by stealing his daughter's gown, but in the end he forgave the lumberjack and let him live in his kingdom.

Time passed, and the lumberjack had not a single care in the world. He dressed in the finest clothing, ate the most exquisite dishes, and saw his children grow up happy and healthy. He only longed for one thing: he missed his ancient mother terribly. He had left without saying goodbye, and wished to see her again with all his might. At first, the fairy wouldn't have it, but he begged her so many times that she finally gave in. "Very well," she said, "I will fetch you a winged horse. You'll be on Earth in the blink of an eye, but on one condition: you must not get off the horse, by any means. If you touch the earth, you

will never see me again, nor your children."

The lumberjack promised to be careful. He said goodbye to his wife and mounted the winged horse. In the blink of an eye, he found himself before his ancient mother. She was so happy to see him, she hugged his legs tightly and caressed his cheek. She made him a cup of green tea, which she offered him lovingly, but the teacup was boiling hot, and the lumberjack burned his hands and dropped it. The tea splashed all over the horse's back and it kicked up its legs, furiously. It neighed and flung the horseman off his back and flew back to its celestial home.

The lumberjack never saw the heavens again. They say he died of sorrow, watching the hours go by, sitting outside his mother's hut. They say his soul took refuge in a rooster.

Ever since then, roosters climb up to the highest point on rooftops and crane their necks toward the sky, calling.





# El error fatal del cazador

## The Hunter's Grave Mistake

**E**sta es la triste historia de un hábil cazador. Era temido por toda la provincia por su certera puntería, nadie como él era capaz de dar en el blanco de una pequeña moneda o del pistilo de una magnolia a varios metros de distancia. Una tarde, se hallaba sentado frente a la puerta de su casa contemplando el sol del ocaso cuando, en el cielo anaranjado, vio pasar a tres gansos volando. “A que no puedes tumbarlos con un sola flecha” lo retó uno de sus vecinos. Sin responderle, el cazador apuntó, dobló el arco y lanzó su flecha. Los tres gansos cayeron a sus pies.

Esa noche, él soñó con tres hermosos niños. Meses después, su esposa dio a luz a tres varones, blancos como la luna. No había en el mundo padre más orgulloso que él: paseaba con sus hijos a caballo, los iniciaba en el arte de la arquería, les contaba cuentos por las noches. Cuando los niños cumplieron diez años, enfermaron de varicela. Empeoraron muy pronto y fallecieron los tres al mismo tiempo. El hombre estaba loco de dolor. Como era la costumbre, envolvió los tres cuerpos en lienzos blancos y los colgó de las ramas de un árbol, en el flanco de la montaña, para liberarlos de los malos humores antes de sepultarlos. Luego, se fue al pueblo a beber soju hasta perder la consciencia.

Un campesino se detuvo a descansar debajo del árbol de donde colgaban los tres cuerpos. Era una noche sin luna y no se veía nada, pero entre sueños, él los oyó hablar: “Ya hemos sido vengados, hermanos –dijo uno– hasta

acá se escucha el llanto del cazador en el pueblo. Su pena no tiene fin. Éramos tres gansos felices, surcando el ancho cielo cuando la flecha del mal hombre nos derivó, pero ahora su esposa está partida en dos por el dolor, hemos sido vengados. Podemos descansar en paz”.

El campesino se levantó asustado y corrió a buscar al cazador para contarle lo que había escuchado. El hombre guardó silencio y, frente a él, quebró sus flechas una a una.





This is the sad story of a skilled hunter. He was feared in every province for his perfect aim: no one could hit a small coin or a magnolia pistil right on target like he could, even from several meters away. One afternoon, he was sitting on his porch and watching the sunset when he saw three geese dart against the orange sky. "I bet you can't take them down with a single arrow," one of his neighbors dared him. Without even replying, the hunter pointed, drew the bow, and loosed the arrow. All three geese fell at his feet.

That night, he dreamed of three beautiful children, and months later, his wife gave birth to three boys, pale as the moon. No father in the world was ever prouder: he took his children horseback riding, initiated them in the arts of archery, and told them stories before bed. But when the children turned ten years old, they fell ill with the chickenpox. Their health deteriorated quickly, and all three died at the same time. The man became wild with pain. According to tradition, he wrapped the three bodies in white sheets and hung them from a tree on the side of the mountain to free them from evil spirits before their burial. Then, he went back to town and drank soju until he forgot himself.

A field worker paused to take a rest under the tree where the three bodies hung. It was a moonless night, and nothing could be seen, but in his dreams, he heard them speak: "We've been avenged, my brothers," one of them said, "I can hear the hunter crying all the way from the town. His sorrow has no end. We were three happy geese, soaring across the wide skies, when the bad man's arrow toppled us. But now his wife has been split in two with pain. We've been avenged. We can rest in peace."

The field worker got up in a fright and went looking for the hunter, so he could tell him what he'd heard. After he spoke, the hunter fell silent and, standing before him, split his arrows, one by one.











# La esencia de la vida

## The Essence of Life

**E**n Corea, es bien sabido, un zorro puede vivir quinientos años, gracias a la esencia de la vida que se concentra en una piedra preciosa. El animal la guarda en su hocico con cautela y no la comparte con nadie.

En el pueblo de Andong, vivía Yu, un joven apuesto y soltero. Una tarde, cuando descansaba a la sombra de un castaño, a la orilla del río Nakdong, vio pasar a la mujer más linda que había visto jamás. La vio caminar frente a él como si flotara, en un susurro de seda color verde jade. Fascinado, el joven se levantó y la siguió. Al día siguiente, asistió a sus clases de caligrafía ojeroso, pues no había dormido nada en toda la noche. Su anciano profesor lo notó y le preguntó la razón. Yu confesó su falta total de cortesía por haber seguido a una joven sin conocerla y se justificó porque se sentía como hechizado. No podía quitarle los ojos de encima, mucho menos cuando la escuchó hablar y vio que cuando ella abría la boca brillaba entre sus dientes una piedra preciosa.

El profesor guardó silencio unos instantes, se acomodó su gorro, perplejo. Finalmente tomó a su alumno de las muñecas y plantó sus ojos en los de él. “Escúcheme bien jovencito, la próxima vez que vea a esa mujer, arrebatéle esa piedra a como dé lugar. Aunque ella lllore y suplique, lo hará usted ¿me lo promete?”. Yu no entendió nada pero asintió con obediencia. Unos días después, él la vio pasar de nuevo a la orilla del río, se acercó alegre a charlar con ella. “¿Qué es lo que brilla tanto en tu boca?” le preguntó.

“Eso es lo único que no te voy a responder”, le dijo ella. “Anda, déjame verlo, sólo una vez”. Se dejó convencer y el joven se apoderó de la gema y se la tragó de inmediato. La chica pegó un grito estridente, se retorció como torbellino y se transformó en un zorro blanco.

Yu se había tragado la esencia de la vida. Se había vuelto capaz de memorizar las líneas de cada libro con tan sólo haberlo leído una vez. Se lo aprendía todo de inmediato. Por ello se había convertido en el investigador más apreciado de su provincia aunque seguía soltero. Un día se puso en marcha hacia Seúl, con la idea de ampliar sus conocimientos. Se detuvo a descansar en un hostel. El dueño tenía una sola hija que aquella mañana le había contado un extraño sueño: un dragón abrazaba a un sauce. Al atardecer, la muchacha halló a Yu sentado en el patio de la casa, tomando una taza de té de maíz tostado y una galleta de arroz, y se





acercó tímidamente a conversar con él. Al cabo de un rato le preguntó su nombre. Soy Yu Seong-Ryong, le respondió. “¿Pero es posible? –replicó ella– ¡Eso significa Dragón que se transforma en sauce!”. Y sin mayor explicación se levantó y dejó a Yu sumido en el desconcierto.

Poco después, lo alcanzó el padre de ella, con una firme propuesta de matrimonio. Sería la esposa de él y de nadie más...



In Korea, everyone knows a fox can live five-hundred years, because it carries the essence of life, boiled down to a precious stone. The fox holds it in its jaw carefully and refuses to share it at all.

In the town of Andong, there lived a handsome, young, and unmarried man named Yu. One afternoon, when he stopped for a rest under the shade of a chestnut tree at the shore of the Nakdong River, the most beautiful woman he had ever seen walked by. He watched her stroll along as if floating on a whisper of jade-green silk. Marvelled, the young man got up and walked behind her. The following day, he showed up at his calligraphy class with bags under his eyes, since he had not slept at all the night before. His ancient professor noticed and asked him what had happened. Yu confessed his complete lack of chivalry: he had followed a young woman he had never met, and excused himself by saying he felt bewitched. He could not take his eyes off of her—even less so after he heard her speak and saw a precious stone shining between her teeth.

The professor kept quiet for a moment and fixed his hat, perplexed. Finally, he took his student by the wrists and looked him in the eye. “Listen to me, young man. Next time you see that woman, snatch that stone away from her, any way you can. Even if she begs and cries, you must do it. Will you promise me?” Perplexed, Yu nodded obediently. A few days later, when he saw her walk past the river’s edge again, he went up to chat with her, cheerfully. “What’s that shining in your mouth?” he asked. “That’s the only thing I can’t tell you,” she replied. “Come on, let me see it. Just once.” She let herself be convinced, and then the young man snatched the gem and swallowed it whole. The young girl gave a chilling shriek and twisted like a tornado as she morphed back into a white fox.

Yu had swallowed the essence of life. Now, he could memorize every line of any book after reading it but once. He learned everything by heart right away and became the most honored researcher in his province, but he was still single.

One day, he started walking toward Seoul, hoping to

broaden his wisdom. He had to stop and rest at a hostel. The hostel’s owner only had one daughter, who had told him about a strange dream she had the night before, about a dragon clinging to a willow tree. In the evening, the young woman found Yu sitting on the patio, enjoying a cup of toasted corn tea and a rice cookie, and she went up to talk to him. After a while, she asked his name. “I’m Yu Seong-Ryong,” he replied. “But, can it be?” she said. “That means Dragon transformed into a willow tree!” Without further explanation, she got up and left Yu sitting alone, bewildered.

Soon after, her father approached Yu with a solid marriage proposal. She would be his wife and no one else’s...







# La capa invisible

## The Invisible Cloak

**E**s bien sabido, los duendes en Corea usan capas mágicas, las horang-gamtae. ¿Para qué sirven? Para hacerse invisibles.

Hubo una vez un hombre que siempre honraba la memoria de sus ancestros. Solía dejarles en los altares comida y bebida deliciosas. Una noche, entraron a su casa varios duendes y se comieron todo lo que hallaron en los altares. Y cada vez que el hombre ponía nuevos platillos, recibía la maliciosa visita de los duendes, invisibles gracias a sus capas mágicas. Al principio él estaba de lo más contento porque estaba convencido de que los ancestros lo habían honrado con su presencia y se lo habían comido todo. Por lo tanto siguió buscando ofrecerles deliciosos platillos hasta que se quedó en la más completa miseria. La esposa era la más desdichada. “Hay algo muy raro en todo esto –le dijo un día– nuestros ancestros nunca han comido tanto y tampoco nos hubieran llevado a la ruina. Yo creo que hay ladrones, a partir de ahora, querido, voy a vigilar con mucho cuidado todo cuanto sucede de noche”.

Así lo hizo. Preparó un festín y se escondió detrás de un biombo. Antes de la medianoche escuchó murmullos y vio cómo se vaciaban los platos como por arte de magia, por lo que llamó alarmada a su esposo. Él acudió con un palo y lo agitó en el aire frente al altar de un lado a otro. Ante los ojos atónitos de la esposa, el marido desapareció. “¿Dónde estás? ¡No puedo verte!” preguntó. “En cambio yo te veo muy bien –contestó él– creo que el ladrón se fue” y

se acercó para darle la mano “¿por qué dices que no puedes verme?”. Ella sintió su mano dentro de la suya y la apretó, luego, con delicadeza, recorrió con los dedos lo que pensó sería el rostro de él y jaló con la punta del pulgar y del índice. El esposo reapareció de inmediato. “Esto debe ser una horang-gamtae y no pudimos ver al ladrón porque es un duende”.

Desde aquel día, la pareja halló un nuevo uso a la capa mágica. Por las noches, salía envuelta en ella y robaban las casas, una a una. Luego, las joyerías de Seúl. Al cabo de un año, se habían vuelto muy ricos.

Una mañana, un joyero entró a su tienda más temprano que de costumbre y vio como las monedas de su caja flotaban en el aire e iban una a una metiéndose solas a un costalito de terciopelo. Después se alzaron en el aire collares de perlas y de coral. El joyero se sabía la leyenda de los duendes y jaló la





capa con la punta de los dedos. Apareció de pronto un hombre con el rostro descompuesto. El ladrón le devolvió el saco con las monedas, le aventó la capa y salió huyendo.

¿Qué hizo el joyero? Lo mismo que el ladrón. De noche, se dedicó a robar cuanto pudo, de casa en casa, hasta que un día su capa se atoró en la hoz de un campesino cuando escapaba corriendo de una granja. Fue descubierto y arrestado.

En algún lugar, por estos lares, anda una capa invisible sin dueño...



Everyone knows that in Korea elves wear magic cloaks, horang-gamtae. “And what are they for?” you might ask. They make you invisible.

Once upon a time, there was a man who always honored his ancestors’ memory. He used to arrange altars with delicious food and drink. One night, a bunch of elves went inside his home and gobbled up everything they could find. After that, every time the man set out new, delectable meals, he’d receive a malicious visit from the elves—invisible thanks to their magic cloaks. At first, he was delighted, convinced his ancestors had honored him with their presence and eaten every last bite. So he kept on offering them delicious plates of food, until he became destitute. His wife felt wretched. “There’s something very strange about all this,” she said one day. “Our ancestors never ate this much, and they never would have ruined us. I think there must be thieves around. From now on, my dear, I’m going to watch our home very closely at night.”

And so she did. She prepared a feast and hid behind a folding screen. Before midnight, she heard some mumbling voices and saw her plates scraped clean, as if by magic. Alarmed, she called out to her husband. He ran to her with a stick and whaked the air in front of the altar from left to right. And before his wife’s astonished eyes, he disappeared. “Where did you go? I can’t see you!” she shrieked. “But I can see you clearly,” he replied. “The thief must be gone.” He took her hand, “How come you can’t see me?” She felt his hand in hers and squeezed it, then, delicately, she caressed what she thought to be his face and pinched something with her index finger and thumb. Her husband reappeared in a flash. “This must be a horang-gamtae, and we couldn’t see the thief because he was an elf.”

From that day on, the couple found a new use for their magic cloak. Every night, they would hide behind it and rob people’s homes, one by one. Then, they went for the jewelry stores in Seoul. Within the year, they’d grown very rich.

One morning, a jeweler went to his store earlier than

usual and watched as the coins in his cash register floated in the air, placing themselves in a velvet sack all on their own. Then, pearl and coral necklaces took flight, too. The jeweler knew what people said about elves and tugged at the cloak with his fingertips. Soon enough, a man with a queasy face stood before him. The thief tossed him the pouch full of money, flung the cape at him, and ran away as fast as he could.

And what about the jeweler? He did the very same thing as the thief. Every night, he robbed as much as he could, home by home, until one day his cloak got caught on a peasant’s sickle as he fled from a farm. He was caught and put in jail.

Somewhere, in this neck of the woods, there’s an invisible cloak that hasn’t found an owner.





# La madrastra

## The Stepmother

**H**ace muchos años nació una preciosa niña, de ojos vivos como las chispas de una hoguera encendida. Su madre murió cuando ella vino al mundo y Yeoni no tuvo tiempo de crecer sola porque su padre se volvió a casar pronto. La madrastra –son siempre las madrastras las malvadas en los cuentos–, la atormentaba. Moría de celos por su belleza, pero más aún por el amor que el padre le profesaba, un amor absoluto. A la niña se le encargaban todas las tareas de la casa, desde las más pequeñas hasta las más ingratas y la pobre andaba en harapos, con el pelo, que alguna vez fue sedoso, hecho una maraña.

Una fría mañana de invierno, la madrastra envió a Yeoni por lechuga y zanahorias al monte. ¿Lechugas y zanahorias en el monte, en invierno? Sí, le dijo la mala del cuento, y la mandó con su vestidito de verano y su canasta. Yeoni deambuló por los senderos, buscando en vano entre los helechos y el musgo algún brote de zanahoria. Cayó la noche de un tajo, como cae en el invierno, y la niña se puso en busca de un refugio. Sus pies estaban ya a punto de congelarse en las sandalias de lona y los labios se le habían puesto azules. Se sentó a llorar en la nieve, resignada ante la inminencia de su muerte. De pronto, como por encanto, apareció frente a ella una casita. Pequeña pero bien puesta, con sus tejas de cerámica azul, su patio con pinos enanos y en su centro una fuente de piedra escarchada. Sin un asomo de duda, cruzó la cerca y se halló frente a un muchacho.

– ¿Qué haces aquí? –preguntó él incrédulo.

Yeoni le contó su desventura. “Espérame aquí”, le dijo. El joven volvió unos minutos después con un enorme manojito de lechugas y las metió en la canasta de ella.

–Vuelve cuando quieras – invitó a la muchacha– cuando cruces la puerta gira a la derecha y hallarás tu camino. Por cierto, me llamo Sauce.

Ella se inclinó en agradecimiento y apenas había cerrado la puerta de la cerca cuando Sauce la alcanzó corriendo.

–Toma, llévate esto también. Podrías necesitarlo –le dijo entregándole tres botellitas de vidrio de distintos colores–. Cuídalas mucho, la botella blanca contiene un líquido capaz de hacer crecer carne sobre los huesos de un muerto. La botella roja uno que produce sangre y la botella azul sirve para devolver el aliento de la vida.

Yeoni frunció el ceño, era el regalo más extraño que había recibido en su vida, pero no protestó





ni preguntó nada. Encontró su casa sin dificultad y entregó las lechugas a su madrastra. La mujer quedó sorprendida y encolerizada. Al día siguiente envió a la joven por zanahorias. Ella emprendió el camino conocido y gritó desde la cerca “Sauce, Sauce, hojita de Sauce, perdona mi intromisión, pero he venido a pedirte otro favor”. Ignoraba que su madrastra la había seguido.

Cuando volvió a casa con las zanahorias, la madrastra la esperaba con un palo.

– ¡Tienes un amante secreto! –gritó– ¡Tienes un amante y no voy a permitir que recaiga el deshonor sobre nuestra familia, de mí no te burlas!

El padre de Yeoni la miraba con tristeza, pero no se atrevió a intervenir.

La madrastra se adentró en el bosque y cuando estuvo frente a la cerca de la casa de tejas azules gritó: “Sauce, Sauce, ¡ven aquí!”. “No tengo idea de quién es usted –respondió él– nunca la he visto”. Pero la mujer no le dio tiempo de más, se aventó sobre él y lo mató con el palo. Luego, incendió la casa.

Cuando al día siguiente, Yeoni buscó la casita de tejas azules, sólo halló un campo calcinado. Ella buscó entre los escombros los restos del muchacho y cuando los halló se sentó a su lado a llorar con desesperación. De pronto, recordó el obsequio. Blanco, rojo y azul... las tres botellas. Estaban en la bolsa de su delantal. Uno a uno buscó los huesos hasta juntar el esqueleto completo y los roció con el líquido de la botella blanca. Creció la carne. Luego, vertió el líquido rojo y vio la sangre recorrer el cuerpo en un entramado de venas. Finalmente, Yeoni vació el líquido azul en la boca de Sauce. El muchacho abrió los ojos, la miró y sonrió.

–Soy Sauce, servidor del Señor Supremo de los Cielos. Mi deber es atraer a la lluvia, para alimentar los ríos y hacer crecer las plantas y las cosechas. Pero últimamente no ha llovido, ¿lo has notado? Es porque se me encomendó la tarea de bajar a la tierra para ayudarte. Conseguí legumbres en pleno invierno sólo para que nunca dejen de brillar esas chispas en el fondo de tus ojos negros. ¿Nos vamos?

Le tendió la mano a Yeoni, la tomó por la cintura y la izó hasta el cielo en un parpadeo.



Many years ago, a precious little girl was born, with eyes as bright as the sparks in a blazing fire. Her mother died when she came to this earth, and Yeoni had no time to grow up on her own, since her father remarried quickly. Her stepmother—stepmothers are always the villains in stories—tormented her. She would cringe with jealousy over her beauty, but even more so because of the love her father professed for her, absolute love. The girl had to do all the house chores, from the smallest ones to the most thankless, and the poor girl walked around in rags, with her once silky hair knotted in a tangled mess.

On a cold winter morning, the stepmother sent Yeoni up the mountain to fetch lettuce and carrots. “Lettuce and carrots on the mountain, in winter?” “Yes,” the story’s villain said, and sent her in a sundress, a basket under her arm. Yeoni wandered through the mountain’s paths, poking through the brush and moss in vain, hoping for a budding carrot. Her feet were about to freeze in her canvas sandals, and her lips had turned blue. She sat down to cry in the snow, resigned over her imminent death. Suddenly, as if a spell had been cast, a cottage appeared before her. It was small and nicely arranged, with blue ceramic shingles and a patio with tiny pine trees surrounding a frosty fountain in the middle. Without a shadow of a doubt, she opened the gate and found herself before a young man.

“What are you doing here?” he asked in disbelief.

Yeoni told him her misfortunes. “Wait here,” he said. The young man came back a few minutes later, with a huge bunch of lettuce, and stuck it in her basket.

“Come back whenever you like,” he told the girl. “When you walk out the gate, turn right and you’ll find your way. By the way, my name is Willow.”

She bowed gratefully and had barely shut the gate when Willow caught up to her.

“Here, take this, too. You might need it,” he said, giving her three glass vials in different colors. “Take good care of them. The white vial’s liquid can make flesh grow on dead bones. The red vial makes blood, and the blue one can give back the breath

of life.”

Yeoni knit her brow: this was the strangest gift she’d ever been given, but she didn’t make a fuss or ask any questions. She found her way home easily and gave her stepmother the lettuce. The woman was both surprised and furious. The next day, she sent the girl out to find carrots. She went along the path she had come to know, and hollered at the gate, “Willow, Willow, little Willow leaf, please excuse my interrupting, but I need another favor.” She did not know her stepmother had followed her.

When she got back home, with the carrots, her stepmother was waiting with a stick.

“You’ve got a secret lover!” she yelled. “You’ve got a lover, and I won’t allow you to disgrace our family. You shall not make a fool of me!”

Yeoni’s father looked at her sorrowfully, but dared not intervene.

The stepmother went into the forest, and when she got to the gate surrounding the blue-shingled house, she yelled, “Willow, Willow, come here!” “I have no idea who you are,” he replied, “I’ve never seen you before.” But the woman didn’t give him time for another word, flung herself on him, and killed him with the stick. Then she set the house on fire.

The next day, Yeoni went out to find the blue-shingled house, but came



upon a charred field. She looked for the young man's remains among the debris, and when she found them, she cried in despair. All of a sudden, she remembered the gift. White, red, and blue... the three vials. She had them in her apron pocket. One by one, she collected the bones until she'd put the whole skeleton together, and then she sprinkled it with the liquid in the white vial. The flesh grew back. Then, she poured the red liquid and saw blood run through the body in a labyrinth of veins. Finally, Yeoni poured the blue liquid in Willow's mouth. The young man opened his eyes, gazed at her, and smiled.

"I'm Willow, servant of the Supreme Lord of the Heavens. My duty is to call forth the rain, to feed the rivers and make plants and crops grow. But it hasn't rained lately, did you notice? It's because I was told to come down here to help you. I found vegetables in the dead of winter, just so that spark in your eyes could keep on shining. Will you come with me?"

He stretched his hand out toward Yeoni, took her by her waist, and flew with her all the way to heaven in the blink of an eye.









# El hijo desobediente

## The Disobedient Son

**H**ace mucho tiempo, cuando los hombres apenas habían aprendido a sembrar arrozales, cerca del río Nam, vivía una mamá rana con su hijo verde. Este último era muy desobediente y siempre hacía exactamente lo contrario de lo que su madre le pedía. Si ella le ordenaba subir a una piedra para tomar el sol del mediodía, su hijo rana se zambullía alegremente en el agua, entre los surcos donde despuntaban, derechos y verdes, los brotes de arroz. En las tardes de monzón, cuando llovía a cántaros, y ella pedía que se abrigara bajo las hojas de cerezo de la colina más cercana, su hijo se quedaba a la intemperie, en medio de las gruesas gotas, brincoteando de un lado a otro como un irresponsable. Si le mostraba un mosquito para comer, él prefería un gusano de seda.

Mamá rana, gorda y reluciente, estaba desesperada. “¿Acaso no sabes hijo mío que a los mayores se les debe escuchar y respetar? ¿Qué todo lo hago por tu bien y tu seguridad? Te vas a ahogar un día de estos, o peor, te comerá la garza que viene por las tardes a merodear en el arrozal. Pobre de mí —se lamentaba— ¿qué habré hecho yo para merecer un hijo tan desobediente? Mira las otras ranitas cómo escuchan a sus madres, míralas, ellas no corren ningún peligro. ¿Por qué tú siempre has de hacer lo contrario de lo que te pido, hijito?”

Pero el renegado no la escuchaba y seguía llevando su vida según su entendimiento.

Un día mamá rana enfermó gravemente. Sintió que

llegaba su fin y decidió despedirse. Ella le suplicó: “hijo, por favor, cuando muera, no me entierres en la montaña, quiero que mi tumba esté aquí, cerca del río”. La pequeña rana se sorprendió mucho: era bien sabido que los difuntos se enterraban en la montaña. Allá se llevaba a los muertos, para protegerlos de las inundaciones, para que el espíritu del monte velara sobre ellos y las almas alcanzaran la paz. Mamá rana creía saber lo que hacía, porque siguiendo su costumbre, su necio hijo iba a actuar en contra de su voluntad. Así, al hacerle la petición de ser sepultada en el río, habría de ser enterrada en la montaña, para descansar allí por toda la eternidad, tal y como en realidad era su más ferviente deseo.

Cuando mamá rana expiró, el hijo lloró lágrimas amargas. ¿Quién cuidaría ahora de él? ¿Quién lo amaría como ella lo había amado? Se arrepentía de haberla hecho desatinar tanto. Para





hacerse perdonar, decidió complacerla. Con sus patitas escarbó una tumba en el lodo, cerca del río Nam, y la sepultó con la convicción de obedecerla por primera vez en su vida.

Poco después reventó el cielo. Gruesas nubes negras se arremolinaron sobre el arrozal y las gotas se abatieron sobre él, implacables.

El hijo sintió miedo de que la tumba de su madre se inundase. Se puso a croar de melancolía, triste por no haberla enterrado en la montaña.

Desde entonces todas las ranas verdes croan cuando llega la lluvia.



A long time ago, when men had just begun to learn how to plant rice fields, lived a mother frog with her green son near the river Nam. Her son was very disobedient and would always do the exact opposite of what she asked. If his mother asked him to climb up a rock and bask in the midday sun, the child would happily plunge into the water, among the furrows of rice that shot up straight and green. In the monsoon afternoons, when it would rain cats and dogs, she would ask her son to take shelter under the cherry-tree leaves on a nearby hill, but her son would stay out in the open, among the thick drops, recklessly jumping here and there. If she showed him a mosquito he could eat, he would gobble down a silkworm instead.

The fat and shiny mother frog was desperate. "Son, don't you know to listen to your elders and respect them? And that everything I do is for your own good and for your safety? You'll drown one of these days, or worse, that heron that comes to chew on the rice field at midday will eat you up. Poor me," she lamented. "What did I do to deserve such a disobedient son? Look at all the other baby frogs, listening to their mothers. Look at them: they're not in harm's way. Why do you always have to do the opposite of what I say, my son?"

But the renegade refused to listen and kept living life as he saw fit.

One day, mother frog fell gravely ill. She felt that the end was near and decided to say goodbye. She begged him, "Son, please, when I die, don't bury me in the mountain. I want my grave here, near the river." The little frog was very surprised: everyone knew that the dead should be buried on the mountain. That's where the deceased were taken, to protect them from the floods, where the mountain could watch over them and their souls could rest in peace. Mother frog thought she knew what she was doing, because as usual, her son would

do the opposite of what she asked. Thus, when she asked to be buried in the river, she believed she would actually be taken to the mountain, where she could rest for all eternity, as her heart most desired.

When mother frog died, her son cried bitter tears. Who would look after him now? Who would love him like she had loved him? He regretted how much she had made her suffer. To make her forgive him, he decided to do as she asked. He dug a little grave in the mud near the river Nam with his little legs, and he laid her to rest, knowing he was obeying her for the first time in his life.

Soon after, the sky rumbled. Huge, black clouds stirred over the rice fields, and the raindrops shot down from above, implacable.

The boy was afraid that his mother's grave would flood. He started croaking melancholically, sad that he had not buried her on the mountain.

Ever since, frogs always croak whenever the rain comes.







# Las dos mentiras

**H**abía una vez un juez que estaba harto de escuchar mentiras. Todos le mentían, tanto que había terminado por aburrirse. La mentira estaba en la naturaleza del hombre, lo sabía, pero esperaba al menos reírse de ello. Entonces se le ocurrió lanzar una apuesta. “Como no puedo evitar que me mientan –dijo a todos– voy a proponerles un trato. Sólo tengo una hija, muy bonita por cierto, la entregaré en matrimonio al hombre capaz de mentirme dos veces. Quiero dos mentiras muy divertidas”.

Un joven escuchó la propuesta y se puso a pensar varios días. Al fin se acercó al juez y le dijo: “Señor Juez, este verano va a ser uno de lo más cálidos de la historia, la gente va a tener sed. Le sugiero escarbar un pozo en la calle principal de Seúl y éste se llenará de agua, gracias a la cercanía del río Han. Va a tener tanta agua y tan caliente que podrá venderla para hacer té y se hará rico, muy rico”. El juez ríe de buena gana. “Bien, muchacho, al menos es divertida, ¿y la segunda mentira?”.

El joven buscó en la bolsa de su pantalón y sacó un papel doblado en dos. “Este es un reconocimiento de deuda firmado por usted. Antes de morir, mi padre le prestó a usted cinco mil nyangs y ahora vengo a que me pague ese dinero”.

El magistrado frunció el ceño, murmuró, se rascó la cabeza. Se hallaba en una encrucijada. Si decía públicamente que aquella era una tremenda mentira, se vería obligado a cumplir su palabra y a casar a su hija con el

muchacho. Si reconocía la deuda para no casar a su hija, perdería una fortuna.

“Es mentira” –dijo al fin el juez.

Los dos jóvenes se casaron y vivieron felices (por un rato).





Once upon a time, there lived a judge who was sick of lies. Everyone lied to him, so much that he'd grown bored of it. He knew lies were part of human nature, but he wished he could at least get a laugh out of them, so he thought of calling a bet. "Since I can't help but being lied to," he told everyone, "I'm proposing a deal. I only have one daughter, who's very pretty, by the way, and I'll give her hand in marriage to whoever can lie to me twice. I want two highly amusing lies."

A young man heard this proposal and pondered over it for several days. He finally went up to the judge and said, "Mister Judge, this summer is set to be one of the hottest in history. People will be thirsty. I suggest you dig a well along the main road in Seoul. It will fill up with water, since it's so close to the Han river. It'll have so much water and be so warm that you can sell it for people to make tea, and you'll get very rich." The judge laughed heartily. "Okay, young man, at least that was funny. What about your second lie?"

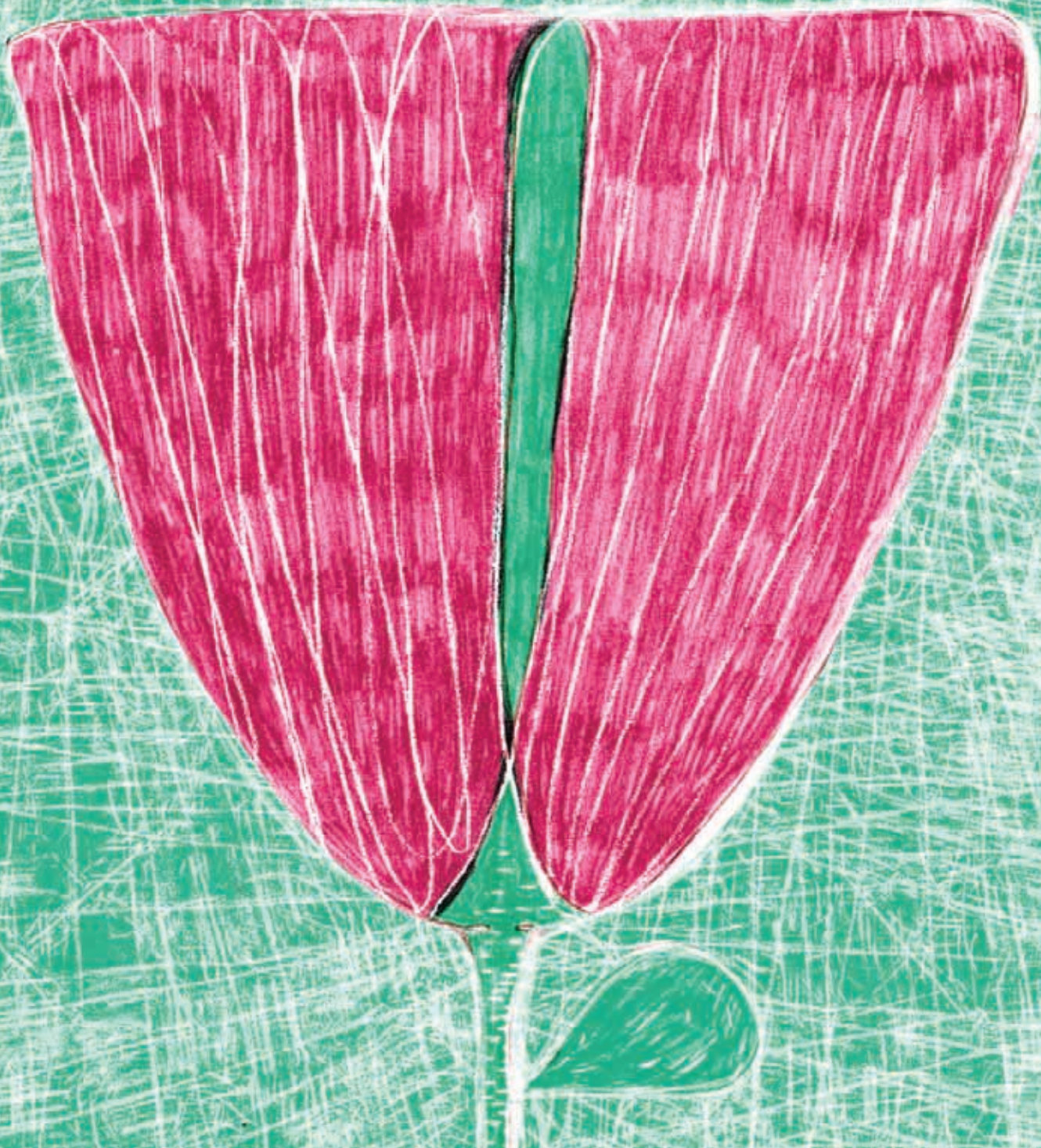
The young man fumbled in his pants' pocket and pulled out a piece of paper, folded in half. "This is an admission of debt you signed. Before my father's death, he lent you five thousand nyangs, and now I've come to ask you to pay up."

The judge knit his brow, mumbled, and scratched his head. He found himself at a crossroads. If he acknowledged this was a whooping lie, he would have to keep his word and marry his daughter to the young man. If he recognized the debt so that his daughter wouldn't have to marry, he'd lose a fortune.

"It's a lie," the judge finally pronounced.

The young man married the judge's daughter, and they were happy (for a while).









# La Luna y el Sol

## The Sun and the Moon

**A**l inicio de los tiempos, vivía en un bosque oscuro, más allá de las siete colinas, una mujer muy pobre. Tenía dos hijos y para poder alimentarlos, trabajaba en la granja de un vecino. Cada día, la mujer dejaba su humilde choza y ordenaba a sus niños cerrar bien la puerta y no abrir a nadie, bajo ninguna circunstancia.

Una tarde, ella volvía a casa después de una larga jornada con una charola de pasteles de arroz que le había dado el granjero. Se apuraba a caminar, cuando un inmenso tigre le cerró el paso. Sus lustrosas rayas y sus afilados colmillos la hicieron temblar de miedo. Ella habló primero “no me comas, mis hijos me esperan, mira, toma estos pasteles y déjame ir”. El tigre no lo pensó mucho, “de acuerdo”, rugió. La mujer siguió caminando, pero en la segunda colina, de nuevo se halló frente al hambriento felino. “Mis pobres hijos van a morir de hambre, debo alcanzarlos, toma mi chal y déjame ir”, suplicó ella. “De acuerdo” rugió el tigre con el chal entre las garras. Ella siguió caminando, pero cada vez, en cada una de las colinas, se encontró al animal dispuesto a devorarla. Y cada vez ofreció algo a cambio de su vida: primero fue su ropa, prenda por prenda, luego un brazo, una pierna... hasta que él se la tragó completa a unos pasos de la choza.

El tigre se vistió de señora, con la ropa de ella y tocó la puerta. “Abran mis niños, he vuelto, soy su madre”, dijo fingiendo su voz más dulce. Los niños se miraron extrañados. La pequeña preguntó: “¿y por qué estás tan

ronca?”, “porque fui al mercado a vender espinacas y grité demasiado”. “Muéstrame tus manos” dijo el niño, y el felino mostró una pequeña parte de su manaza peluda y amarilla por el agujero de la puerta. “Mi mamá tiene las manos blancas” dijo el niño. “Es que lavé mucha ropa –respondió el impostor– por eso las tengo rugosas”. “¿A ver los ojos?”, dijo la niña y el tigre se asomó “¡uy! ¡Los tiene amarillos!”, “es que me cayó chile en el mercado, me arden mucho”, argumentó. Finalmente los niños se dejaron convencer cuando vieron al tigre con el vestido de su madre y abrieron la puerta. Él fue hacia la estufa, jugando a la perfección su papel. “Deben estar hambreados, les haré algo de comer...”. La niña vio una cola larga que salía de debajo del vestido y jaló a su hermano hacia afuera. Corrieron tan rápido como pudieron hacia el bosque y se treparon a un árbol. Eran pequeños y no se les ocurrió nada mejor. Pron-





to escucharon al tigre rugir de rabia. No le fue difícil hallar a los niños y de inmediato intentó trepar al árbol. Pero éste era inmenso y ellos subían cada vez más alto. “Hay aceite de ricino en la cocina, tigre, ve por él te será más fácil alcanzarnos”, dijo el niño. Esta vez, el felino fue el engañado: se puso aceite en las patas, mas en lugar de subir más alto, sólo resbalaba más aprisa. La ira puede ser poderosa y él estaba furioso, así que con todo y aceite pronto estuvo muy cerca de los niños. “¿Qué hacemos? –preguntó la niña– ¡estamos perdidos!”. El pequeño alzó los ojos e imploró “Señor Supremo de los Cielos, ven en nuestra ayuda, si no nos salvas el tigre nos comerá”. Una cuerda surgió entre dos nubes y raudos, los niños treparon por ella, hasta que el felino los perdió de vista. “Señor Supremo de los Cielos, yo también necesito ayuda, yo también soy tu criatura”, rugió el felino. La plegaría fue escuchada, el Señor Supremo de los Cielos envió otra cuerda. El tigre empezó a trepar por ella, seguro de su triunfo, pero como había comido mucho pesaba demasiado. La cuerda se rompió y él se estrelló en el piso.

En el cielo, los niños olvidaron pronto su desventura. Jugaban a las escondidas entre los nubarrones, se columpiaban en las cuerdas de lluvia. El Señor Supremo de los Cielos se divertía mucho con ellos. Aprendió a quererlos tanto que ya no pudo devolverlos a su casa. Entonces confió a cada uno una tarea: a la niña la transformó en Luna y al niño al Sol. Ambos brillarían con intensidad y tendrían influencia sobre las mareas, las cosechas y los suspiros de los enamorados.

Hoy los astros contemplan a diario, desde el firmamento, esa tierra que se vieron obligados a dejar. Contemplan los campos donde las semillas de sorgo, cuando llegan a su madurez, se tiñen de rojo en recuerdo de la sangre del tigre que cayó de la cuerda celeste.



At the beginning of time, in a dark forest beyond the seven hills, lived a very poor woman. She had two children and worked at a neighbor's farm so she could feed them. Every day, the woman would leave her humble hut and order her children to lock the door and let nobody in, no matter what.

One afternoon, as she walked home, she carried back a trayful of rice that the farmer had given her. She was hurrying back when an enormous tiger blocked her way. Its lustrous stripes and sharp fangs made her tremble with fear. She spoke first: "Don't eat me, my children are waiting for me. Look, take these cakes and let me go." The tiger did not think twice: "Okay," he roared. The woman walked on, but on the second hill, she found herself before the hungry tiger once again. "My children will starve to death. I must get home to them. Take my shawl and let me go," she begged. "Okay," the tiger roared, and took the shawl in his claws. She walked on, but every time, on each of the hills, she would run into the tiger that wanted to devour her. And each time, she would offer him something in return for her life: at first it was her clothes, garment by garment, then an arm, and then a leg... until he ate her all up, just a few feet away from her hut.

Then, the tiger dressed up as a woman, with all of her clothes, and knocked on the door. "Open up, my children. I'm back. I'm your mother," the tiger said, feigning a sweet voice. The children looked at each other, perplexed. The little one asked, "Why are you so hoarse?" "Because I went to the market to sell spinach and I yelled too much." "Show me your hands, said the child, and the cat showed a small part of its hairy, yellow mane through a hole in the door. "My mother's hands are white," said the boy. "I washed too many clothes today," the impostor replied, "that's why they're pruny." "Show me your eyes," said the girl, and the tiger peered inside. "Oh! They're yellow!" "It's just that I got a hot pepper in my eyes at the market. They're burning quite a lot," the tiger argued. Finally, once the children saw the tiger wearing their mother's dress, they were convinced and opened the door. The tiger went toward the stove, playing his part to perfection. "You must be hungry. Let me make you something to eat..." The girl saw a long tail under sweep under her mother's dress and she yanked her brother outside. They ran to the forest as fast as they could and climbed up a tree. They were young, and couldn't think of anything better. Soon enough, they heard the tiger roaring with rage. It wasn't hard for him to find the children, and he tried to climb up the tree right away. But the tree was huge, and the children climbed further and further. "There's castor oil in the kitchen, tiger. Go get it and you'll catch us more easily," said the boy. This time, the cat had fallen for the trick: he oiled his feet, but instead of

climbing further, he'd just slide down more quickly. But rage is powerful and he was furious, so even with the oil, he had soon almost caught up to the children. "What do we do?" asked the girl, "we're done for!" The young boy lifted his gaze and implored, "Supreme Lord of the Heavens, come and help us. If you don't save us, the tiger will eat us up." A rope dropped down between two clouds, and the rowdy children climbed up, until the cat could no longer see them. "Supreme Lord of the Heavens, I need help, too. I'm also your child," roared the tiger. The prayer was heard, and the Supreme Lord of the Heavens sent down another rope. The tiger started climbing up, sure of his triumph, but since he had eaten a lot, he weighed too much. The rope gave way and he crashed to the floor.

In heaven, the children quickly forgot their misadventures. They played hide and seek among the storm clouds and swung themselves on ropes made of rain. The Supreme Lord of the Heavens had lots of fun with them. He learned to love them so much that he could no longer give them back to their home. Thus, he trusted each of them with a task: the girl would turn into the Moon, and the boy into the Sun. Both would shine brightly and influence the tides, the harvests, and the sighs of lovebirds.

Today, the heavenly bodies look down every day, from their firmament, upon that earth they were once forced to leave. They peer at the fields where the sorghum leaves turn red as they mature, remembering the blood of the tiger who crashed down from the heavenly rope.





# El hijo del sauce

## The Willow's Son

**E**ra época de lluvias. La humedad se colaba por los resquicios de las puertas, el musgo crecía entre las piedras. Pero ese año empezó a llover como nunca antes. Crecieron los ríos, el mar se hinchó de enormes olas y el agua acarreó casas y ganado. El gran sauce tenía un hijo, un niño que le había dado un hada del cielo. Ella solía pasar horas bajo su sombra, dormía abrazada a sus largas y finas ramas. Un día, sin explicación, el hada subió al cielo y dejó a su pequeño en la tierra. El sauce vio las aguas subir sin que nadie pudiera contenerlas y dijo al niño: “no voy a resistir más, pronto mis raíces serán arrancadas y yo seré arrastrado sin remedio. Súbete a mi tronco, es mi única oportunidad de salvarte”. Así lo hizo el niño, se aferró al árbol y ambos se dejaron llevar por la furiosa corriente.

Días más tarde, pasó flotando cerca de ellos un puñado de hormigas aferrado a una hoja. “Hijo del sauce, ayúdanos”, suplicaron al unísono. “¿Puedo, padre?” preguntó el niño. “Si quieres”, respondió el árbol. Y el niño ayudó a las hormigas a subir al tronco. Una semana después, un enjambre de mosquitos volaba sin rumbo. Se acercaron a ellos, exhaustos. “Hijo del sauce, sálvanos –pidieron– no te arrepentirás” “¿Puedo?” preguntó el niño a su padre. “Si es tu deseo...” respondió ofreciendo una rama a los mosquitos. Pasaba el tiempo y no escampaba. Una tarde, el niño escuchó un llanto cercano. Era el hijo de un campesino que luchaba contra la corriente para no ahogarse. “Hijo del sauce –imploró– déjame subir contigo al tronco”. “¿Puedo, padre?” preguntó el niño al árbol. “No” le respondió éste sin asomo de duda “los hombres son ingratos,

no vale la pena salvarlo”. “Pero se está ahogando, míralo, está desesperado ya no aguanta mucho, no podemos quedarnos así, viéndolo morir” insistió el niño. “Está bien –replicó el sauce– pero no digas después que no te lo advertí”. Y el hijo ayudó al otro niño a subir al tronco.

Al fin el sauce pudo alcanzar la orilla de una isla, puso a salvo a los dos niños, a los mosquitos y a las hormigas. Los insectos se despidieron agradecidos, los niños se adentraron en las tierras. Muertos de hambre y de cansancio, caminaron hasta encontrar una granja aislada donde hallaron a una viuda que vivía con su hija. La señora les dio alimentos y cobijo a cambio de su ayuda en el campo. Los niños crecieron y ella les había tomado tanto cariño que decidió casar a su hija con el más listo de los dos. El hijo del sauce era laborioso y entusiasta, el joven rescatado de la inundación le tenía celos. Por ello, retó a su madre adoptiva: “Él es definitivamente el más listo de los dos, ¿por qué no le pides que plante





ese inmenso costal de mijo, grano a grano, en tan solo quince minutos?”. La viuda frunció el ceño, era una misión imposible y era evidente que el joven quería poner en ridículo a su hermano. Al principio se negó, pero terminó por dejarse convencer y ella misma vertió en la tierra arenosa el contenido del costal. “Plántalas”, ordenó. El hijo del sauce sintió que se le cerraba la garganta de angustia, las lágrimas se apretujaron en el rabillo de sus ojos. También sintió una mordida en el tobillo. Era una hormiga gigante, negra y lustrosa. “Soy una de las hormigas que salvaste de la gran inundación, ¿por qué estás tan triste?”. “Debo plantar todas estas semillas en minutos y no podré nunca”, le respondió. “Pues aquí me tienes, con mis hermanas, a tu servicio”. La hormiga corrió en busca de las demás y, una a una, plantaron todas las semillas.

La viuda estaba asombrada y satisfecha, en cambio el hermano estaba furioso. “No puedo decidir cuál de los dos habrá de ser mi yerno porque a ambos los quiero por igual, así que les pongo una última prueba: esta noche, en el patio de la casa, habrá dos palanquines, uno cerca del pino y otro al lado del pozo. En uno de ellos se hallará mi hija, en el otro mi sirvienta preferida. Las jóvenes estarán cubiertas de pies a cabeza, la cara tapada con un abanico. El que logré distinguir a mi hija se casará con ella, el otro con la sirvienta. Y no aceptaré ningún reclamo”.

Era una noche de verano, una noche tibia sin luna. Brillaban en el cielo millones de estrellas, pero no alumbraban lo suficiente para una prueba tan difícil. El hijo del sauce observó largo rato los dos palanquines idénticos sin saber cuál de los dos elegir. Un mosquito revoloteó a su alrededor, zumbó en su oído y lo escuchó claramente decir: “Zzz, pino, zzz, bajo el pino”. Sin dudar, el joven abrió la puerta corrediza del palanquín adecuado.

Las dos parejas tuvieron muchos hijos, tantos como para repoblar la tierra de nuevo.



The rainy season had begun. Wetness seeped through the cracks in doorways, and moss grew tight between the rocks. But that year, the rain pounded down like never before. Rivers grew wide, the sea swelled with great waves, and the water dragged away livestock and homes.

The great willow there had a son, a boy given to him by a fairy from the heavens who used to spend hours and hours under his shadow and hug his long and fine branches in her sleep, until one day, without a word, the fairy went back to heaven and left her little one on earth.

The willow watched the waters rise, with no one able to contain them, and told the child, "I can't hold on much longer. Soon my roots will be torn out and I'll be dragged along in the water. There's nothing I can do to stop it. You must climb my trunk: It's my only chance to save you." The boy did as he was told and held on tight to the tree. The two were swept along by the furious current.

A few days later, a bunch of ants floated nearby, holding onto a leaf. "Willow's son, please help us," they pleaded in unison. "May I, father?" the boy asked. "If you like," replied the tree. The boy helped the ants climb up the trunk. A week later, a swarm of mosquitoes flew by, with nowhere to go. They came up to the child, exhausted. "Willow's son, save us," they begged, "You won't regret it." "May I?" the boy asked his father. "If you wish..." the tree replied, offering the mosquitoes a branch. Some time passed, but the rain would not relent. One afternoon, a boy heard a nearby cry. A peasant's son was fighting the current to keep himself from drowning. "Willow's son," he implored, "Let me climb the trunk with you." "May I, father?" the child asked the tree. "No," the trunk replied, without a shadow of a doubt. "Men are ungrateful. He won't be worth saving." "But he's drowning. Look at him! He's desperate and won't resist much longer. We can't just stay here and watch him die," the boy insisted. "Very well," the willow replied, "But don't say I didn't warn you." And the boy helped the child climb the

trunk.

The willow finally reached an island shore and led the two boys, mosquitoes, and ants to safety. The grateful insects bid their farewells, and the boys went on inland. Starving and tired to death, they walked until they found a lonely farm, where a widow lived with her daughter. The woman fed them and gave them shelter in exchange for their work in the fields. The boys got older, and she grew to love them so much that she decided to marry her daughter to the smartest of the two. The willow's son was hard working and enthusiastic, and the rescued boy became jealous. Thus, he challenged his adoptive mother: "He is definitely the smartest of the two. Why don't you ask him to plant this huge sack of millet, grain by grain, in just fifteen minutes?" The widow knit her brows: this mission was impossible, and the young boy obviously wanted to ridicule his brother. At first, she refused, but she ended up letting the boy convince her and spilled the seeds out on the sandy dirt herself. "Plant them," she ordered. The willow's boy felt his throat choke up in agony, as tears brimmed at the corner of his eyes. He also felt a bite on his ankle. It was a giant ant, black and lustrous. "I'm one of the ants you saved from the great flood. Why are you so sad?" "I have to plant all these seeds in

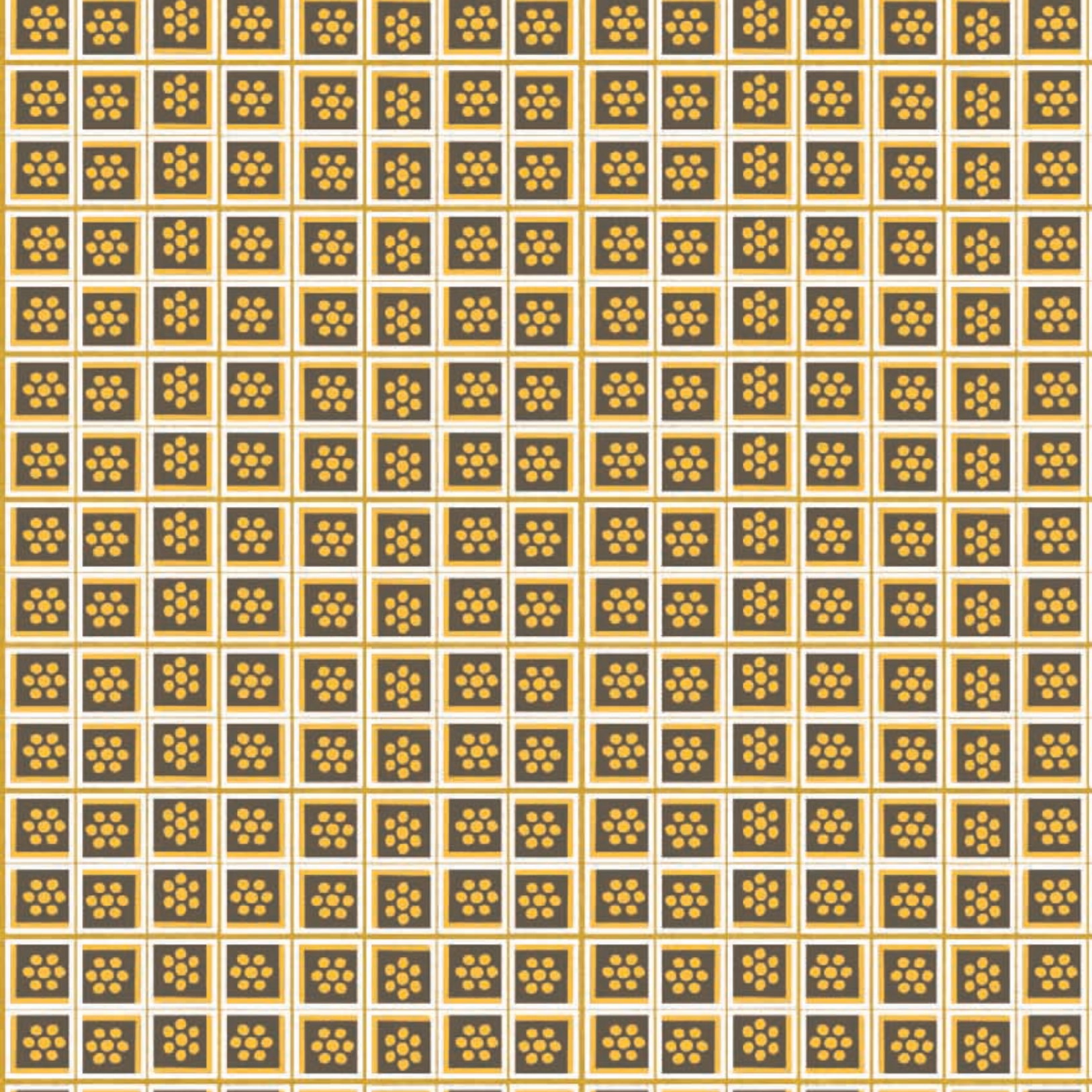


just minutes, and I'll never make it," the boy replied. "Well I'm at your service, as are my sisters." The ant ran to find the rest of them and, one by one, they planted the seeds.

The widow was impressed and satisfied, but the boy's brother was furious. "I can't decide which of the two should become my son in law, since I love you both the same, so you'll have one last test to pass. Tonight, in the patio, you'll find two palanquins: one near the pine tree, and another next to the well. My daughter will be inside one of them, and my favorite servant will be inside the other. Both will be covered from head to foot, with their faces hidden by a fan. Whoever manages to distinguish my daughter shall marry her, and the other boy shall marry the servant. I shall take no complaints."

It was a summer night, a warm and moonless night. Millions of stars shone in the sky, but none cast enough light for this arduous test. The willow's son peered at the identical palanquins for a long time, but could not figure out which to choose. A mosquito zoomed by and buzzed in his ear. The son heard him whisper: "Buzz, pinetree, buzz, below the pinetree."

With no doubt in his mind, the young boy slid open the door of the right palanquin. Both couples had many children: enough to fill the earth with children once again.







# El pérsimo venenoso

## The Poisonous Persimmon

Un día, un monje budista recibió de un peregrino un valioso obsequio: una canasta de pérsimos. Vestido con su túnica del color de una nube de tormenta, el monje se había pasado la mañana cantando y rezando, envuelto en una espiral de incienso. Trataba de no pensar en los brillantes pérsimos, de cantar una y otra vez para alejar de su mente la tentación de probarlos sin demora. Su aprendiz más joven, un niño travieso de manos rollizas, de cráneo rapado y redondo como esos frutos, lo miraba de reojo. Cuando al fin concluyó la jornada, cuando sonó la campana mayor y los monjes se inclinaron una última vez ante el imponente Buddha dorado del templo, el niño alcanzó a su maestro. Llevaba la canasta bajo el brazo.

“Dígame, ¿qué es eso? Es color naranja ¿verdad? Igual que un tomate, pero naranja. Parece delicioso, ¿se come?, ¿puedo probar?”. “¡Qué niño más curioso! No, no puedes probar, verás, es una fruta venenosa, si lo haces te morirías. Y deja ya de hacer tantas preguntas, mejor aprovecha el atardecer para meditar a la orilla del pequeño estanque de piedra, donde crecen las flores de loto moradas, concéntrate y ya no pienses en tonterías”. Pero el aprendiz no era de los que se rendían con facilidad. Esperó a que su maestro terminara de cenar y se fuera a dormir. Lo vio quitarse las sandalias para entrar al dormitorio y cerrar con cuidado la puerta. El niño se acercó, pero no escuchó nada. Miró la silueta de su maestro recortada en la penumbra, iluminada por la luz de una vela, pero era tan tenue

que resultaba imposible adivinar lo que estaba haciendo. Temblando de curiosidad, el niño rasgó la pared de papel con la uña y a través de un agujero minúsculo lo vio... Su maestro estaba mordiendo una de las frutas con deleite, sus dientes se hundían en la carne blanda y anaranjada. Por las comisuras de su boca, escurría un jugo de aspecto succulento.

El niño se fue a dormir al cuarto reservado a los novicios y pasó la noche en vela, pensando en la manera de probar aquellos frutos.

Antes de que cantara el gallo, la madrugada se llenó de los primeros rezos de los monjes. En el bosque cercano los pájaros dormían, el arroyo murmuraba. Después del desayuno de arroz al vapor y pastel de soya, el monje salió a dar un paseo al monte.

Aquella era la oportunidad tan esperada por el aprendiz. Tras la clase de caligrafía, cuidándose de





no ser visto, se apoderó de la tableta de piedra para la tinta de su maestro y la rompió. Luego entró al cuarto de él y se comió uno a uno todos los pécisimos. Eran... lo más delicioso que había probado en su vida.

Cuando el monje volvió de su paseo, halló al niño tendido en el piso del dormitorio. Estaba envuelto en su edredón acolchado, con la cabeza sobre la almohadilla de madera, inmóvil. El monje se alarmó. Le tocó la frente, le sacudió el brazo y le preguntó angustiada "¿Qué te ocurre? ¿Qué hiciste?". "Maestro querido, le pido perdón -respondió el niño con voz chillona-. Sin querer rompí su piedra para la tinta después de la clase de caligrafía y me sentí tan mortificado, pero tan mortificado que decidí quitarme la vida, por eso corrí a comerme todas las frutas venenosas de su canasta. Y aquí estoy... esperando la muerte".

"Ay muchacho..." respondió el maestro sin aguantar la risa. Se vio obligado a reconocer que la astucia de su aprendiz lo había superado con creces.



One day, a buddhist monk received a priceless gift from a pilgrim: a basketful of persimmons. Dressed in a tunic the color of a raincloud, the monk had spent all day singing and praying, surrounded by a curl of incense. He tried not to think of the shiny persimmons and went on chanting over and over again to drive away the temptation of tasting them right away. His youngest apprentice, a mischievous boy with chubby hands and a shaved head as round as a persimmon, looked at him askanse. When the day was finally over and the great bell rang and the monks bowed one last time before the magnificent golden Buddha in the temple, the boy ran up to his teacher, who carried the basket under his arm.

“Tell me, teacher, what are those? They’re the color orange, right? Just like a tomato, but orange. They look delicious. Do people eat them? Can I taste one?” “What a curious boy! No, you can’t try these, you see, this fruit is poisonous, and if you try it, you’ll die. Stop asking so many questions. Instead, take advantage of this beautiful sunset and meditate at the little stone pond, where purple lotus flowers grow. Concentrate and stop dwelling on these foolish things.” But the apprentice was not one to give up easily. He waited for his teacher to finish his dinner and was off to bed. He saw him take off his sandals, go to his room, and lock himself inside carefully. The boy drew near, but couldn’t hear a thing. His teacher’s silhouette was cut out against the shadows, lit up by the light of a candle, but it was so faint he couldn’t make out what was going on. Trembling with inquisitiveness, the boy scraped at the paper wall with his fingernail and peered through a little hole... His teacher was biting into the fruit with delight, and his teeth sunk into the soft and orange flesh as delectable juice dripped down the corners of his mouth.

The boy went back to his bedroom, reserved for novices, but spent the night awake, pondering how he could get his hands on that fruit.

Before the rooster crowed, dawn buzzed with the monks’ first prayers. Birds slept in the nearby woods as the

hushed stream whispered its song. Soon after eating his breakfast of steamed rice and soy cake, the monk went out for a stroll in the mountains.

That was the chance the apprentice had been waiting for. After his calligraphy class, careful not to be seen, he got ahold of the stone tablet his teacher used for ink, and he broke it. Then, he went into his teacher’s room and ate all the persimmons, one by one. They were... the most delicious thing he’d had in his whole life.

When the monk came back from his walk, he found the boy splayed out on his bedroom floor. He was wrapped in a cushioned duvet, with his head on the wooden pillow, motionless. Alarmed, the monk felt his apprentice’s forehead, shook his arm, and anxiously asked him, “What’s wrong? What did you do?” “Dear master, please forgive me,” the boy cried. “I accidentally broke your inkstone after calligraphy class, and I was so mortified that I decided to take my own life, so I ran here and ate all the poisonous fruit in your basket. And here I am... awaiting death.”

“Boy...” the teacher replied, unable to stop himself from laughing. His cunning apprentice had outdone him.





# El jarro mágico

## The Magic Jar

Una mañana de finales de verano, cuando las últimas chicharras de la estación cantaban entre los pinos del bosque, un campesino labraba su tierra. Era una parcela de nada, apenas le daba algunas verduras. Pero el viejo Bae ponía empeño en su trabajo, sudaba gruesas gotas. Estaba a punto de volver a su casa, cuando sintió algo con la punta de su piocha. Intrigado, el campesino escarbó la tierra con cuidado y halló un jarro de barro cocido. Era grande como un tonel y aunque estaba resquebrajado todavía podía servir. “Ya sé dónde pondré el kimchi este año –pensó Bae emocionado– al menos no volveré a casa con las manos vacías”. Como pudo, porque era flaco, cargó el pesado jarro hasta su casa. Lo puso en el fondo de su patio y dejó su piocha dentro de él. Exhausto, se sentó a la mesa a compartir con su esposa su modesta cena de hierbas de monte y ajo en salmuera. Al día siguiente, al amanecer, Bae se preparó para su larga jornada de trabajo. Se acercó al jarro y lo que halló en él lo sorprendió mucho. “Corre Yang-Mi, ¡ven a ver esto!” gritó a su esposa. “¡Mira! Ayer dejé mi piocha adentro y hoy hay dos, idénticas”. Yang-Mi abrió unos ojos enormes y antes de responder corrió a la casa por sus sandalias. Las metió dentro del jarro y de inmediato surgieron otras iguales. Bae probó con su pantalón, su camisa, y ella con su peine. Todo salía en doble. Estaban maravillados. Vinieron tiempos felices para la pareja, la miseria se había ausentado de su hogar. Bastaba poner un puñado de ar-

roz dentro del jarro de barro para obtener un costal, o un huevo para tener docenas. Lo probaron todo, una gallina, plantas de soya, platos, palillos... Sin embargo, en los pueblos, esos sucesos no pasan nunca desapercibidos. En la comarca corrió el rumor de que Bae poseía un jarro mágico y la envidia se propagó como mala hierba. Sin poder contenerse más, el más envidioso de todos acudió a ver a Bae. “¿Dónde hallaste ese jarro?”, le preguntó el campesino rico. “En mi territa”, respondió el interpelado. “Entonces es mío” aseguró. “De ninguna manera, esa tierra es mía, yo la trabajo y yo desenterré el jarro”, se defendió Bae. “Esa parcela ha sido nuestra por generaciones, te lo aseguro, mi abuelo escondió ahí esa vasija. La verdad es que yo lo sabía, pero se me había olvidado y por eso te vendí ese pedazo. Hagamos un trato: la tierra te la dejo, pero el jarro, no”. Así pelearon durante días y como no lograban ponerse





de acuerdo acudieron al prefecto del pueblo. Éste quiso comprobar el poder del recipiente y se apuró a meter en él una moneda de oro. De inmediato, el prefecto obtuvo dos. Sacó cuentas, se frotó las manos y se imaginó la fortuna que podría amasar con este procedimiento. Así, dio su veredicto a los quejosos: “cuando ninguno de ustedes tenía este cacharro, ambos vivían en armonía. No peleaban, ni sufrían. Si se los dejo, ustedes dos seguirán peleando hasta el final de sus vidas, por ello, siendo mi deber mantener el orden público, se lo confisco”. Los campesinos protestaron con vehemencia, pero no consiguieron nada.

El prefecto llevó a su casa el nuevo tesoro. Lo colocó en el patio y lo cubrió con una manta. Se acercó su padre, con mucha curiosidad. “¿Qué es eso hijo?” preguntó el vejete enclenque y pelón. “Una vasija para el kimchi, padre”.

“Pero está resquebrajada, ya no sirve”. “Sí sirve”, aseguró el hijo.

A diario volvía el prefecto del trabajo y acariciaba la manta que cubría el jarro, metía algo en él y sacaba más. El anciano lo miraba intrigado y decidió acercarse. Esperó a que el hijo saliera al trabajo una mañana y en silencio levantó la manta, como ya estaba medio ciego, metió la cabeza al recipiente y cayó dentro de él. Los sirvientes corrieron a rescatarlo y lo sacaron como pudieron, pero constataron con horror que dentro del jarro se hallaba otro anciano, idéntico al primero. Lo sacaron y salió otro igual. Y uno más, y otro. Pronto, cien ancianos caminaron por el patio de la casa gritando “hijo, hijo, ¿dónde te has metido?”. Cuando el prefecto volvió a su casa, la halló en un gran alboroto. “¿Padre?” preguntó sorprendido. “Sí, hijo, aquí estoy, soy yo” respondió uno de los ancianos. “No, soy yo”, respondió otro, “claro que no, soy yo, aquí está tu padre”. Los belicosos viejitos empezaron a pelear a puñetazos y a patadas. Se jalaban las barbas, se arrancaban la camisa. Uno de ellos fue a dar contra el jarro que se rompió en mil pedazos. El prefecto contempló aterrado los pedazos de barro en el piso. No sólo nunca sería rico, ahora tendría que alimentar y cuidar a cien ancianos peleoneros. Maldijo su suerte y su codicia.



One morning, at the end of summer, when the season's last cicadas buzzed among the pine trees in the forest, a peasant plowed his land. His was a patch of nothing, with little more than a few vegetables. But old Bae worked hard until thick beads of sweat rolled down his temples. He was about to head back home when the tip of his pickaxe hit something. Intrigued, the peasant dug around the earth carefully and pulled out a baked clay jar. It was big as a barrel and, though cracked, could still be of use. "I know where I'll put my kimchi this year," Bae thought, excitedly. "At least I won't come home empty handed." He was skinny, but managed to carry the heavy jar all the way home. He lay it at the far end of his patio and left his pickaxe inside it. Exhausted, he sat down at the table to share a modest dinner of mountain weeds and pickled garlic with his wife.

The next day, at dawn, Bae got ready for a long day of work. He went up to the jar and what he found inside took him by surprise. "Hurry, Yang Mi! Come look at this!" he hollered at his wife. "Look! I left my pickaxe inside and now there are two identical ones." Yang-Mi opened her eyes wide and hadn't even replied when she ran back to her house to fetch her sandals. She stuck them in the jar, and right away, an identical pair appeared. Bae tested the jar with his pants and shirt, and she chucked in her comb. Everything came out double. They couple was aghast.

Happy times were ahead for this couple, and misery had left their home. Tossing a fistful of rice in the jar could make a whole sack, and one egg could turn into dozens. They tested out everything: a chicken, soy crops, plates, chopsticks... However, in small towns, these kinds of events never go by unnoticed. Rumors that Bae owned a magic jar scampered throughout the region, and jealousy spread like weeds. Unable to contain himself any longer, the most jealous of them all went to see Bae. "Where did you find that jar?" the rich countryman asked. "In my little plot of land," Bae replied. "Then it's mine," he assured. "There's no way. That's my land, and I dug up the

jar," Bae huffed. "That parcel has been ours for generations, I can assure you. My grandfather hid that jug there. The truth is I had always known, but I forgot about it, which is why I sold you that plot. Let's make a deal: You can keep the land, but not the jar." They fought like that for days, and since they couldn't come to an agreement, they went to see the town prefect. The prefect yearned to test the jar out for himself, and rushed to chuck in a golden coin. Right away, he found two. He started making calculations in his head, rubbed his hands together, and imagined the fortune he could amass. Thus, he pronounced his verdict: "When neither of you had this piece of junk, you both lived in peace. You didn't fight and you weren't tormented. If I leave it with you, you'll keep fighting until the ends of your lives, so, given that I am obliged to keep the peace, I'm going to have to confiscate it." The peasants protested vehemently, but did not get the jar back.

The prefect brought his new treasure back home. He put it out in the patio and covered it with a blanket. His father drew near, curiously. "What's that, son?" asked the bald and sickly old man. "A kimchi jar, father." "But it's cracked. It won't work." "It will," his son assured. The prefect would come home every day, after work, and caress the blanket

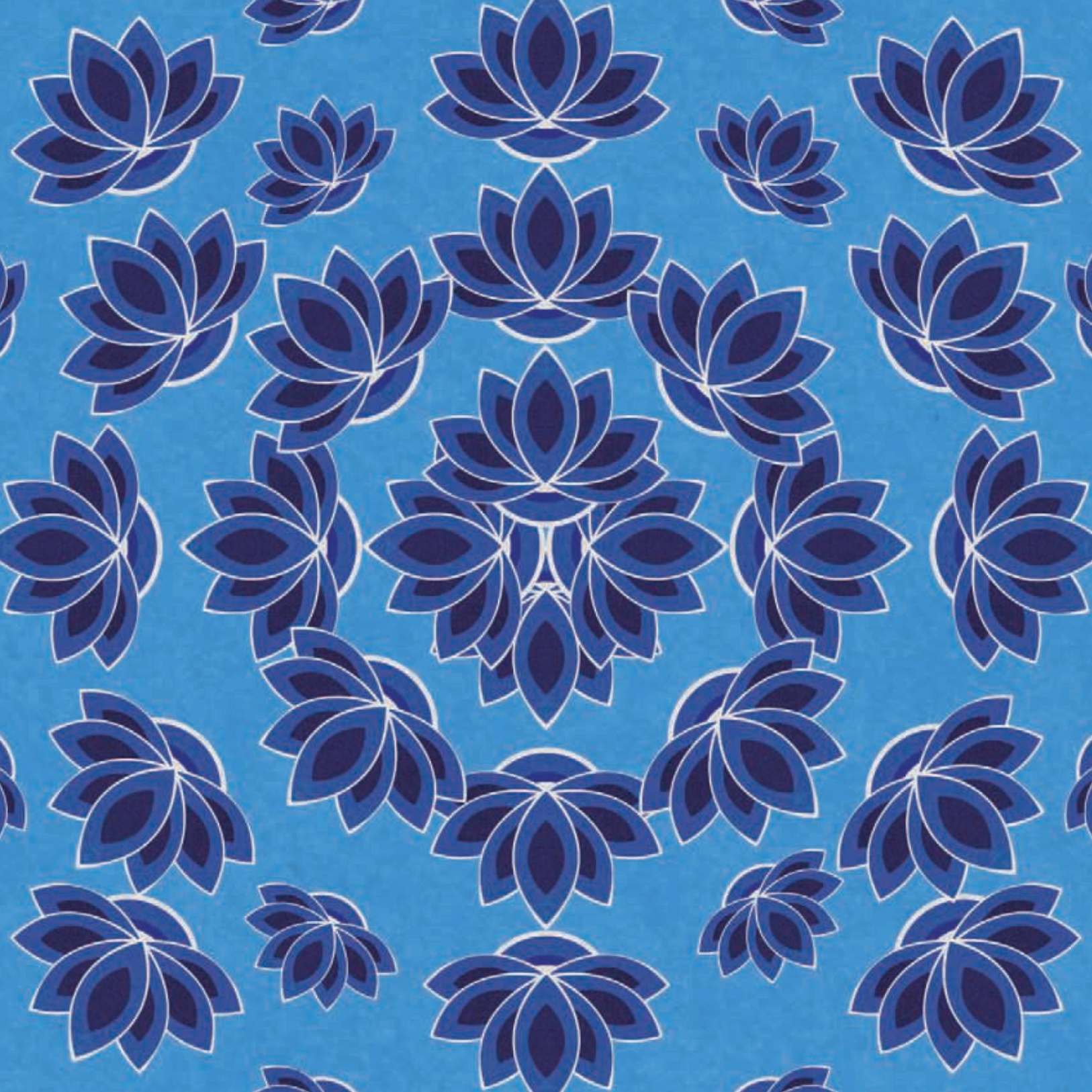


that covered the jar, sliding something in it and taking out more. The old man would watch him, intrigued, and decided to see for himself. He waited for his son to leave for work in the morning and quietly drew the blanket back, and since he was already losing his vision, he stuck his head in to get a closer look, and fell inside. The servants ran to rescue him and pulled him out as best they could, but were horrified to find that, inside the jar, there was another old man, identical to the first. They pulled him out and another one just like the last came out. And another, and another. Soon, one hundred old men were walking around the patio yelling, "Son, son, where did you go?" When the prefect came back home, he found utter pandemonium. "Father?" he asked, surprised. "Yes son, I'm here. It's me," one of the old men replied. "No, it's me," replied another. "No way. It's me. I'm your father." The rowdy old men started punching and kicking each other. They pulled at their beards and tore at their shirts. One of them crashed against the jar and shattered it into a thousand pieces.

The terrified prefect contemplated the chunks of clay splayed out on the floor. Not only would he never be rich, but now he would have to feed and care for one hundred bickering old men. He cursed his luck and his avarice.











# La dama del caracol

## The Lady of the Snail

**T**riste es la historia de un pobre campesino que vivía solo en una cabaña miserable.

Todos los días labraba su pequeña parcela de tierra con poco éxito, porque el agua de riego no le daba para sembrar arroz y sólo conseguía rábanos y coles. Un día se agachó para arrancar la hierba mala que crecía entre los surcos y dijo en voz alta “pobre de mí, ni siquiera tengo dinero para casarme, ¿quién querría vivir conmigo?”. “Yo puedo cuidar de ti y vivir contigo”, escuchó. Era una voz muy queda, apenas audible. El joven miró para todos lados, pero no vio a nadie. Estaba solo en medio del campo, bajo un cielo apelmazado y gris. “¿Quién querría vivir conmigo?” volvió a preguntar. “Yo” respondió la misma vocecita. Esta vez, el campesino puso atención y halló su procedencia. Venía de un gran caracol de concha verde jaspe. “Llévame a tu casa, no te arrepentirás”. Él lo pensó un poco, nunca había escuchado hablar a un caracol. “Bueno, pues no serás una esposa, pero al menos hablas y me harás compañía”. El hombre tomó la concha con cuidado y la puso en una cajita de madera, en un rincón de su cocina.

Al día siguiente, al levantarse, vio en el centro de la habitación una pequeña mesa cubierta de platillos deliciosos: arroz al vapor, kimchi, pato rostizado, lechugas diversas. Como moría de hambre se sentó a la mesa sin cuestionarse demasiado y sólo hasta quedar satisfecho miró para todos lados en busca de su benefactor. Pero no halló a nadie. Perplejo, salió a trabajar su parcela. Cuando volvió

por la noche, encontró de nuevo la mesa puesta. Así pasaron varios días.

Una mañana, decidió fingir que salía y se ocultó detrás de la ventana. Entonces vio salir a una joven del caracol. El campesino se quedó petrificado por la sorpresa. Era bellísima y su gracia llenaba la choza de un fulgor mágico. Él se acercó y la tomó por la muñeca sin articular palabra, ella explicó: “Soy un hada del cielo, pero fui castigada por culpa de una mujer maldiciente y me exiliaron al mundo de los hombres. Mi destino era hallarte, bajo esta forma, en tu campo”. “Entonces cástate conmigo” respondió él.

Vivieron felices unos meses, hasta que él enfermó y no pudo trabajar más. Ella salía a diario a buscar agua. Un día, un juez cazaba en el bosque y fue atraído por una extraña luz, se acercó y la vio a ella a la orilla del arroyo. Su belleza lo cautivó. Mandó a sus hombres a





seguirla hasta su casa y durante varios días le envió obsequios: un peine de plata, un broche de nácar, una túnica de seda. Sin embargo, el magistrado recibía siempre la misma respuesta: ella amaba a su esposo y no estaba dispuesta a dejarlo. Cansado de esperar, el juez pidió a sus sirvientes que fueran por ella y se la llevaran. El esposo sintió tanta pena que se adentró en el mar y se ahogó. Su alma encarnó en un pájaro azul. A diario se acercaba a la ventana de su amada para cantarle la misma afligida canción. Ella se rehusaba a salir de la habitación a la que había sido confinada, se negaba a acercarse al juez y a comer. Se dejó morir de hambre.

Cuentan que su espíritu se apoderó de un peine de bambú, el mismo que usan las mujeres enamoradas para peinarse el pelo.



This is the sad story of a poor peasant who lived alone in a miserable cottage. Every day, he would till his small patch of land, with little success, since there was never enough water for rice, and he only got cabbage and radishes. One day, he bent down to tug at a weed that crept in among the furrows and said, "Poor me. I don't even have enough money to get married. Who would ever want to live with me?" "I can care for you and live with you," muttered a hushed voice he could barely make out. The young man looked all around but didn't see anyone. He was alone in the middle of the field, under the dense, gray sky. "Who would want to live with me?" he pressed, again. "Me," the same voice replied. This time, the peasant listened closely and found out where the voice was coming from: a great snail with a jasper-green shell. "Take me to your home. You won't regret it." He mulled over it a little: he had never heard a snail speak before. "Okay, you won't be my wife, but at least you can talk and keep me company." The man took the shell carefully and placed it in a wooden box in the kitchen corner.

The next day, when he awoke, he found a small table laden with luscious dishes in the middle of his room: steamed rice, kimchi, roast duck, and several kinds of lettuce. Starving to death, he sat down at the table without giving it too much thought, and only when he was satisfied did he crane his neck in search of his benefactor. But he found nobody. Perplexed, he went out to work on his plot of land. When he came back in the evening, he found the table set again. Several days went by like that.

One morning, he decided to pretend he was going out and hid behind the window. Then, he saw a woman rise up from the snail. The peasant was struck still. She was beautiful, and her grace filled the cabin with a magic glow. He went up to her and took her by the wrist without a word, and she explained, "I'm a fairy from heaven, but a woman punished me with a curse, so I was exiled to the world of men. My destiny

was to find you in this form, in your field." "Then marry me," he replied.

They were happy for a few months, until he fell sick and couldn't work anymore. She went out to fetch him water every day. One day, a judge was hunting in the forest and was called by a strange light. He approached it and saw the woman by the stream. Her beauty captured him. He sent his men to follow her home, and for several days, he sent her gifts: a silver comb, a mother-of-pearl brooch, a silk tunic. But the magistrate always got the same reply: she loved her husband and would never leave him. Tired of waiting, the judge asked one of his servants to go get her, and so they did. Her husband was so sad that he wandered out into the sea and drowned himself. His soul reincarnated in a blue bird. Every day, he would fly up to his beloved's window and sing her the same doleful song. She would not leave the room where she was captured, and refused to come near the judge and eat. She let herself starve to death.

They say her spirit took over a bamboo comb. The same one that women who fall in love use to comb their hair.





# Un fuego de siete generaciones

## The Fire of Seven Generations

**H**abía una vez una familia que mantenía encendido el fuego de su hoguera desde hacía siete generaciones. En el pueblo todos los admiraban porque nunca se había apagado. Cuando el hijo mayor se casó con una muchacha dulce de ojos vivos, la madre amonestó a la joven: “escúchame bien, niña. Este fuego está encendido desde hace siete generaciones, es nuestro bien más preciado y a partir de ahora, invierno como verano, tu deber será mantenerlo siempre encendido, sólo así serás digna de ocuparte de nuestros descendientes y de pertenecer a esta familia... Si el fuego llegara a apagarse, mi esposo, tu suegro, te correría de la casa”. La desposada bajó los ojos y en voz muy baja prometió “no se preocupe, madre, yo lo mantendré siempre encendido”. Así lo hizo. Cada noche, la recién casada metía carbones incandescentes en un brasero de bronce para preservarlos, y al amanecer los sacaba para alimentar los troncos que su esposo le dejaba en la entrada de la casa. La familia estaba encantada, había encontrado a una sucesora. Pero el quinto día, la suerte de la muchacha cambió: cuando abrió el brasero, lo halló vacío. “No mereces ser mi hija –le gritó su suegro– vuelve con tu familia, aquí ya no te queremos”. El joven esposo suplicó a su padre que fuera indulgente y éste terminó por ceder. Toda esa noche, todavía con lágrimas en los ojos, la joven permaneció al lado del brasero de bronce. El sueño la venció y al amanecer constató aterrada que sólo quedaban cenizas. “Padre, perdóneme, yo no fui, es algo más fuerte que yo,

no me corra”, le pidió con las mejillas rojas de vergüenza. Y el suegro cedió una vez más. Esa noche, la celadora del fuego se pellizcó los brazos para mantenerse despierta. Cuál sería su sorpresa al ver de pronto surgir, en la casa silenciosa, un enano blanco y desnudo. Ella fingió dormir y por la rendija de sus ojos almendrados vio el cuerpecito acercarse a la estufa, apoderarse del brasero, sacar los carbones encendidos y comérselos como si hubieran sido el mayor de los manjares.

Sorprendida y furiosa, la muchacha se echó sobre él, pero el hombrecito corrió más rápido. Salió huyendo de la casa y se adentró en el bosque. Ella lo siguió y lo vio intentar esconderse en el resquicio de una roca, consiguió atraparlo del pelo y lo sacudió con fuerza. “No te atrevas a robarnos el fuego nunca más ¿me oyes?”. Seguía tan enojada que lo golpeó varias veces contra la roca. Sin embargo, él permanecía





impávido, ni siquiera la miraba. No sangraba, no mostraba ninguna herida. Bah, dijo ella, me lo llevaré a casa, así mis suegros verán que el fuego de siete generaciones no se apagaba por mi culpa. Cuando volvió todos estaban preocupados, la habían visto correr al bosque y temían que algo malo le hubiera pasado. “Padre, aquí le traigo al enano, éste el culpable”. La chica puso frente a sus suegros su pesado cargamento y en lugar del cuerpecito blanco había una raíz roja, regordeta, con ramas como brazos y piernas, con hojas verdes y ovaladas a manera de cabellera. “Hija, ya no tendrás que ocuparte de las brasas, el cielo nos ha recompensado por haber conservado el fuego por siete generaciones y nos ha enviado la raíz-hombre, el ginseng”. El viejo envolvió la preciosa raíz en un paño de seda y la puso en el altar dedicado a los ancestros.

Días después, como la raíz-hombre asegura longevidad y salud a quien la consume, un mercader se la compró y le dio por ella mucho dinero.



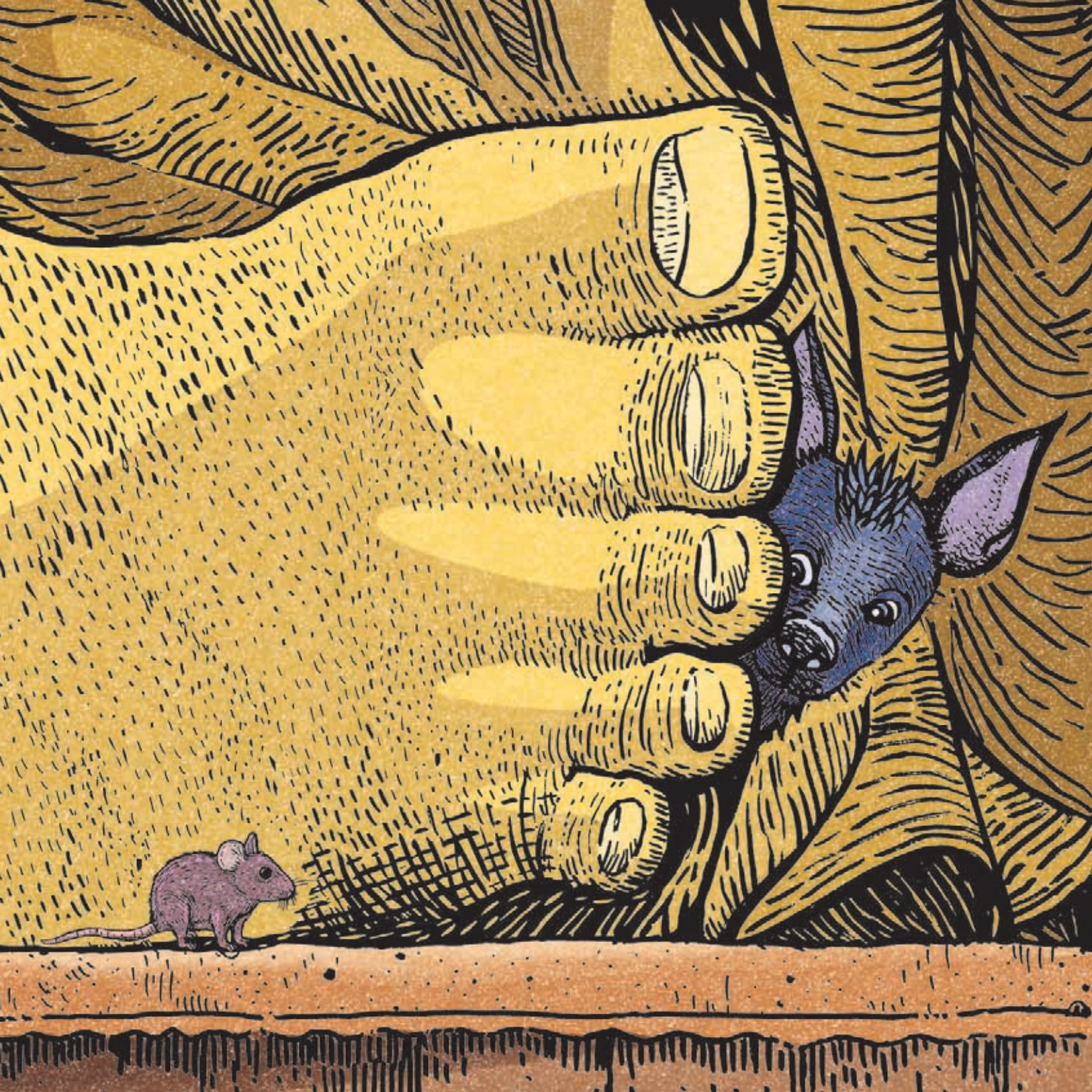
Once upon a time, there lived a family that had kept the blaze in their fireplace burning for seven generations. Everyone in town looked up to them, since their fire had never died out. When the oldest son married a young woman with sweet, bright eyes, his mother warned her: "Listen closely, young woman. This fire has been alive for seven generations. It is our most prized possession, and from now on, from summer to winter, you must keep it aglow at all times. This is the only way you will be worthy of taking care of our descendents and becoming a part of this family.... If the fire ever goes out, my husband, your father in law, will kick you out of our home". The newlywed lowered her eyes, and in a hushed voice, said, "Don't worry, mother, I will keep it alive forever." And so she did. Every night, the newlywed would put glowing lumps of coal in a copper stove, to keep them warm, and at dawn she would pull them and feed the fire the lumber her husband would leave at the foot of the front door. Her new family was pleased: they had found a successor. But on the fifth day, the young woman's luck took a turn for the worst: when she opened the stove, she found it empty. "You don't deserve to be called my daughter," her father in law yelled. "Go back to your family. We don't want you here anymore." The young husband begged his father to let her stay, and in the end, he gave in. That night, with tears still in her eyes, the young woman stayed beside the copper stove. But sleep took over her, and in the morning, she was terrified to find nothing but ash. "Father, forgive me. It wasn't me: It's something greater. Please don't kick me out," she begged, her cheeks burning in shame. And her father in law gave way once again. That night, the fire's keeper pinched her arms to keep herself awake. And she was surprised indeed when she suddenly saw a naked, pale dwarf turn up in the quiet house. She pretended to be asleep, but through her almond eyes, she saw the little body huddle near the fire, grab the stove, pull out the glowing pieces of coal, and gobble them up as if they were the most delicious treat.

Surprised and furious, the young woman sprung after him, but the little man was quick. He ran out of the house and

into the woods. She followed him and saw him try to hide between the cracks in a rock. She managed to pull him by the hair and shook him with all her might. "Don't you dare steal fire from us ever again! Do you hear me?" She was so mad that she flung him against a rock several times. Nonetheless, he remained impervious and wouldn't even look at her. He didn't bleed or show any sign of being hurt. "Bah," she told herself, "I'll take him home and show my in-laws that the fire of seven generations did not go out on my account." When she came back, everyone was worried: they had seen her run into the forest and feared something bad had happened. "Father, I've brought you the dwarf. He's the guilty one." The girl placed the heavy bulk she carried in front of her in-laws, but instead of the little, white body, there lay a fat, red root, with branches like arms and legs, and green, oval-shaped leaves like tufts of hair. "Child, you won't have to kindle the fire any more: the heavens have rewarded us for keeping the fire for seven generations and have sent us a human-root: ginseng." The old man wrapped the precious root in a silk handkerchief and put it on the altar for his ancestors.

A few days later, since the human-root ensured the health and longevity of whoever consumed it, a merchant bought it and gave the young woman a lot of money in return.







# El novio de la rata

## The Rat's Groom

**H**abía una vez una familia de ratas. Cuando la hija mayor creció, los padres se preocuparon por buscarle un novio, de preferencia uno guapo, poderoso. El mejor novio del mundo. Se pusieron en camino y dejaron a su numerosa prole a cargo de la primogénita. En cuanto se alejaron de su guarida, se sintieron atraídos por el calor del sol de primavera. Mamá rata dio un codazo a su marido “Señor Sol –se inclinó papá rata y moduló su voz más humilde–, Señor Sol, tengo una hija que ya ha crecido. Es hermosa, con su pelaje brillante y sus pestañas largas, ya es hora de que la casemos y usted nos parece un yerno perfecto. Se halla usted en una alta posición y es lo más poderoso que existe, no podríamos encontrarle a nuestra hija un marido mejor”. El sol sonrió conmovido y respondió “bueno señor rata, yo a usted puedo parecerle poderoso, pero basta con una nubecita para opacarme, por ello el Señor de las Nubes es más poderoso que yo”.

Las ratas siguieron su camino hasta dar con el indicado.

“Señor de la Nubes –dijo papá rata– ¿no quisiera usted ser mi yerno? Tengo una hija hacendosa, dulce como las frambuesas, y no hay nadie más poderoso que usted en la Tierra”. Un manojo de nubes blancas y algodinosas se apiñó alrededor de la pareja. “Me hubiera gustado, pero yo no soy nada, basta con un ventarrón para alejarme”.

¿Viento? ¡Viento! Corrieron las ratas en su búsqueda. “Señor Viento –dijo papá rata– usted que es tan poderoso

so como para arrastrar las nubes que opacan al Sol, ¿no querrá una esposa de ojitos chispeantes?, ¿de bigotes largos y derechos? nuestra hija es de lo mejor”. El viento se hinchó halagado, resopló: “agradezco su ofrecimiento, soy poderoso y su hija es sin duda muy linda, pero hay mucho más poderoso que yo, a su lado yo no soy nada. Es aquella piedra de Buddha, ¿la ven? Lleva ahí años y ni el sol, ni la lluvia, ni el viento han podido nada contra ella.

La pareja de ratas se frotó las manitas y corrió hacia la escultura sagrada. “Señor Buddha –dijo sin resuello papá rata– ¡al fin lo hemos encontrado, hemos recorrido tanto camino para llegar hasta aquí! Tengo una hija encantadora, de orejas rosas, y ha llegado el momento de buscarle un marido. Usted, tan poderoso, sería un yerno ideal”.

La piedra de Buddha sonrió con dulzura, con sus ojos rasgados miró a las dos pequeñas criaturas





grises frente a él y respondió amable. “Agradezco mucho su confianza, señor rata, pero hay alguien mucho más poderoso: un joven rata que vive bajo mis pies. Verá, se la pasa roe y roe cuanto hay a su alrededor. Estoy a su merced, un día, tal vez, cuando termine de roerlo todo, me desplomaré sin remedio, y entonces me haré pedazos y ya no seré nada”.

La pareja se inclinó ante el Buddha, y satisfecha, volvió a casa para buscarle a su hija un novio rata de buenos bigotes y mejores dientes.



Once upon a time, there lived a family of rats. When the oldest daughter had grown up, her parents set out to find her a groom, preferably a handsome and powerful one. The best groom in the world. They went on their way and left their horde of peasants in charge of the girl. As soon as they left their den, they were drawn to the hot rays of the springtime sun. Mother rat elbowed her husband, "Master of the Sun," the father rat bowed and used his most humble voice, "Master of the Sun, I have a daughter who is all grown up. She is beautiful, with her brilliant fur and long eyelashes, and it's time for us to marry her off. We think you would make the perfect son in law. You are in a very high position, the most powerful of them all, and we could never find a better husband for our daughter." The sun was moved and smiled. "Dear mister rat, you may think I'm powerful, but any small cloud could dim my light, which is why the Master of Clouds is more powerful than I," the sun replied.

The rats scampered on their way until they came upon the right groom.

"Master of Clouds," father rat said, "Wouldn't you like to be my son in law? I have a hard-working daughter, sweet as raspberries, and there's no one more powerful than you on this Earth." A fistful of white and fluffy clouds crowded around the couple. "I would love to, but I'm a nobody. Just a gust of wind is enough to send me away."

Wind? Wind! The rats rushed away on their search. "Master of the Wind," father rat said, "You are so powerful that you can drag around the clouds that dim the sun. Don't you want a wife with sparkles in her eyes? With long and straight whiskers? Our daughter is one of the best." The wind puffed up, flattered, and blew, "I must thank you for your offer. I am powerful and have no doubt that your daughter is lovely, but there is someone far more powerful than I, and I am a nobody besides him. It's that statue of the Buddha. See it? He has been there for years, and neither the sun, nor the rain, nor the wind have troubled him at all."

The rats rubbed their little hands together and ran up to the sacred sculpture. "Lord Buddha," father rat panted, "We've finally found you. We've come a long way to get right here. I have a charming daughter, with pink ears, and it's time for us to find her a husband. You are so powerful, you'd be an ideal son in law."

The stone Buddha smiled sweetly, and his slanted eyes gazed down at the two gray creatures before him. He replied kindly, "I am grateful for your trust in me, mister rat, but there is someone far more powerful: a young rat that lives right below my feet. You see, he's always gnawing all around him. I'm at his mercy. Maybe one day, when he's done gnawing at everything, I'll collapse beyond repair, and then I'll shatter into a million pieces and I'll be a nobody."

The couple bowed before the Buddha, satisfied, and went back home to find their daughter a rat with a good mustache and even better teeth.







# El embajador del Imperio de los Jades

## The Ambassador of the Jade Empire

**H**ace tantos años que ya resulta imposible contarlos, vivía al pie del Monte Halla, en la cálida isla de Jeju, una nutria. Era feliz respirando el olor de los mandarinos en flor, contemplando el verde de las largas hojas de sábila que crecían entre las rocas de lava. Era feliz pescando en los riachuelos peces saltarines, torpes y brillantes. Un día, por alguna razón, se quedó sin comida. No había llovido lo suficiente aquel verano y los ríos se secaban. Preocupada, la nutria decidió escalar el Monte de los Diamantes, donde le habían dicho que las cascadas eran puras y cristalinas. En el camino, se alimentó de bellotas. Al fin halló un lago transparente lleno de carpas. La nutria comió cuanto pudo y se echó en la orilla arenosa a hacer una siesta, a calentarse la panza al sol. Zaz, tris, tras... Un tigre surgió de la nada y se le puso enfrente. Piensa rápido, piensa rápido, murmuró la nutria. “¡Ay por fin te encontré! –le dijo– eres un tigre ¿verdad? Pero si llevo días buscándote y mira nada más ¡qué guapo! con todas esas rayas lustrosas y esos ojos como de gemas, anda ven, sígueme”. La nutria fingió ponerse en marcha. El tigre rugió “¡Cómo te atreves, pequeña cosa de nada, a dirigirte así al Señor de la Montaña! ¿Acaso no sabes con quién estás hablando, miserable? ¡Lo vas a pagar muy caro!”. “Por si no lo sabes, me llamo Nutria y soy el poderosísimo espíritu que vive en el lago escondido del volcán sagrado. Vengo del Monte de los Diamantes, el Supremo Señor del Imperio Lunar me pidió que exterminara a los tigres. A todos, y voy a empezar

por ti”, dijo levantando las manos y abriendo sus pequeñas garras en forma amenazadora.

El tigre corrió tan rápido como pudo, hasta quedarse sin aliento, sin mirar siquiera a las mujeres buzo que habían salido de pesca al amanecer y volvían por las veredas con sus redes cargadas de caracoles y ostiones. Se detuvo al fin en un claro del bosque y vio saltar entre los arbustos a una liebre. Al fin calmaré mi hambre, se dijo, algo es algo. Se aventó sobre ella y se la llevó en el hocico. “Anda usted muy apurado, amigo atigrado, ¿de quién huye?”. Le preguntó la liebre con voz estrangulada. “Del Señor de la Luna, o del Emperador de los Jades, creo”. “¿Del Emperador de los Jades? En mi vida he oído hablar de él”. “O del espíritu del Lago Celeste, o del Lago Secreto, ya no me acuerdo, no sé, pero uno de esos mandó a la nutria a matarme” respondió el tigre. “Ah qué amigo rayado tan inocente... Psf, una nutria... es más





inofensiva que mi abuela, sólo come ranas y carpas”. El tigre se detuvo en seco, soltó a su presa. Envalentonada, la liebre siguió su cizañoso discurso: “habráse visto semejante descaro, engañar así al Señor Tigre, al rey de todos los animales... A alguien tan poderoso como usted. Esa nutria malandrina merece un castigo, si quiere yo lo acompaño, vamos por ella”. El tigre estaba furioso, sus ojos habían enrojecido y de sus fauces escurría una baba rabiosa. Decidió ir por la nutria, pero para no perder a la liebre le ató la cola a su propia cola. Mientras el felino corría, la liebre iba brincando detrás, pegándose con las piedras y pensando en cómo librarse de su enemigo sin hacerle daño a la nutria. Cuando al fin se hallaron frente a ella, la liebre le dijo “¡Su excelencia! Estimadísimo embajador del Imperio de los Jades, ¡qué gusto verlo! Tal y como se lo prometí aquí le traigo al tigre, a cambio de su piel a mí me darán una buena recompensa, tal vez hasta un puesto de ministro o de consejero real”, dijo la liebre. La nutria hizo una pequeña reverencia, “querida amiga, ¡no sabe cuánto se lo agradezco! Ya tengo doce pieles de tigre, pero me faltaba una para completar el pedido que se me hizo y ahora me la trae usted, ¡qué amable! –le respondió la nutria– y sí, por lo menos lo harán a usted consejero real”.

Al escuchar eso, el felino se asustó y huyó despavorido. Sacudió su cola y aventó a la liebre que fue a dar contra una piedra grande.

Desde ese día, la liebre anda por el mundo sin cola, con el hocico partido en dos y la mirada astuta.



Many years ago, so many that it's impossible to count, there lived an otter at the foot of Mount Hallasan, on the warm island of Jeju. She was happy to take in the fresh scent of tangerine trees in bloom as she contemplated the green of the long aloe leaves growing among the molten rocks. She was happy to hunt the blundering, shiny fish that jumped along the stream. One day, for some reason, she was left without food. It had not rained enough that summer and the streams were drying up. The worried otter decided to climb up the Diamond Mountain, where she heard the waterfalls were crystal clear. She fed on acorns on her way, until she finally came upon a clear lake, flush with carp. The otter ate her fill and laid out on the sandy shore for a nap, warming her belly in the sun. Slish, slash, flash... A tiger pounced out of the blue and jumped in front of her. "Think fast, think fast," the otter said to herself. "Oh, finally, I found you!" she pronounced. "You're a tiger, right? I've been looking for you for days, and boy are you handsome, with all those lustrous stripes and those eyes like gems. Come on, follow me." The otter pretended to be on her way. The tiger roared, "How dare you speak to the Lord of the Mountain like that, you little piece of nothing! Don't you know who you're speaking to, you miserable otter? You'll pay a high price for this!" "In case you don't know, my name is Otter and I am the ever-so-mighty spirit that lives in the lake that's hidden in the sacred volcano. I come from the Diamond Mountain. The Supreme Lord of the Lunar Empire asked me to wipe out all tigers, each and every one of them, and I'm starting with you," the otter said, lifting her hands and splaying her tiny claws threateningly.

The tiger ran away as quickly as it could, until it lost its breath, without even glancing at the diving women who were coming back from their morning fishing, making their way through the paths with their nets laden with snails and oysters. He finally stopped in front of a clearing in the forest and spotted a hare among the bushes. "I'll finally satiate my hunger," he told himself. "At least it's something." He pounced on the hare and clutched her with his jaw. "You're in quite a rush, tiger friend. Whom are you fleeing?" the hare choked. "The Lord of the Moon, or the Emperor of Jades, I think." "The Emperor of Jades? I've never heard of such a thing." "Or from the spirit of the Celestial Lake, or the Secret Lake, I can't remember. I don't know, but one of them sent an otter out to kill me," the tiger replied. "Oh, what a gullible friend.... Pff, an otter... Otters are less dangerous than my

grandma and only eat frogs and carp." The tiger stopped short and let his prey drop on the floor. Brazen, the hare continued her manipulative speech: "I've never seen such cheek, fooling the Lord Tiger like that, the king of all animals... Someone so powerful as yourself. That scoundrel of an otter deserves to be punished. I can go with you if you like. Let's go get her." The tiger was furious: his eyes were red and his jaws foamed in anger. He decided to catch the otter, but tied the hare onto his tail with her tail, so he wouldn't lose her, too. As the cat raced away, the hare bounced along behind, trashing against the rocks and pondering how to get rid of the enemy without hurting the otter. When they finally stood before her, the hare cried, "Your excellence! Most beloved ambassador of the Jade Empire, what a pleasure to see you! As promised, I have brought you the tiger. In exchange for its fur, I hope you'll give me a nice reward. Perhaps even a post as minister or royal counsel," pried the hare. The otter took a small bow, and said, "Dear friend, you don't know how grateful I am. I already have twelve tiger skins, but was only one short so I could fulfill the orders I was given, and now you've brought it to me. How kind of you!" the otter replied. "And yes, you will at least be made royal counsel."

Upon hearing those words, the frightened tiger and ran away in a flash. It shook its tail and swung the hare free, and she crashed against a large rock.

From that day on, the hare roams the world with no tail, its mouth split in half, and a clever gaze.





# Como perros y gatos

## Like Cats and Dogs

A la orilla del río Han vivía un pescador muy pobre. La vida no le había sonreído, había envejecido al lado de su mujer, sin hijos, sin ningún suceso que valiera la pena de ser contado. La pareja tenía un perro y un gato. Ellos eran muy amigos, se pasaban el día jugando entre las hojas de col cultivada por la anciana para hacer el kimchi, col fermentada con ajo y chile y preservada en grandes jarrones de barro.

Una mañana, el anciano salió a pescar como de costumbre. Estuvo horas sentado en una piedra. Harto, se disponía a volver a su casa con las manos vacías cuando sintió que algo mordía su anzuelo. Emocionado, tiró de él y sacó una carpa dorada de buen tamaño. La iba a poner en su canasto cuando observó que el pescado lloraba. Si la carpa le hubiera dirigido la palabra no le habría extrañado tanto como el ver brotar copiosas lágrimas de aquellos ojos vidriosos. Conmovido, el pescador extrajo el anzuelo de la boca de su presa y la acercó a la orilla. “Eres hermosa... no quiero comerte, después de todo, hoy habrá de nuevo kimchi en casa, te libero”.

Al día siguiente, el viejo volvió a la orilla del río. En el lugar donde solía pescar halló a un apuesto joven, vestido con un hanbok dorado. El pescador lo contempló embobado: la túnica de seda estaba bordada de perlas preciosas y el cinturón adornado de ramas de coral y pastillas de nácar. El joven se inclinó ante el pescador hasta tocar el suelo con la frente. “Vengo a agradecer su generosidad —dijo con

voz melodiosa— soy hijo del Rey-Dragón, el Señor de las Profundidades, dios de las mareas y las tempestades. Fui yo quien tuvo usted a merced de su anzuelo, ayer, cuando me capturó bajo mi apariencia de carpa. Mi padre quiere honrar su gesto, venga conmigo”. Antes de que el sorprendido pescador pudiera responder, el príncipe levantó la palma de su mano derecha frente al río y las aguas se partieron en dos.

Escortados por un ejército de langostinos, se adentraron en el agua hasta alcanzar el mar. En el palacio real hallaron al Rey-Dragón sentado en un trono de oro incrustado de conchas y caracoles. Le agradeció al pescador el haber tenido misericordia de su hijo y ofreció una fiesta en su honor. Frente a ellos desfilaron a toda velocidad los atunes y las barracudas dejando tras de sí una estela refulgente, bailaron las medusas con su delicada falda transparente y se inclinaron los delfines en gozosas rever-





encias. Se sirvieron más de cuarenta platillos que llevaron servidos en una sola mesa cuatro fornidos tiburones. Aun cuando todo parecía maravilloso, el pescador pidió volver al lado de su esposa. “Antes de que te vayas, quiero hacerte un regalo —le dijo el Rey-Dragón mostrándole una inmensa perla—. Es mágica, puede colmar todos tus deseos con tan sólo pedirlos”. “No puedo aceptarla, —respondió el anciano— es demasiado para mí”. “No sea tonto, intervino el príncipe-carpa, no debe rechazarse nunca el obsequio de un dios”.

La esposa del pescador escuchó incrédula la aventura, pero cuando vio aquella hermosa perla, decidió probar su poder. En lugar de la cabaña desvencijada surgió una amplia casa con varios patios, techos de tejas verdes, esmaltadas y adornadas con dibujos de garzas. Bastaba una palabra y la perla otorgaba vestidos refinados y platillos deliciosos, una sola orden y en las cajas de madera incrustada de nácar se acumulaban las monedas de oro y plata. El perro y el gato, contentos con su suerte, se pusieron a engordar a la sombra de los cerezos del jardín.

Más aquella bonanza no pasó desapercibida. Una mujer, la más envidiosa del pueblo, se disfrazó de marchanta de hilos, y una mañana acudió a la casa del pescador a sabiendas de que él, fiel a su costumbre, había salido a pescar. Se presentó ante la esposa: “he oído decir que usted tiene una perla de oro, yo también tengo una, ¿por qué no las comparamos?”. La incauta aceptó. “Sí, ya lo decía yo, la suya es más bonita” dijo la embustera al alejarse. La anciana no se dio cuenta de que su perla había sido substituida por una de madera. ¡La sorpresa que se llevó el pescador cuando al volver por la tarde halló la estropeada cabaña en lugar de la preciosa casa!

Al ver el desconsuelo de su ama, el gato sugirió al perro “salgamos en busca de la perla”. “Cómo si fuera tan fácil... ¿Dónde vamos a hallarla? El mundo es tan grande y nosotros tan pequeños”, respondió el perro. “Sí, pero debemos intentarlo, anda”, lo convenció el felino. Perro y gato se fueron a recorrer el pueblo. Entraron a cada una de las casas, hasta dar con la falsa marchanta. “Miauuu, miauuu”, maulló el gato zalamero frotándose contra las piernas de la ladrona. “Buen gato... puedes quedarte a cazar los ratones de mi casa”, le dijo ella. El felino buscó en todos los rincones hasta encontrar una caja empotrada en un muro. ¿Cómo abrirla? Se le ocurrió una idea brillante: se apostó en el granero y espero a que llegaran los ratones con su cargamento de arroz robado de los costales. El gato atrapó al más gordo. “¡No me mates! —suplicó el sentenciado con voz chillona— haré lo que me pidas”. “¿De veras? En ese caso, roe la caja del muro y tráeme lo que ella encierra”. El roedor se puso

dientes a la obra y en minutos traía consigo el preciado tesoro. El gato soltó al ratón y alcanzó a su amigo “¡Listo, ya la tenemos! Pero ahora debemos cruzar el río para llegar a casa y yo odio el agua”. “No te preocupes, yo nadaré, tú te subes en mi espalda y te agarras fuerte, llévate la perla entre los dientes, no la sueltes por ningún motivo”, ordenó.

El perro se adentró en el agua, con el gato en el lomo. Nadó varios metros, luchando contra la corriente. “Traes la perla ¿verdad?” Preguntó al gato a la mitad de la travesía. Pero como éste no le respondió, el perro volvió a preguntar angustiado, “verdad que traes la perla, ¿no la soltaste?, ¡contesta!”. “Cálmate, no me grites”, respondió él asustado, y blop, la perla cayó al agua.

Volvieron a casa. Sin embargo, perro y gato pelearon durante días, “imbécil, idiota” refunfuñaban cada uno en su rincón. El felino se pasaba las tardes a la orilla del río, viendo los reflejos luminosos del sol en la transparencia del agua. Un día vio acercarse una pequeña carpa blanca. El gato la pescó. Estuvo a punto de devorarla ahí mismo, pero recordó que sus viejos amos tampoco habían probado bocado. Hambreado y resignado la llevó a casa. El pescador escamó al pescado y cuando abrió sus entrañas para prepararlo lanzó un grito de alegría. Ahí estaba la perla dorada. El anciano abrazó al gato, por valiente y astuto. Puso al perro a cuidar la casa, para que ya nunca se acercara ningún ladrón y otorgó al felino un lugar privilegiado entre las almohadas de las alcobas.

Desde entonces, perro y gato no se hablan, y cada vez que un perro se encuentra a un gato lo persigue para cobrarle la injusticia de no haber sido considerado lo suficiente.





At the edge of the Han river lived a very poor fisherman. Life had not smiled upon him and he had grown old beside his wife, with no children and no stories worth telling. The couple had a dog and cat. They were close friends and spent their days playing in the cabbage patch the old woman had planted to make kimchi, fermented cabbage with garlic and chili that she stored in clay jars.

One morning, the old man went out to fish, as usual. He sat on a rock for hours until he grew exasperated and got ready to go home empty handed. But then, he felt something pull on the bait. Excited, he tugged at it and pulled out a nice-sized, golden carp. He was going to lay it in his basket when he saw that the fish was crying. If the carp would have spoken to him, he would have been less surprised than when he saw tears roll down its glassy eyes. Moved, the fisherman slid the hook out of his prey's mouth and brought it near the water. "You're beautiful... I don't want to eat you. After all, there'll be kimchi again tonight. I'm setting you free."

The next day, the old man went back to the river and found a handsome young man dressed in a golden hanbok sitting at the fisherman's regular spot. The fisherman looked at the man, dumbfounded, and stared at his silk tunic, embroidered with precious pearls and belted with coral branches and mother of pearl beads. The young man bowed before the fisherman until his forehead grazed the earth. "I'm here to thank you for your generosity," he said, in a mellifluous voice. "I'm the son of the Dragon King, Lord of all Depths, god of tides and tempests. It was I whom you had at your mercy on the fish hook yesterday, when you captured me in my carp guise. My father wants to repay your gesture. Come with me." Before the stunned fisherman could even reply, the prince raised the palm of his right hand before the river and the waters parted in two.

Guarded by an army of prawns, they marched further into the waters until they got to the sea. At the royal palace, they found the Dragon King sitting on a golden throne encrusted with shells and snails. He thanked the fisherman for having mercy on his son and offered him a party in his honor. Tuna fish and barracudas paraded before them, full speed, leaving a scintillant shimmer in their wake. Medusas danced in gossamer skirts, and dolphins bowed joyfully before them. They served themselves more than four dishes, which four brawny sharks had brought forth on a single, massive table. Even though everything was marvelous, the fisherman asked to go back to his wife. "Before you leave, I would like to give you a present," said the Dragon King, showing him an immense pearl. "It's magic and can satisfy any wish at your command." "No, I cannot take it," said the old man. "It's too much for me." "Don't be silly," the carp prince said, "You shouldn't refuse a gift from a god."

The fisherman's wife listened to her husband's adventures in disbelief, but when he saw that beautiful pearl, she decided to test its strength. Where the rickety cabin once stood, was now a spacious house with several patios and polished, green-tiled roofs decorated with drawings of herons. With but a word, the pearl could give fine dresses and delicious meals, and with one command, the wooden boxes lined in mother of pearl would brim with coins of silver and gold. The dog and cat, happy with their



good luck, dedicated themselves to fattening up under the cherry trees' shade in the garden.

Nonetheless, their bonanza did not go by unnoticed. One woman, the most jealous in town, dressed up as a thread merchant and went to the fisherman's house in the morning, knowing that he, as usual, would have gone fishing. She introduced herself to his wife: "I've heard you have a golden pearl. I have one, too. Shall we compare them?" Caught off guard, the fisherman's wife acquiesced. "Yes, I thought so. Yours is far prettier," said the trickster, as she walked away. The old lady did not notice that her pearl had been swapped for a pearl made of wood. And, in the evening, the fisherman sure was shocked when he came home to a shoddy cabin, instead of his precious house!

When he saw how despondent his owner felt, the cat said the dog, "Let's go out and find the pearl." "As if it were that easy... How are we going to find it? The world is so big, yet we're so small," the dog replied. "I know, but we have to try. Come on," the cat coaxed him. The dog and cat went to town. They pranced inside each and every one of the homes, until they came upon the fake merchant's. "Meoow, meow," said the sweet-talking cat, as he rubbed up against the thief's legs. "Good cat... You can stay and hunt the mice in my house," she said. The feline looked through every nook and cranny until he came upon a box that was that was set inside the wall. How could he open it? He thought of a brilliant trick: he perched himself in the barn and waited for the mice to rush by with the rice they stole from the sacks. The cat caught the fattest one. "Don't kill me!" begged the condemned mouse, in a squeaky voice. "I'll do anything." "Really? In that case, gnaw on the box in the wall and give me whatever is inside it." The rodent put his teeth to work and brought back the treasure in minutes. The cat set the mouse free and caught up to his friend. "All set! We've got it! But now we have to cross the river so we can get home, and I hate water." "Don't worry. I'll swim: you can climb on my back and hold on tight. Keep the pearl in your mouth, and don't let go, no matter what," he ordered.

The dog went into the water, with the cat on his back. He swam several yards, fighting against the current. "You've got the

pearl, right?" he asked the cat, when they were already halfway there. But since the cat didn't reply, the dog pressed him again, worried. "You do have the pearl, right? You haven't dropped it? Answer me!" "Calm down, don't yell at me," the frightened cat replied, and plop, the pearl fell in the water.

They went back home, but the dog and cat fought for days. "Imbecile." "Idiot," they cursed at each other, from their respective corners. The cat spent its days by the river's edge, watching the sun shimmering on the clear water. One day, he saw a little, white carp swim up. The cat fished it out. He was about to devour it right then and there, but then he remembered that his old owners hadn't had a bite yet either. Hungry and resigned, he brought the carp home. The fisherman skinned the fish and when he opened up its gut and got ready to throw it out, he shouted for joy. The golden pearl was right there, inside. The old man hugged the cat tightly for its cunning bravery. He had the dog guard the house, so that no thief would come near, and gave the cat a special place among the pillows in the bedroom.

Ever since then, cats and dogs don't talk to each other, and every time a dog runs into a cat, it chases it away in revenge for the injustice of never being considered good enough.







# El anillito de oro

## The Little Gold Ring

Hace mucho tiempo, una eternidad, cuando en el mundo no existían ni las montañas, ni los ríos, ni los mares, el Supremo Señor de los Cielos contemplaba la nada desde las alturas. Tenía varios hijos, pero amaba a una en particular, por alegre y traviesa. Un día, cuando la niña bien amada jugaba a hilar un manojo de nubes, se le cayó su anillito de oro. Acudió llorando a ver a su padre, “se me ha caído el hermoso anillo que me regalaste —dijo en un sollozo— allá abajo, en el abismo, y no lo puedo encontrar”. “No llores más, lo vamos a recuperar”, le dijo secando las lágrimas de sus ojos negros y almendrados.

El Supremo Señor de los Cielos envió a la Tierra a su soldado más audaz, el jefe de su ejército. “Debes ir en busca del valioso anillo de mi hija”, le ordenó.

El imponente guerrero se vistió con su armadura de hierro forjado y cuero de color rojo, se puso su máscara de amenazantes cuernos de plata y se ciñó la afilada espada a la cintura. Se inclinó con respeto ante su soberano para despedirse. En una nube bajó hasta la Tierra, pero no había nada en ella, sólo un desierto desolado, páramos lodosos y grises pantanos.

“¿Cómo voy a hallar algo tan pequeño en este lugar?”, se preguntó con preocupación. Sin embargo, su reputación de valiente no era vana. Sin desalentarse, hundió sus botas en el fango y se puso en marcha. Caminó y caminó y caminó. Metió sus manos en el barro amarillo, hurgó en el lodo verdoso, escarbó la arcilla roja. Con sus dedos, el

gigante trazó surcos, con los pies levantó montículos. Días enteros revolvió la Tierra, la amasó, la apelmazó, pero el anillo no aparecía por ningún lado.

Vencido, volvió al reino de los cielos. Se presentó ante su soberano, avergonzado. “Supremo Señor mío —le dijo con la frente a los pies de él—, le pido perdón por mi fracaso, no encontré el anillo de oro”.

Al escucharlo, la niña celeste rompió en llanto.

“No hijita, no llores más, no te preocupes, verás, te voy a mandar hacer otro, todavía más lindo que el primero. Y usted, no será castigado —dijo volviéndose hacia el hombrón—, porque al menos lo intentó”.

Pasaron los años, los siglos, los milenios.

Bajo el reino de las nubes, la Tierra había cambiado de aspecto. Montañas, ríos, mares, animales y seres humanos vivían en lo que





antaño fuera un páramo siniestro. Ahora los grillos cantaban por la noches, las chicharras durante el día. Los peces rojos de los estanques se ocultaban bajo la sombra de las flores de loto. Los perros ladraban en las casas y los niños, risueños, se trepaban a los árboles. El jefe del ejército de las armadas celestes no había encontrado el anillo de oro, pero en su búsqueda había labrado con su palma gigante las cañadas y los montes, había dibujado con sus botas, los arroyos y las cascadas.

Había nacido el Mundo.



A long time ago, almost an eternity ago, when the world and the mountains and rivers and oceans did not yet exist, the Supreme Lord of the Heavens looked down at the nothingness from on high. He had several children, but he loved one in particular, for she was joyful and mischievous. One day, when the beloved girl was playing at stringing together a bunch of clouds, her little gold ring fell down. She went crying to her father: "The beautiful ring you have me fell," she cried, "down there, in the abyss, and I can't find it." "Don't cry—we'll find it," he said, as he dried the tears from her black, almond-shaped eyes.

The Supreme Lord of the Heavens sent his smartest soldier, the captain of his army, down to the Earth. "You must go find my daughter's treasured ring," he ordered.

The imposing warrior dressed up in his iron-wrought armour and red leather, put on his menacing mask with silver horns, and tied a sharp sword at his waist. He bowed to his sovereign respectfully and said goodbye. He descended to the Earth on a cloud, but he found nothing on it—just a lonely desert, muddy moors, and gray swamps.

"How can I find something so little here?" he worried. However, his brave reputation was not in vain. Instead of giving up, he sunk his boots in the mud and marched on. He walked, and walked, and walked. He dug his hands in the yellow earth, carved out the green mud, scratched at the red clay. With his fingers, the giant traced ditches, and with his feet, he made piles of hillocks. For many days, he mixed the Earth, kneading it and flattening it, but the ring was nowhere to be found.

Defeated, he returned to the kingdom of heaven. He presented himself before his sovereign in shame. "My Supreme Lord," he said, at his feet, "I beg you forgiveness for my sins. I did not find the golden ring."

Upon hearing him, the heavenly girl broke out in tears.

"No, daughter, don't cry, don't worry. You'll see, I'll have another one made, and it will be more beautiful than the

first. And you, you won't be punished," he said, turning toward the huge man, "because at least you tried."

Years and centuries and millenniums went by.

Under the kingdom of heaven, the Earth had changed its shape. Mountains, rivers, oceans, animals and human beings lived on what was once a sinister moor. Now, crickets chirped at night and cicadas sang all day. The red fish in the ponds snuck under the lotus flowers' shadows. Dogs barked in homes and laughing children climbed up trees. The commander of the heavenly army could not find the gold ring, but, as he searched, he had carved out glens and mountains with his giant palms and drawn rivers and waterfalls with his boots.

The Earth was born.





# La urraca prodigiosa

## The Prodigious Magpie

**A** Lee le gustaba mucho viajar. Había recorrido todos los caminos de su país, hasta la frontera con China, hasta los linderos con Mongolia. Una tarde, llegó a descansar a un pueblo en una provincia al sur de Corea. En la primera casa vio una barda de madera donde se había posado una urraca de pecho blanco y alas negras. Le llamó la atención la delicadeza del ave, el brillo de su plumaje y se acercó para tocarla. Grande fue su sorpresa al constatar que se trataba de una pintura; era sin duda el trabajo de un gran artista. Buscó con la mirada y halló a una joven sentada frente a la puerta de su casa. Lloraba lágrimas amargas. El hombre se acercó conmovido. “¿Qué te pasa, niña?”, le preguntó. “Soy huérfana, mi madre acaba de fallecer y no tengo dinero para enterrarla, le vendo ese cuadro, señor, yo lo pinté”, respondió ella. “Es un cuadro muy bonito, eres una buena pintora, pero no lo quiero, tú lo puedes necesitar. Mejor toma esto” y Lee se abrió el cinturón de su túnica de seda hanbok de donde extrajo una bolsa llena de monedas. “Te alcanzará” dijo poniendo en la mano de la muchacha todos sus ahorros. Ella volvió a romper en llanto, esta vez de agradecimiento. Él emprendió de nuevo su camino y anduvo mendigando varios meses.

Dos años después, Lee deambulaba por la estrecha calle de un pueblo desconocido cuando se encontró de nuevo con la muchacha. Ella se inclinó ante él con deferencia, le dijo que se había casado y era feliz, no podía pagarle su deuda, pero le entregaba un cuadro como obsequio. Le advirtió

que en cuanto volviera a casa, lo guardara en un armario y sólo lo admirara una vez al día. Aunque la condición le extrañó mucho, el hombre estuvo de acuerdo, esperó un día y luego abrió el armario. El cuadro tenía una magnífica urraca de pecho blanco y alas negras bordada en seda, encaramada en una rama de cerezo en flor. El trabajo era lo más fino que Lee había visto nunca. Embelesado, se acercó un poco más para contemplarlo y constató que el ave tenía una gota de plata en el pico. Él la desprendió con facilidad y la cambió en el mercado por arroz y pescado seco.

A diario, Lee contemplaba la urraca bordada y gota tras gota de plata, pronto se convirtió en un hombre muy rico. Pasaron los años y en el lecho de su muerte, el anciano Lee llamó a su hijo y le confió su secreto. Le dejaba en herencia la urraca prodigiosa, pero le pedía fervientemente no desobedecer las condiciones antaño impuestas por



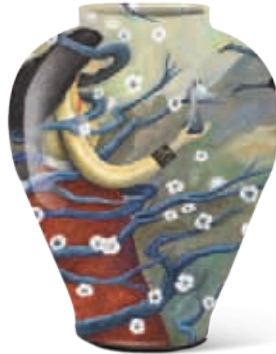


la muchacha.

El joven se percató pronto de todo el provecho que podía sacar del cuadro, por ello lo contempló a discreción, hora tras hora, gota tras gota.

Una mañana, el hijo de Lee abrió el armario al amanecer y halló al pájaro muy triste. En lugar de encontrar una gota de plata colgando de su pico, vio lágrimas correr por sus ojos. Las flores del cerezo yacían secas en el suelo. El joven recordó las palabras de su padre moribundo y sintió remordimientos. Esa noche soñó con una joven muy hermosa que venía a buscar a la urraca. Cuando despertó corrió a ver el cuadro, pero halló la rama del árbol quemada y el lienzo de seda del cuadro, vacío.

La fortuna se había ido y no volvería nunca más.



Lee loved travelling and had walked every road in his country, from the border with China, to the boundary with Mongolia. One afternoon, he stopped to rest at a town in a southern province in Korea. At the first house he came upon, he saw a magpie perched upon a wooden fence, with its white chest and black wings. The delicate bird's bright feathers drew his attention, so he went up to touch it. He was shocked to find out the bird was actually a painting, no doubt the work of a great artist. He looked around and found a young woman seated at the door of her house, crying bitter tears. The man went up to her, concerned. "What's wrong, young girl?" he asked. "I'm an orphan: my mother just passed away and I have no money to bury her. Let me sell you this painting, sir, I made it," she replied. "It's a beautiful painting and you are a great painter, but I don't want it. You might need it. Take this, instead." Lee undid the belt that tied his silk hanbok tunic and pulled out a pouch full of coins. "You'll have enough," he said, putting his life savings in the girl's hands. She broke out in tears again, this time in gratitude. He went on his way once more and had to beg for several months.

Two years later, Lee was walking along a narrow street in an unknown town, when he came upon the girl again. She bowed before him reverently and told him she was happily married. She could not repay her debt, but gave him a work of art as a gift. She warned him that, as soon as he got home, he should put it away in a closet and only look at it once a day. Even though he found this condition very strange, the man agreed to do as he was told. He waited for a day, and then opened the closet. A magnificent, silk magpie was embroidered on the canvas, with a white chest and black wings, perched on the blooming branch of a cherry tree. The work was finer than anything Lee had ever seen. Spellbound, he drew near the work of art and saw that the bird carried a drop of silver in its beak. He peeled it off easily and exchanged it for rice and dried fish at the market.

Every day, Lee would contemplate the embroidered

magpie, and silver drop by silver drop, he soon became a very rich man. Years went by and, at his deathbed, the old Lee called his son and entrusted him with his secret. He left him the prodigious magpie as an inheritance, but fervently asked him not to disobey the old conditions the young woman had set.

The young man soon understood how much he could take advantage of the canvas and looked at it furtively, hour by hour, drop by drop.

One morning, Lee's son opened the closet at dawn and found a very saddened bird. Instead of carrying a silver drop in its beak, he saw tears run down its eyes. The dried cherry blossoms were spewed across the floor. The young man remembered his dying father's words in regret. That night, he dreamed of a beautiful woman who came looking for the magpie. When he awoke, he ran to look at the canvas, but only found a broken branch and an empty silk canvas.

His fortune was gone and would never return.





# El tigre engañado

## The Fooled Tiger

**R**ugió con toda la fuerza de sus pulmones y se le escuchó por todo el bosque. Era un animal excepcional, sus rayas aterciopeladas le corrían por el cuerpo desde la nariz hasta la punta de la cola. “¡Tengo hambre!” aulló. Justo pasaba brincoteando un joven ciervo. “¡Te voy a comer!” le advirtió. “¿A mí? Pero si yo soy poca cosa, no podrías saciar tu hambre, mejor te llevo a mi escondite secreto, ahí hay un manjar, sígueme amigo mío, no te arrepentirás”. El tigre lo siguió hasta la cumbre de la colina y el ciervo le señaló un montón de piedras. “¿Cómo se come eso?”. “Bueno son deliciosas, pero en efecto se deben de cocinar primero porque están crudas”. Dicho esto, el ciervo encendió una fogata y puso las piedras a calentar hasta que se pusieron rojas. “Voy por un poco de kimchi para acompañar este platillo, me esperas, ¿eh? No te lo vayas a comer todo” y el ciervo desapareció entre los arbustos.

El tigre moría de hambre y sin aguantar más la tentación, comió una de las piedras incandescentes. El dolor que sintió no se parecía a nada conocido: se le quemó la boca, se le sulfuró la garganta y en su estómago hizo estragos el artificio de manjar. Pasaron varias semanas antes de que el viejo tigre pudiera volver a comer algo.

El destino volvió a reunir a los dos animales. “Ciervo mentiroso, la última vez me hiciste mucho daño, me hiciste sufrir durante semanas, pero ahora sí te voy a comer”. “Amigo mío, mira aquellos gorriones, es toda una parvada, ¿qué dirías si los cazo para ti? Lo único que tú debes hacer

es abrir grande la boca y todos te caerán juntitos. Son mucho más sabrosos que yo, eso te lo aseguro. Escóndete detrás de esos arbustos y yo te los llevo, cierra los ojos”. Así lo hizo el tigre, permaneció un largo rato con el hocico abierto. El ciervo encendió fuego alrededor del tigre y éste se emocionó mucho porque pensó escuchar pájaros por centenas cuando en realidad era sólo el crepitar de las llamas.

El felino escapó con mucha dificultad, con la piel quemada y los ojos ardiendo, se refugió durante semanas al fondo de una cueva. Había caído la primera nevada del año y el tigre seguía sin haber comido nada. Desesperado, salió de su guarida y de nuevo se encontró con el ciervo. “Eres la peor de las criaturas de este mundo, ¿cómo has podido engañarme dos veces? Y yo he sido tan tonto como para creértelo todo”. “No sé porque estás tan enojado tigre, lo único que he hecho es tratar de ayudarte. Mira,





dicen que la tercera es la vencida. Va a estar duro el invierno. ¿Por qué no vienes a comer pescado?”. “¿Pescado? ¿Qué es eso?” “Algo delicioso, ya lo verás, te va a encantar, vamos al río”. Los dos animales se acercaron a la orilla y contemplaron a decenas de peces nadar velozmente corriente abajo. El felino se relamió los bigotes. “Al fin voy a comer, pero te advierto que si me vuelves a engañar te mataré”. “No será necesario –argumentó el ciervo-. Pronto tendrás una buena comida. A los peces hay que pescarlos y te voy a decir como: nada más mete tu cola al agua y no la muevas. Los peces la verán y se acercarán a ella. La vas a sentir pesada al principio, pero es normal. Mientras más pese tu cola más peces colgarán de ella”. Así lo hizo el tigre. Se quedó sin moverse con la cola en el agua. Al cabo de un rato, sonrió “debe estar llena de peces, porque pesa mucho”. Fue entonces cuando el ciervo le dijo “amigo mío, has intentado comerme en varias ocasiones, pero soy más listo que tú. Ahora tu cola quedó atrapada en el hielo y no podrás alcanzarme nunca más”. Por las mejillas amarillas y peludas rodaron dos gruesas lágrimas.



A tiger roared at the top of his lungs and the rumble echoed through the entire forest. The striking animal's velveteen stripes ran across his body, from the tip of his nose to the end of his tail. "I'm hungry!" he wailed. A young deer leapt past him at that very moment. "I'm eating you!" he warned. "Me? But I'm not much of a meal. You'll still be hungry. Why don't you come to my secret hiding place? I've got a delicious meal there. Follow me, my friend. You won't regret this." The tiger followed him to the top of the hill, where the deer showed him a pile of rocks. "How do you eat that?" "Well, they're delicious, but you do have to cook them first, of course, since they're raw." The deer struck up a fire and heated up the rocks until they turned bright red. "I'm going to fetch some kimchi we can eat with this. Wait for me, okay? Don't you eat it all up while I'm gone." The deer disappeared into the bushes.

The tiger was starving to death and couldn't help but dig into one of the burning rocks. He'd never felt such pain before: his mouth caught fire, his throat choked in sulphur, and the bogus meal ravaged his insides. Several weeks passed before the tiger could eat again.

Destiny crossed the two animals' paths once more. "Deer, you liar. You hurt me badly last time, and I was in pain for weeks, but this time I'm eating you up." "My friend, look at those sparrows. There's a whole flock. What if I hunt them for you? All you've got to do is open your mouth wide, and they'll all fall in together. They're a lot tastier than I am, that's for sure. Hide behind those bushes and I'll bring them to you. And keep your eyes closed." The tiger did as he was told and stayed there with his mouth wide open for a long time. The deer lit a fire around the tiger, who got very excited, thinking he could hear the flutter of hundreds of birds, when it was really just the crackling fire.

The feline struggled to escape, his skin charred and his eyes aflame, and he had to hide in the depths of a cave for weeks. The year's first snow had fallen and the tiger still hadn't had a bite to eat. Desperate, he left his lair, running into

the deer once again. "You're the worst creature in the world. How did you manage to cheat me twice? And I've been a fool to believe you every time." "I don't know why you're mad at me, tiger. I've only tried to help you. Look, they say the third time's the charm. This is going to be a hard winter. Why don't you come eat some fish?" "Fish? What's that?" "It's delicious, you'll see. You're going to love it. Let's go down to the river." The pair went to the shore and watched dozens of fish swimming downstream. The feline licked his whiskers. "Finally, I'll get to eat. But I'm warning you, if you trick me again, I'll kill you." "You won't have to," said the deer. "You'll have good food soon enough. You've got to fish the fish, you see. I'll show you how: just stick your tail in and don't move. The fish will see it and come near. It'll feel heavy at first, but that's normal. The heavier your tail, the more fish are hanging from it."

The tiger did as he was told. He held still, his tail in the water. After a while, he smiled, "It must be full of fish, because my tail sure is heavy." That's when the deer said, "My friend, you've tried to eat me up several times, but I'm smarter than you. Now your tail is stuck in the ice and you'll never catch me again."

Two thick tears rolled down those hairy, yellow cheeks.





# El mazo del diablo

## The Devil's Mallet

**E**n un pueblito tranquilo, vivían dos hermanos. El mayor poseía cierta fortuna pues tenía sentido del negocio y había recorrido la provincia vendiendo sedas. Sin embargo tenía dos grandes defectos: era egoísta y avaro. El hermano más joven no poseía riqueza alguna, pero era generoso con todos y compartía hasta su última ración de arroz con quien se lo pidiera. Recibió en su casa a sus ancianos padres, cuando la costumbre dicta en Corea, que los hijos mayores deben hacerse cargo de los ancianos. Una tarde, Min-Ho, el hermano bondadoso, acudió al bosque en busca de algunas ramas para encender su estufa. Cuando terminó de llenar su zurrón, se sentó a la sombra de un árbol a descansar un momento. Los últimos rayos de sol caían anaranjados sobre el horizonte y a lo lejos se veía su casita de techos picudos, como si hubiera sido de juguete. Una miniatura en medio de un estuche de aterciopelados campos verdes. De pronto, sintió que algo le caía en la cabeza, era una avellana. Alzó la mirada y vio que se había cobijado bajo la sombra de un inmenso avellano. Guardó la fruta en su bolsa pensando en obsequiársela a su hermano. Cayó otra y la guardó para su esposa. Esperaba una tercera para comérsela, pero se soltó tremendo aguacero. Corrió alborotado, sin rumbo fijo, hasta hallar una casucha abandonada. Min-Ho no era exigente, aquel sería un refugio perfecto, empujó la vieja puerta cubierta de telarañas y se sentó en un rincón a esperar a que escampara. Había caído la noche del todo cuando oyó un alboroto indescriptible.

Se escuchaban voces graves, cada vez más cerca. “Vamos a escondernos ahí” dijo uno. El joven tuvo miedo de que fueran bandidos. Pero se trataba de algo mucho peor: una banda de tokkaebi, una runfla de diablos dispuestos a pasar una noche de juerga en un lugar tranquilo. Min-Ho se escondió entre las vigas de la cabaña. Los vio entrar, verdes y gigantes, algunos tenían un cuerno, otros tenían dos, y todos andaban en una sola pierna. Los tokkaebi estaban demasiado ocupados para notar su presencia, bailaban sin ton ni son, se pellizcaban unos a otros. Se jaloneaban de los pantalones como lo hacían a veces los borrachos del pueblo, cuando bebían demasiado soju y los vapores del alcohol de arroz se les subían a la cabeza y las mejillas se les encendían como si hubieran estado horas frente a la chimenea. Dos diablos se pusieron a pelear con sus mazos, eran diestros los canijos. Desde su escondite, el jo-





ven los observaba sin atreverse a respirar siquiera. Eran tan feos con sus barbas rojas y sus ojos enormes, amarillos como los de los gatos. El diablo más gordo tenía un mazo casi tan grande como Min-Ho. Cuando se cansó de bailar y de jalarle la barba a su vecino, golpeó el suelo con su mazo y exclamó “oro, sal de la tierra y ven a mí”. Pronto decenas de pepitas brillantes rodaron a sus pies y se acumularon en un montoncito dorado.

Pasaron las horas, los diablos siguieron brincando sin saberse observados. Las tripas del joven rechinaron de hambre. El mayor de los diablos dijo “¿escucharon?”, “no...” le respondieron sus compinches. Min-Ho sacó con cuidado una avellana de su bolsa y la mordió cuando uno de los diablos golpeaba el piso con su mazo, “esta vez sí escucharon, ¿no?, ¿o están sordos?”. Habían escuchado. “Salgamos pronto de aquí –dijo el grandote– antes de que este techo se nos venga encima”. Salieron todos despavoridos. Había cesado la lluvia y el silencio del bosque húmedo invadió la casucha. Aun así el joven no salió de su escondite hasta el amanecer y halló en el quicio de la puerta un mazo abandonado. Lo tomó y corrió tan rápido como pudo hasta su casa.

En el pueblo la gente murmuró. De la noche a la mañana, Min-Ho tuvo de todo. Una sola vez golpeó el suelo con el mazo y se amontonaron las pepitas de oro. Con ellas se compró un campo de arroz y varios bueyes, se mandó construir una nueva casa. No abusó del mazo, lo escondió y siguió trabajando para asegurar a sus padres una vejez amable. Sin embargo, su hermano mayor se puso celoso y lo atosigó hasta que le contó su secreto. Como Min-Ho, él también fue al bosque, se sentó a la sombra del avellano gigante y cuando cayó la primera avellana se la guardó para él, las otras también. Luego subió la cresta del monte hasta dar con la cabaña abandonada y se escondió tal y como lo había hecho su hermano. No esperó mucho, pronto escuchó los cantos y las bromas de los bulliciosos tokkaebi. Los vio pelear con los mazos y golpear el piso gritando “oro, sal de la tierra y ven a mí”. El hombre sacó una avellana de su bolsa y la mordió con estrépito. En lugar de correr asustados, los diablos pusieron atención. “¿Escucharon? –dijo el más grande– ahí está nuestro ladrón, volvió por más, no tiene vergüenza, se merece una buena lección”. Ebrios de ira, sacaron al intruso de su escondite y sin atender sus súplicas, lo jalonearon y estiraron hasta que se cansaron. El hombre quedó largo como una anguila. “Y no vuelvas nunca más” amenazaron antes de desaparecer. En vano buscó el hermano mayor alguna pepita, un pedacito de mazo, una moneda de plata... No halló nada.

Su avaricia lo llevó a ganar una sola ventaja: cuando caminaba por las calles de su pueblo les llevaba a todos tres cabezas.

In a sleepy town, there lived two brothers. The eldest had a sizeable fortune, since he had a flair for business and had walked the entire province, selling silk. However, he had two grave faults: he was selfish and stingy. The youngest brother had no riches at all, but he was generous with everyone and would even share his last serving of rice with whoever asked. He would receive his old parents in his home, even though, in Korea, it is tradition for the eldest son to take care of his parents. One evening, Min-Ho, the kind-hearted son, went to the forest to look for a few branches to kindle his stove. When he was done filling his leather pouch, he sat under the shade of a tree to rest for a minute. The sun's last few rays stretched their orange light across the horizon, and he could see a little house with pointy rooftops in the distance, as if it were a toy: a miniature in a chest of velvety green fields. Suddenly, he felt something fall on his head: a hazelnut. He lifted his gaze and noticed he was under the shade of an immense hazelnut tree. He guarded the fruit in his pocket, as a gift for his brother. Another tumbled down and he set it aside for his wife. He waited for a third one to fall so he could eat it, but a storm started pouring down and he ran for shelter frantically, in no particular direction, until he came upon an abandoned shack. Min-ho wasn't picky, and the shack would make the perfect refuge. He shoved the old door open, covered in cobwebs, and sat down in a corner, waiting for the rain to clear up. Night had fallen completely when he began to make out an indescribable racket. He heard hoarse voices edge closer and closer. "Let's hide in there," one of them said. The young man was afraid it might be a bunch of bandits. But it was actually much worse: a band of tokkaebi, a gang of devils ready to throw a party all night, in this quiet place. Min-Ho tucked himself behind the cabin's beams. He watched them come in, huge and green. Some of them had one horn, and some had two, and all of them hopped along on a single leg. The tokkaebi were too busy to notice him and danced without rhyme or reason, pinching one another. They'd tug on each other's pants like the old drunks in town did

sometimes when they drank too much soju and waves of rice alcohol got to their heads, with their cheeks burning as if they'd spent hours by a chimney. Two devils started a fist fight, deft and malicious. From his hiding place, the young man watched them and barely dared to breathe. They were so ugly, with their red beards and bulging eyes shining yellow, like a cat's. The heaviest devil carried a mallet almost as large as Min-Ho. When he got tired of dancing and pulling on his neighbor's beard, he struck the ground with his mallet and said, "Gold, leave the earth and come to me." Soon, dozens of brilliant nuggets rolled at his feet and piled up in a golden mound.

Hours went by and the devils kept on jumping about, not knowing they were being watched, but then the young man's guts growled hungrily. The eldest devil asked, "Did you hear that?" "No..." replied his minions. Min-Ho carefully took a hazelnut out of his pocket and bit it right as one of the devils struck the floor with his mallet. "You did hear it this time, right? Or are you deaf?" They had heard. "Let's get out of here," the biggest one said, "before this roof collapses on our heads." They dashed out in alarm. The rain had stopped and the hush of the damp forest seeped into the shack. Even so, the young man didn't leave his hiding place until dawn, when he



found an abandoned mallet at the foot of the door. He took it and ran home as quickly as he could.

In town, people talked. From one day to the next, Min-Ho had it all. He only had to strike the floor with the mallet once for golden nuggets to pile up on the floor. With the gold, he bought a rice field and several oxen, and had a new house built, too. He didn't overuse the mallet, and would hide it and keep on working to make sure his parents could enjoy their latter years. Nonetheless, the eldest son got jealous and pestered him until he confessed his secret. Like Min-Ho, he too went to the forest and sat under the shade of the hazelnut tree, and when the first hazelnut tumbled down, he saved it for himself, and the next ones, too. Then, he climbed up the hill crest until he came to an abandoned shack and where he hid, just like his brother had. He didn't have to wait long before he heard the tokkaebi's rowdy joking and singing. He saw them fight with their mallets and hit the ground, hollering, "Gold, leave the earth and come to me." The man took a hazelnut out of his pocket and bit it loudly. Instead of running away in fear, the devils listened more closely. "Did you hear that?" said the eldest. "There's our thief. He's back for more. Shameless! We should teach him a lesson." Drunk with rage, they yanked the intruder out of his hiding place and paid no attention to his pleas. They pulled him and stretched him out until they tired. The man ended up long as an eel. "And don't come back," they threatened before they left. In vain, the older son stayed back, probing for a golden nugget, a chunk of mallet, a silver coin... He found nothing.

His greed brought him a single advantage: now, when he walked through town, he was three heads taller than everyone else.











# La más bella flor

## The most beautiful flower

**E**n un reino lejano, vivía un rey viejo. Su pueblo, gobernado con justicia, prosperaba. Los graneros estaban llenos, los campos daban generosas cosechas. Pero el rey vivía sumido en una tremenda melancolía. Cada día, al mirarse al espejo constataba que le había salido una nueva arruga, una nueva cana. Envejecía sin remedio. Peor aún, envejecía solo. Su esposa había muerto años atrás y él se había quedado sin hijos. ¿Quién gobernaría en su lugar, después de su muerte? ¿Quién sería capaz de mantener la paz en su pequeño reino? La pregunta lo atormentaba. A menudo consultaba a sus ministros, a sus consejeros reales quienes se apuraban a presentarle algún sobrino, algún hijo digno de ser considerado. “Adopte usted un bebé de una familia noble, así sabrá que viene de buena cuna, crielo como a su propio hijo”, decía uno. “Un bebé de una de nuestras mejores familias es garantía”, insistía otro. “Mire nada más al hijo de la señora Yon, la señora Flor de Loto, qué gordito tan bonito”. Más el rey no lograba decidirse. Sí, pensaba, podría ser guapo y a la mejor hasta sabio, sin embargo, me gustaría ante todo que fuera honesto.

Una noche, al claro de una luna llena, el rey salió a tomar el fresco. Se acaloraba en su aposento de paredes de papel, su nuca no hallaba acomodo en su almohadilla de madera. Hizo a un lado su colcha de seda ricamente bordada y se levantó del suelo donde dormía, se calzó las sandalias de junco trenzado. Caminó largo rato en sus jardines, contempló los techos curvos de su palacio. De pronto frente a él, en la rama

de un pino rigurosamente recortado a manera de sombrilla, se posó una lechuza. Ululó largo rato.

Entonces el rey tuvo una idea.

Días después, invitó a su casa a todos los infantes del reino. Niñas y niños debían presentarse frente a él sin excepción. Las madres se apuraron a cumplir con la encomienda, los bañaron, peinaron y vistieron con sus mejores atuendos. Uno a uno, los niños se inclinaron ante el viejo rey y él les entregó una preciosa bolsita de seda azul cielo cerrada con un cordón tejido verde jaspe. Luego, en el patio principal de su palacio pronunció estas palabras. “Queridos niños, he entregado un obsequio a cada uno de ustedes. Son semillas. Aquel o aquella que consiga traerme la flor más bella será designado mi digno sucesor”.

Chung-Hee era un niño tranquilo, pero tenaz. A pesar de su pobreza, consiguió la maceta más grande que pudo, hundió las semillas con delicadeza, revolvió la tierra. Lo colocó





en el canto del muro de su casa, donde le daría el sol, más no en exceso. Regó la tierra cada anoche. Su corazón latía emocionado cada amanecer, cuando acudía con la ilusión de ver germinar el primer tallo verde. ¡Cuánto esperó la primera hojita!

El niño lo intentó todo, cambió de maceta, cambió de lugar la maceta, regó de día y no de noche... Pero nada sucedía.

Pasaron las semanas y llegó el día designado por el rey. El patio principal del palacio se había cubierto de flores de todo tipo, aquella era una magnífica alfombra de corolas multicolores. Incontables, se mecían los lirios, se erguían las rosas y los geranios, se alzaban los agapandos y exhalaban su perfume las gardenias. Las abejas alborotadas iban de una a otra sin parar. La brisa de primavera levantaba aromas embriagadores, el reino todo olía a flores.

Los niños se formaron en fila para presentarse ante el rey. Desfilaron peonías y lilas, margaritas y orquídeas, violetas y hortensias. Sin embargo, mientras más bella era la flor, más se arrugaba la frente del viejo soberano. Las contempló una a una con tristeza. De pronto, al final de la larga fila, vio algo que llamó su atención. Chung-Hee se había hecho pequeñito, para que nadie pudiera notar su presencia. En cuclillas, abrazado a su maceta, lloraba lágrimas amargas. El rey ordenó a su ministro más a la mano, “traiganme a ese niño” y los guardias se lo llevaron.

“Dime, ¿por qué lloras niño? ¿Y por qué no me trajiste flores?” preguntó en tono severo. “Hice todo lo que pude, señor, cuidé mis semillas. Puse todo mi empeño, pero nada germinó. Yo... no le traje nada”.

El soberano suspiró aliviado.

“Señores ministros –anunció en voz alta– este niño será mi sucesor. Merece ser mi hijo y mi heredero”.

Los ministros protestaron “es inadmisibile, viene de una familia desconocida y pobre. Además, fue incapaz de cuidar una maceta, nos va a llevar a todos a la ruina. El rey ya está viejo, no sabe lo que hace” y así, y más...

“Ahora escúchenme todos, atentamente. Antes de repartir las semillas entre los niños, las tosté. Quedaron inservibles, no podían dar ninguna flor”. Los ministros enmudecieron. Los niños de las macetas floridas se pusieron colorados de vergüenza y agacharon la cabeza. “Pero el ambicioso deseo de convertirse en princesas y príncipes llevó a estos pequeños a hacer trampa, cambiando las semillas yermas por unas fértiles. Sólo uno me trajo la honestidad que yo buscaba y ese será mi sucesor”.

Chung-Hee, el Justo, miró una nube blanca cruzar el ancho cielo y sonrió.

In a far off land, there lived an old king. His people were governed with justice and lived in prosperity. Their barns were full and their fields yielded generous crops, but the king wallowed in tremendous melancholy. Every day, when he looked in the mirror, he would find a new wrinkle, a new shoot of gray hair. He was growing old, and there was nothing he could do about it. Worse so, he was growing old alone. His wife had died years ago and left him no children. Who would govern in his place after he died? Who would keep the peace in this small kingdom? The question tormented him. He would often consult his ministers and royal counsels, who always rushed to introduce him to a nephew here, a worthy son there. "Adopt a child from a noble family: that way you'll know he comes from a good crib. Raise him as if he were your own," said one. "A baby from one of our good families is a guarantee," said another. "Just look at the son of Madam Yon, the Lotus Flower Lady: so plump and sweet." But the king could not make up his mind. Yes, he thought, the child could be beautiful, and maybe even wise, but above all, he wanted someone honest.

One night, under the light of the full moon, the king went out to feel the breeze. He got hot in his bedroom, which was made of paper walls, and never felt comfortable laying on his wooden cushion. He tossed his finely brocaded silk duvet to the side, got up from the floor where he slept, and put on his reed sandals. He walked among the gardens for a long while, contemplating his palace's curved rooftops. Suddenly, an owl swooped down onto a pine branch that was trimmed very precisely, like a parasol. It hooted for a long while.

The king had an idea.

A few days later, he invited all of the children in the kingdom to his home. Every boy and girl had to come before the king, no exceptions. Mothers rushed to follow the king's orders and bathed, combed, and dressed their children in their very best clothes. One by one, the children bowed before the old king, and he gave each of them a precious pouch made of sky-blue silk, tied together with a jasper cord. Then, in the

palace's main patio, he spoke these words: "Dear children, I have given each of you a gift: a gift of seeds. He or she who brings me the most beautiful flower will become my worthy successor."

Chung-Hee was a quiet but persistent boy. Despite his poverty, he sought the biggest pot he could find, planted the seeds delicately, and churned the earth. He placed the pot on the wall that surrounded his home, where the seeds would get enough sun, but not too much. He watered the soil every night, and his heart would pound in his chest each morning, as he ran up to the pot in hopes of catching a glimpse of its very first green shoot. But he waited so long for that first leaf!

The boy tried it all: he switched out the pot, changed its place, watered the seeds in the morning instead of at night... But nothing happened.

The weeks went by and the day appointed by the king arrived. All kinds of flowers covered the palace's main patio in a magnificent tapestry of kaleidoscopic petals. Countless irises swayed among the stalks of roses and geraniums, and lilies of the Nile towered over the gardenias that sent off waves of sweet perfume. The bees buzzed in a frenzy, rushing from one flower to the next. The spring breeze swept up the inebriating scents and the entire kingdom smelled like flowers.



The children lined up to present themselves before the king. They paraded peonies and lilacs, daisies and orchids, violets and hydrangeas. However, the more beautiful the flower, the more the sovereign knitted his brow. He looked at them, one by one, with sorrow. Suddenly, at the end of the long line, something caught his eye. Chung-Hee had made himself small so that nobody would notice him. He was on his knees, hugging his pot, crying bitter tears. The king ordered his closest minister, “Bring me that boy,” and the guards brought him forward.

“Tell me, why are you crying, boy? And why didn’t you bring me flowers?” the king asked, harshly. “I did everything I could, sir. I took care of my seeds. I tried my hardest, but nothing bloomed. I... didn’t bring you anything.”

The sovereign sighed in relief.

“Ministers,” he announced so everyone could hear, “this boy will be my successor. He deserves to be my son and heir.”

The ministers protested: “This cannot be.” “He comes from an unknown and poor family.” “And he couldn’t even take care of this pot.” “He’ll ruin us.” “The king is old and doesn’t know what he’s doing...,” they said, among other things.

“Now everyone listen carefully: before I gave the children their seeds, I toasted them. They were useless and would never give a single flower.” The ministers fell quiet. The children with their blooming flowers turned bright red in shame and lowered their heads. “But their desire to become princes and princesses led these children to cheat and switch out my barren seeds for good ones. Only one brought me the honesty I was looking for, and he will be my successor.”

Chung-Hee the Just watched a white cloud cross the broad sky and smiled.











# El anciano padre

## The Old Father

**H**ace muchos años, solía llevarse a cabo en Corea una cruel costumbre. Cuando un hombre envejecía y pasaba de los setenta años era corrido de su casa. Su hijo mayor se encargaba de llevarlo al bosque: sentaba a su padre en un jige, un bastidor de madera que se colgaba a la espalda y se ataba a la cintura, y luego emprendía el camino. El hijo llevaba también algunos víveres, un poco de arroz, un plato de kimchi, para dejarle algo al anciano con qué entretenerse. Era una precaución inútil porque el viejo terminaría por morir de hambre y de frío, perdido entre los pinos y los castaños del bosque.

Una mañana, un hombre acomodó a su padre en el bastidor de madera y se adentró en las montañas en compañía de su hijo adolescente. Cuando constató que se había alejado ya lo suficiente, bajó al anciano flaco y ojeroso de su espalda y lo sentó en el suelo. Se despidió y lo abandonó ahí con la canasta de víveres. El joven tomó el bastidor de madera y se lo ató a la cintura. “¿Para qué quieres eso? –preguntó a su hijo– no sirve de nada, debes dejarlo ahí, con el viejo, es la costumbre. Eso no debe volver a casa”. “Ay padre –respondió el adolescente– sería yo muy tonto si me deshiciera yo del bastidor, todavía sirve, mira, está en perfecto estado, y así, cuando te toque a ti, pues lo usaré para traerte a la montaña”.

El hombre miró a su hijo con admiración, pero no le respondió. Giró los talones y corrió al bosque en busca de su padre. Luego volvieron los tres a casa y quemó el bas-

tidor en la hoguera.

Nunca más se volvió a escuchar hablar de aquella cruel costumbre.





A long time ago, a cruel custom used to take place in Korea. When a man grew old, past seventy, he was kicked out of his home. The oldest son would take him deep into the forest: he'd seat his father on a jige, a wooden tool used to carry farming goods that one would hoist on one's back and fasten around one's waist, and set out toward the forest. The son would take a few provisions: some rice and a bowl of kimchi, to give the old man something to do. This, of course, was a useless precaution, since the old man would die of cold and starvation anyway, lost among the pine and chestnut trees in the forest.

One morning, a man placed his father on the wooden tool and went up into the mountains, together with this adolescent son. When he was certain he had gone far enough, he took the scrawny old man with bags under his eyes down and sat him on the floor. He said goodbye and abandoned him there, with a basketful of provisions. The teenager took the jige and tied it to his waist. "Why are you bringing that?" the father asked his son, "It's useless now. You should leave it here, with the old man. It's tradition. This should not be brought back home." "Oh father," the teenager replied, "I'd be foolish to leave it here. Look, it still works. It's perfectly alright, and that way, when your time comes, I'll use it to bring you up to the mountain."

The man gazed at his son in admiration, but did not reply. He turned back on his heels and ran back into the forest to look for his father. Then all three came home and burned the jige in the furnace.

No one has ever heard of this cruel custom since.







# Índice de contenidos

## Contents

<b>Prefacio</b> 5 <i>Foreword</i> Kim Sa-in	<b>Las tres novias</b> 35 <i>The Three Brides</i> ilustrado por Jorge Mendoza
<b>La bolsa de cuentos</b> 11 <i>A Bagful of Stories</i> ilustrado por Ulices Alonso	<b>El hada celeste y el leñador</b> 39 <i>The Heavenly Fairy and the Lumberjack</i> Jorge Mendoza
<b>Las ardillas agradecidas</b> 17 <i>The Thankful Squirrels</i> ilustrado por Isabel Gómez	<b>La esencia de la vida</b> 45 <i>The Essence of Life</i> David Nieto
<b>Los perros de fuego</b> 21 <i>The Fire Dogs</i> ilustrado por Jorge Mendoza	<b>El arte de matar dragones</b> 49 <i>The Art of Killing Dragons</i> Ulices Alonso
<b>La mujer tigre</b> 25 <i>The Tiger Woman</i> ilustrado por Santiago Solís Montes de Oca	<b>La capa invisible</b> 53 <i>The Invisible Cloak</i> Isabel Gómez
<b>La piedra de los deseos</b> 29 <i>The Wishing Stone</i> ilustrado por Jimena Estíbaliz	<b>La madrastra</b> 57 <i>The Stepmother</i> Jorge Mendoza
	<b>El hijo desobediente</b> 63 <i>The Disobedient Son</i> Jorge Mendoza

<b>Las dos mentiras</b> 67 <i>The Two Lies</i> ilustrado por Abril Castillo	<b>Como perros y gatos</b> 107 <i>Like Cats and Dogs</i> ilustrado por Fernando Rubio
<b>La luna y el sol</b> 71 <i>The Sun and the Moon</i> ilustrado por Jorge Mendoza	<b>El anillito de oro</b> 113 <i>The Little Gold Ring</i> ilustrado por Jorge Mendoza
<b>El hijo del sauce</b> 75 <i>The Willow's Son</i> ilustrado por Israel Ramírez	<b>La urraca prodigiosa</b> 117 <i>The Prodigious Magpie</i> ilustrado por Isidro Esquivel
<b>El pérsimo venenoso</b> 81 <i>The Poisonous Persimmon</i> Fernando Rubio	<b>El tigre engañado</b> 121 <i>The Fooled Tiger</i> ilustrado por David Nieto
<b>El jarro mágico</b> 85 <i>The Magic Jar</i> ilustrado por Minerva Delhi Niño	<b>El mazo del diablo</b> 125 <i>The Devil's Mallet</i> ilustrado por Jorge Mendoza
<b>La dama y el caracol</b> 91 <i>The Lady of the Snail</i> ilustrado por Jorge Mendoza	<b>La más bella flor</b> 131 <i>The most beautiful flower</i> ilustrado por Minerva Delhi Niño
<b>El fuego de siete generaciones</b> 95 <i>The Fire of Seven Generations</i> ilustrado por Isidro Esquivel	<b>El anciano padre</b> 137 <i>The Old Father</i> ilustrado por Isidro Esquivel
<b>El novio de la rata</b> 99 <i>The Rat's Groom</i> ilustrado por Jorge Mendoza	
<b>El embajador del Imperio de los Jades</b> 103 <i>The Ambassador of the Jade Empire</i> ilustrado por Israel Ramírez	





## **Leyendas Coreanas de Xico/Xico's Korean Legends**

2019 © Del texto/Author

Veronica González

2019 © Prólogo/Foreword

Kim Sa-in

2019 © De las ilustraciones/ Illustrations

Ulises Alonso (Kamui Gomasio), Abril Castillo, Minerva Delhi Niño,  
Jimena Estfbaliz, Isidro Esquivel, Isabel Gómez, Jorge Mendoza, David Nieto (Yosh),  
Israel Ramírez, Fernando Rubio, Santiago Solís Montes de Oca.

**Idea original/Original idea by:**

Cristina Pineda

**Cordinación editorial/Art direction and design:**

Jorge Mendoza

[www.xico.tv](http://www.xico.tv)  [xicomascota](https://www.facebook.com/xicomascota)